

LA MARAVILLA DE SER HIJO DE DIOS

Llamados a la plenitud en el amor
P. ANGEL PEÑA O.A.R.

**LA MARAVILLA
DE SER HIJO DE DIOS**

**Nihil Obstat
P. Ismael Ojeda
Vic. Provincial O.A.R.**

**Imprimatur
Mons. Salvador Piñeiro
Vicario General de la
Arquidiócesis de Lima**

**Angel Peña O.A.R.
LIMA - PERU
1999**



NUNCIATURA APOSTOLICA
EN EL PERU

Con sumo agrado deseo presentarte, amable lector, la nueva publicación catequética del Rvdo. P. Ángel Peña O.A.R. que tienes ahora en tus manos. Esta vez el conocido autor profundiza el siempre actual tema religioso de la filiación divina al que titula bajo el nombre de la "maravilla de ser hijos de Dios".

Con el ágil y docto estilo que le caracteriza el P. Peña, a lo largo de las cinco partes de que consta la obra, desmenuza el tema teológico de la filiación, analizando aspectos tales como: el hombre y Dios, el hombre y Cristo, hombres sin luz, hombres auténticos y hacia la santidad. Aspectos ellos que van avalados por la doctrina del Magisterio de la Iglesia, así como por el pensamiento de notables teólogos, filósofos y maestros de la espiritualidad.

Admira el hecho de hacer tan inteligible un tema tan denso como el que nos ocupa. El P. Ángel, al final de su obra, consigue que el lector comprenda algo fundamental para el creyente, que el amor a Dios y al prójimo son la norma suprema y vital de la personalidad cristiana. Como ha dejado escrito el Papa Pablo VI, de venerada memoria, "el Dios de la fe, en modo alguno, es una amenaza para la inteligencia del hombre, sino que, por el contrario, le da toda su dimensión en el amor" (5 de febrero de 1966).

Así pues, el ser hijos de Dios nos debe llevar a comprender que nuestra filiación divina se fundamente en el Amor.

Confío que la obra que te dispones a leer y meditar sea un instrumento válido y operativo para acrecentar la fe, la esperanza y el amor en Dios Padre.

Lima, 26 de mayo de 1999



+ Fortunato Baldelli
Nuncio Apostólico en el Perú

SIGLAS

DV	Dei Verbum del Concilio Vaticano II
GS	Gaudium et Spes del Concilio Vaticano II
LG	Lumen Gentium del Concilio Vaticano II
DH	Dignitatis humanae del Concilio Vaticano II
RN	Encíclica Rerum Novarum de León XIII
PT	Encíclica Pacem in Terris de Juan XXIII
PP	Encíclica Populorum Progressio de Pablo VI
MF	Encíclica Mysterium Fidei de Pablo VI

Juan Pablo II

OS	Carta Apostólica Ordinatio Sacerdotalis
DD	Carta Apostólica Dies Domini
TMA	Carta Apostólica Tertio Millennio Adveniente
MD	Carta Apostólica Mulieris dignitatem
CL	Exhortación apostólica Christifideles Laici
EA	Exhortación apostólica Ecclesia in América
FC	Exhortación apostólica Familiaris Consortio
RM	Encíclica Redemptoris Mater
EV	Encíclica Evangelium vitae
CA	Encíclica Centesimus Annus
LE	Encíclica Laborem Exercens
FR	Encíclica Fides et Ratio
VS	Encíclica Veritatis Splendor
RH	Encíclica Redemptor Hominis
UUS	Encíclica Ut Unum Sint
Cat	Catecismo de la Iglesia Católica
C	Cántico espiritual de S. Juan de la Cruz

INDICE GENERAL

PRIMERA PARTE: EL HOMBRE Y DIOS

La Creación. El comienzo de la vida. El hombre.	
Los derechos humanos. Atentados contra la persona.	
a) Pena de muerte. b) La esclavitud. c) El racismo.	
d) El machismo. e) El aborto. f) La Eutanasia.	
g) Manipulación de la vida humana naciente.	
h) Esterilización y anticonceptivos. i) La pornografía.	
j) Violencia y tortura. k) Injusticias sociales.	
Verdad y libertad. El sentido de la vida humana.	

SEGUNDA PARTE: EL HOMBRE Y CRISTO

Cristo y el Universo. Cristo y el hombre.	
Cristo y María. Cristo y la Iglesia. La Eucaristía.	

TERCERA PARTE: HOMBRES SIN LUZ

Hombres perdidos. Hombres engañados. Hombres de barro.	
Hombres mediocres. Hombres insatisfechos.	
Hombres desorientados.	

CUARTA PARTE: HOMBRES AUTENTICOS

El milagro más grande del mundo. Tú puedes triunfar.	
Vive cada día en plenitud. Sé tú mismo. Hijo de Dios.	
Hijo de María. Hombre puro. Hombre sincero.	
Hombre honrado. Hombre Valiente. Hombre de oración.	

QUINTA PARTE: HACIA LA SANTIDAD

La ternura de Dios. Abandono en las manos de Dios.	
Encuentros con Dios. Vocación de amor. Ser santo.	
Matrimonio espiritual. Por Cristo, con Él y en Él.	
Mensaje final.	

EPILOGO

INTRODUCCION

En este libro quiero tratar de un modo sencillo del ser humano. El hombre puede ser un “ángel” o un “demonio”, pero siempre lo amaré Dios y lo seguirá llamando a una felicidad eterna. Dios, su Padre, lo ha creado por amor y para amar. Su vocación esencial es el amor. Amar con todo su ser, con toda su alma y con todo su corazón, a Dios y a los demás. Ser hombre en plenitud es amar, vivir de amor, estar lleno de Dios, fuente de todo verdadero amor.

He aquí, por tanto, su vocación humana como hijo de Dios. Si la cumple, será un santo, porque ser santo es amar en plenitud. Ahora bien, para conseguirlo nada mejor que vivir en íntima unión con Jesucristo, el Hijo de Dios. Ser hijo en el Hijo. Ser hombre en el Hombre-Dios. Por Cristo, con Él y en Él... todo será más fácil para llegar al Padre Dios, que es Amor.

¿Has pensado alguna vez seriamente en ser santo, verdadero hijo de Dios o, dicho de otro modo, vivir tu vida humana en plenitud? Este libro se lo dedico a todos aquellos que desean ser hijos de Dios en plenitud y que están dispuestos a amar sin condiciones y llegar hasta las últimas consecuencias del amor. Espero que tú seas uno de ellos, un ser humano de verdad, y que vivas de acuerdo a tu gran dignidad de hijo del Rey Celestial.

“Somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo” (Rom 8,17). Por eso, podemos decirle con plena confianza: *“Abba, Papá”* (Rom 8,15). Vivamos, pues, al máximo la maravillosa realidad de ser hijos de Dios.

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE Y DIOS

En esta primera parte, vamos a tratar del ser humano como parte integrante de la Creación. El hombre es el fin y el culmen de toda la Creación y debe amar y alabar a su Creador. Como ser humano tiene una dignidad inmensa y, además, tiene unos derechos y obligaciones, inherentes a su realidad de persona humana, que provienen directamente de su Padre Dios. Por eso, nadie puede quitárselos y todos se los deben respetar. Comencemos ahora hablando de la Creación para darnos cuenta de la maravilla de ser hijo de Dios y de su gran dignidad.

LA CREACION

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y las tinieblas cubrían los abismos, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas” (Gén 1,1-2). Sí, Dios con su amor divino dirigía desde el principio el proceso evolutivo de la Creación. La Biblia nos habla de que todo lo creó en seis días y al séptimo día descansó. Ésta es una manera de hablar para indicar que también Dios quiere que el hombre trabaje seis días y descanse un día a la semana. Pero esos días, en realidad, fueron períodos de millones de años en un proceso continuo de evolución. Y *“Dios vio que todo lo que había hecho era muy bueno”* (Gén 1,31).

Según algunos científicos, Dios creó una gran cantidad de energía, surgida de una gran “explosión” de su amor divino, materializado en energía. El amor de Dios por sus criaturas fue el origen de todo lo que existe. Aquella primera energía estaba compuesta de los elementos más simples del Cosmos, que se fueron condensando y dando lugar al hidrógeno, principal componente de las estrellas y materia prima del Universo. Y el hidrógeno se fue condensando en helio y dando lugar a grandes explosiones atómicas, que producen el fuego y la luz de las estrellas.

En 1948 el astrónomo George Gamow hablaba de un Universo que comenzó en un estado de pura energía, de la cual se sintetizaban partículas simples como protones, neutrones, electrones... en átomos cada vez más complejos a partir del hidrógeno. Desde los años cincuenta, una serie de datos experimentales han dado valor definitivo a la teoría de un Universo en evolución a partir de una Gran Explosión o “Big bang”, como dicen los científicos. En esta primera fase, el 90% de los átomos eran de hidrógeno, casi un 10% por ciento de helio y una fracción mínima de deuterio (H pesado) y de He-3. En 1965 Penzias y Wilson escucharon *“el grito del Universo al nacer”* (según frase del New York Times), cuando utilizaban un radiotelescopio para captar ondas de radio. Comprobaron una radiación de fondo uniforme en todo el cielo, de origen desconocido. Esta radiación del fondo cósmico, que llena el espacio con un eco de ondas de radio en la longitud de onda de 7,35 cm era como el llanto del recién nacido Universo, que llegaba ahora hasta nosotros después de veinte mil millones de años de su nacimiento.

Según el astrónomo jesuita y asesor de la NASA P. Manuel Carreira: *“Hemos encontrado las cenizas y el resplandor de aquel fuego inicial y podemos estar seguros de su existencia, aunque la edad es todavía discutible”*. Pero lo cierto es que el

fenómeno de la primera explosión, según el gran astrofísico Yakov Zeldovich “es parte tan firme de la Física moderna como puede serlo la Mecánica de Newton”.

El descubrimiento de los quásares (núcleos activos de galaxias), que existen a centenares de millones de años luz de nosotros y que datan de 8 a 12 mil millones de años, demuestran la realidad de un Universo en expansión, un Universo en continua evolución. Se calcula que existen unas cien mil millones de galaxias observables (otros dicen que doscientas mil millones) con cien mil millones de estrellas cada una. Hay diferentes clases de estrellas; unas son recién nacidas, otras tan antiguas como el Universo; unas son gigantes, otras enanas... Las más brillantes tienen una luminosidad de un millón de veces más que el Sol. Las más débiles tienen 100.000 veces menos luz que el Sol, pero durarán tiempos enormemente más largos. El Sol, que es una estrella pequeña del Universo, consume cuatro millones de toneladas de materia solar por segundo, convirtiendo el hidrógeno en helio. Dista del centro de nuestra galaxia, la Vía Láctea, que es nuestra ciudad cósmica, unos 30,000 años luz. Y tarda en recorrer su órbita, alrededor del núcleo de la galaxia, unos 250 millones de años.

La galaxia más cercana a la nuestra es la de Andrómeda, que está a 2,24 millones de años luz. Las estrellas más lejanas de nosotros podrían estar a miles de millones de años luz. ¿Podemos imaginarnos lo que esto significa? ¿Miles de millones de años viajando a la velocidad de la luz de 300,000 Kms por segundo? ¿Nos damos cuenta ahora de la inmensidad y grandeza de este Universo creado para nosotros? Nuestra mente no puede ni siquiera concebir distancias tan grandes. Y el Universo está todavía en expansión... Ahora bien, este Universo ha tenido un principio hace unos veinte mil millones de años. Recuerdo que, cuando estudiaba hace treinta años, los libros hablaban que la edad del Cosmos era de diez mil millones de años. Ahora se habla de veinte mil millones ¿Qué dirán dentro de cien años? Pues bien, este Universo, que un día comenzó, también un día terminará. No se puede aceptar la teoría marxista de la materia eterna y de un Universo que ha existido siempre. La ley de la entropía nos habla de una progresiva degradación de la energía. Cada vez aumenta un poco más el equilibrio térmico del Universo y cada vez hay más energía “pasiva”, no disponible... hasta que llegue la muerte energética del Cosmos y tengamos un Universo “frío” y muerto energéticamente, sin vida ni actividad. A este respecto, el desarrollo de la termodinámica con sus leyes de conservación y degradación de la energía nos lleva a pensar que las estrellas, que son fuentes de energía, terminarán un día por apagarse y dejarán de brillar.

Otro punto importante a estudiar es que, según el gran físico Einstein, el tiempo y el espacio son relativos. Esto quiere decir que un astronauta, viajando en una nave espacial a velocidades próximas a las de la luz, podría volver a la tierra después de doscientos cincuenta años y haber envejecido como si hubiera vivido solamente cincuenta en la Tierra; y así lo habría sentido y creído, pues el ritmo de su cuerpo y de su mente hubiera sido muchísimo más lento y lo mismo el desgaste corporal. Si hubiera tenido un hermano gemelo y lo hubiera dejado a los veinte años, viajando durante cincuenta años por el espacio a esas altísimas velocidades, él hubiera envejecido, supongamos, unos diez años y tendría como treinta, mientras su hermano tendría setenta.

Ciertamente que son cosas un poco hipotéticas, pero que nos dan a conocer las maravillas del Cosmos, que todavía los científicos no alcanzan a comprender. Muchos se preguntan sobre los agujeros negros, donde existe la antimateria... ¿Qué hay entre los espacios intergalácticos? ¿Cómo surgen las estrellas? ¿y los quásares? ¿De dónde viene el “polvo” cósmico? ¿Cómo explicar el orden y la armonía del Universo? Porque en todas partes se dan leyes físicas universales e inmutables, que nos llevan a pensar en el ordenamiento del Cosmos por una mente Superior. Por eso, en cierto modo, podemos predecir el pasado y el futuro tanto en el micro como en el macro Cosmos. Y, si nos ponemos a pensar un poco en el origen de la vida, ¿cómo surgieron las primeras células vivientes? ¿Acaso el simple azar puede explicar el maravilloso mundo en que vivimos? ¿Y el orden de los días y de las noches, de las estaciones o de los instintos de los animales? Cada planta o animal es un mundo maravilloso de armonía y de belleza.

Pongamos un pequeño ejemplo: la maravilla diaria de la incubación de un huevo de gallina. A partir de unos cien gramos de gelatina amorfa se construye en tres semanas sin ayuda externa alguna, un pollito completo con todos sus órganos, capaz de ver, de abrirse paso, rompiendo la cáscara, de comenzar a correr y a buscar su alimento. Y todo este programa está encerrado en un puntito marrón que sólo exige la temperatura adecuada para comenzar a desarrollarse. ¿Y qué diremos del ser humano con su maravilloso cerebro de 10,000 millones de neuronas enlazadas de modo indescriptible?

Todo esto es un misterio que nos sobrepasa y que nos habla de una mente creadora. Decía el gran astrónomo Kepler: *“Si un solo astro se desviara de su órbita, se derrumbaría todo el Universo”*. El gran filósofo Kant afirmaba: *“Sin Dios no se puede explicar el cielo estrellado sobre mí ni la ley moral en mí”*. Y Einstein decía: *“Dios no juega a los dados con el Universo... Tengo la profunda convicción de la existencia de una razón potente y superior, que se revela en lo incomprensible del Universo”*.

Según todas las apariencias, nuestro Universo es todavía joven y todavía está en expansión. Para que el sol se enfríe y llegue a ser un astro frío, se necesitarán unos quince mil millones de años. Otras estrellas necesitarán miles de millones de años más para apagarse, sin contar que otras siguen naciendo. ¿Hasta cuándo? Nuestra mente no puede entender tiempos tan inmensamente largos. ¿Qué será la eternidad? ¿Qué es el tiempo y el espacio? ¿Y si existen, no uno, sino muchos Universos, como ya han supuesto algunos científicos?

EL COMIENZO DE LA VIDA

La Tierra se originó hace unos... cinco mil millones de años. Los primeros restos atribuidos a seres vivientes unicelulares se encuentran en rocas de Australia de 3,500 millones de años de antigüedad. Quizás la vida comenzó, según se piensa, en el fondo del mar. Hace tres mil millones de años aparecen las especies más antiguas de seres vivos. Después vinieron las algas marinas y los pequeños animales y plantas más primitivos. Hace seiscientos millones aparecen los primeros fósiles marinos vivientes sin esqueleto, parecidos a los pólipos y medusas. Corales y otros vivientes con esqueletos externos son abundantes en épocas un poco más recientes, así como moluscos y artrópodos que llenan muchos museos con hermosos ejemplares de ammonites, trilobites y gran variedad de bivaldos. Un paso crucial fue la aparición de los

vertebrados, cuyo esqueleto interno sirve de apoyo para órganos de locomoción... y surgieron los peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos. Hubo un proceso evolutivo de millones de años hasta los antropoides como el oreopiteco, australopiteco, sinántropo, pitecántropo...

Charles Darwin en su libro *“El origen de las especies”* dice que: *“Hay una grandiosidad en esta concepción de que la vida con sus diferentes fuerzas ha sido alentada por el Creador en un corto número de formas y, mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarrollando a partir de un principio sencillo, infinidad de formas, las más bellas y maravillosas”*. Hay casos sorprendentes como el retorno al océano de grandes mamíferos como el delfín, la foca, la ballena... con todas las modificaciones necesarias para la vida marina. No es fácil explicar ni el cómo ni el porqué de tales cambios, que afectan al metabolismo y a la estructura corporal de estos nuevos seres.

No se sabe si ha surgido la vida en otros planetas del Universo. Últimamente se habla de estudios recientes de un meteorito recogido en la Antártida, que han dado lugar a suposiciones de que hubiera habido vida microscópica en Marte hace 3,600 millones de años. Algunos piensan que de allí podría haber venido a la Tierra. Lo cierto es que la Tierra es un planeta privilegiado y que es muy improbable que existan formas de vida superior en otros planetas del Universo. Hay muchas cosas que han hecho de la tierra un planeta privilegiado: coincidencia del radio orbital con la zona habitable alrededor del Sol, masa adecuada para una atmósfera moderada, inclinación del eje y su estabilidad (atribuida a la presencia apropiada de la Luna), núcleo de hierro líquido y campo magnético subsiguiente... etc.

El P. Manuel Carreira, afirma en su libro *“El hombre y el Cosmos”*: *“Un factor de importancia transcendental para la trayectoria de la vida en la Tierra fue el proceso catastrófico de extinción que, en diversas ocasiones, eliminó en muy poco tiempo hasta el 90% de las especies vivientes de la Tierra en un momento dado. Se encuentran indicaciones de cinco grandes episodios de extinción en los últimos quinientos millones de años y, en cada caso, la evolución cambió drásticamente de rumbo. El caso más conocido es el de la desaparición de los grandes reptiles (dinosaurios) hace sesenta y cinco millones de años. De no haber ocurrido, es muy dudoso que los mamíferos constituyesen hoy la forma de vida más desarrollada. Cualquier modificación en la historia del planeta hubiera dado como resultado la esterilidad vital o la limitación de formas vivientes... La trayectoria de la evolución es única. No es posible predecir que algo semejante se hubiese dado en cualquier posible repetición de la historia del planeta”*.

Ciertamente, la historia de la Tierra es irreplicable. Según estudios científicos, cualquier alteración de los hechos concretos que se vivieron en este planeta desde el impacto de rayos cósmicos sobre el núcleo de una célula hasta el choque catastrófico de un meteorito gigante, hubiera cambiado la evolución en formas imprevisibles. Y, por esto, no se puede prever el fin de la evolución en cualquier otro planeta, aunque sea inicialmente semejante a la Tierra.

El P. Carreira afirma en su libro *“Metafísica de la materia”* que *“la opinión científica considera cada vez más difícil el que se haya dado en otros lugares el conjunto de condiciones que se dieron en nuestro planeta y que influyeron*

decisivamente en su habitabilidad y en el desarrollo de la vida hasta el hombre. Entonces, ¿existen los extraterrestres? No lo sabemos, pero no tenemos datos ni siquiera para calcular una probabilidad con visos de valor científico". Si existieran los extraterrestres, no serían superiores a nosotros en dignidad, pues todos seríamos hermanos, hijos del mismo Padre celestial. Pero es muy posible que Dios haya creado todo este inmenso Universo solamente por nosotros y para nosotros. Que la finalidad de tantas grandezas y maravillas haya sido el ser humano. ¿Acaso nos creemos tan pequeños como para no ser dignos de un Universo tan grande para nosotros solos? ¿Acaso el amor de Dios no es demasiado grande como para darnos eso y muchísimo más? ¿Acaso no nos dio a su propio Hijo Jesucristo?

EL HOMBRE

Con relación a su cuerpo, se encuentra entre los vertebrados, con un sistema nervioso centralizado en el cerebro y la médula espinal, y con los mismos órganos básicos que encontramos ya en los peces para la nutrición, circulación, locomoción, reproducción. La semejanza con los mamíferos se acentúa, cuando lo comparamos con los primates, ya que el material genético humano coincide en un 98% con el del gorila. Pero el hombre es la criatura más perfecta de la Creación. Una sola célula de su cerebro es más compleja que todas las galaxias juntas. Sin embargo, ¿habrá sido el hombre, simple fruto de la casualidad o de un Dios despótico que lo ha creado para que termine su vida con la muerte, a la que se dirige inexorablemente el Universo entero? NO. Dios es Amor y ha dirigido desde el principio la evolución del Universo, con amor, hacia el hombre. El hombre es la obra maestra de la Creación y la culminación de la misma.

Ahora bien, muchos científicos, al hablar del hombre, lo consideran como mero fruto de la evolución natural del Universo sin intervención especial de Dios. Pero, veamos, el hombre como ser viviente existe en la tierra desde hace quizás un millón de años, más o menos, no hay seguridad. No importa ahora discutir si el australopiteco o el sinántropo o el pitecántropo era o no hombre, lo cierto es que el hombre de las cavernas, que pintaba en las paredes, era esencialmente el mismo que el hombre de hoy. Ahora bien, si el ser humano es mero producto de la evolución natural, sería un simple animal con un cuerpo más perfecto y desarrollado que los otros. ¿Eso es el hombre?

Hace unos años, un grupo de químicos hizo un estudio serio sobre el cuerpo humano y concluyeron que de la grasa que tiene, podrían fabricarse siete trozos de jabón, de su contenido de hierro podría fabricarse una llavecita. Su contenido de azúcar bastaría sólo para una taza de té. Con su fósforo se podrían fabricar 2.200 cabecitas de fósforos. Con su magnesio se podría hacer una fotografía. Si todo esto se fuera a comprar al mercado, valdría unos ¿diez dólares? Eso es lo que vale el cuerpo humano. Pero el hombre es algo más que cuerpo, tiene un alma inmortal que tiene un valor infinito y que ha sido creada directamente por Dios. Por eso, la dignidad del ser humano no se basa en su cuerpo, más o menos desarrollado, sino en su alma, que lo hace imagen de Dios. De ahí que el hombre vale más que el Universo entero y tiene una dimensión transcendente, pues vivirá por toda la eternidad.

Sin embargo, si nos referimos a su cuerpo humano, no debemos tener miedo a hablar de su evolución natural. Sobre este punto, debemos aclarar que no es dogma de fe el monogenismo, es decir, que todos los hombres desciendan de una sola pareja humana (Adán y Eva). Así lo aclaró la Comisión bíblica Pontificia en 1919 y el Papa Pío XII en la encíclica "*Humani generis*". Dios pudo tomar un grupo de primates superiores para hacerlos hombres inteligentes e hijos suyos, elevados al orden sobrenatural. Lo que sí hay que afirmar definitivamente es una intervención especial de Dios en este paso transcendental, que solamente pudo darse por obra y gracia de Dios. Admitida esta intervención especial de Dios para crear a los primeros seres humanos y darles un alma inmortal, ¿por qué no aceptar que fuera una pareja en lugar de veinte o treinta? Así se explicaría mejor, como dice Pío XII, el dogma del pecado original, que se transmite por herencia desde nuestros primeros padres.

Ahora bien, Dios podía haberlos creado de la nada o del cuerpo de un primate desarrollado. ¿Por qué no hacerlo de este último? ¿Acaso el ser humano sería más digno, si hubiera sido creado directamente de la nada y no como parte de un Universo en evolución? ¿Acaso Cristo hubiera sido más digno, si hubiera venido directamente del cielo y se hubiera presentado en la tierra sin ser parte de la humanidad, sin tener una madre humana y una familia humana? Lo que sí podemos suponer es que en este caso de que Dios se sirviera de un primate superior, lo haría infundiéndole el alma humana, desde el primer momento de su concepción en el vientre de su madre, al igual que Cristo quiso hacerse hombre desde el primer momento de su concepción en el vientre de María. De este modo, el hombre sería, a la vez, parte de un Universo en evolución e imagen de Dios por su alma inmortal, creada directamente por Dios.

El Papa Pío XII en 1950 ya había dicho que no había oposición entre la fe católica y la doctrina de la evolución. Y el Papa Juan Pablo II en su mensaje a los miembros de la Academia Pontificia de Ciencias el 22-10-96 decía que la teoría de la evolución es más que una hipótesis, pero que en el supuesto caso de que el hombre viniera, en cuanto al cuerpo, de un primate desarrollado, debemos admitir que el alma no es fruto natural de la evolución, sino que es creada directamente por Dios. Dice así: *“Las teorías de la evolución que consideran que el espíritu surge de las fuerzas de la materia viva o que se trata de un simple epifenómeno de esta materia, son incompatibles con la verdad sobre el hombre. Esas teorías son incapaces de fundar la dignidad de la persona humana... Al llegar al hombre nos encontramos con una diferencia de orden ontológico, ante un salto ontológico, podríamos decir. El momento del paso a lo espiritual no es objeto de observación... Compete a la Teología deducir el sentido último del hombre según los designios del Creador”*.

Debe quedar, pues, bien claro de que el hecho de que el cuerpo humano pueda ser fruto de la evolución universal, esto no supone que lo sea también su alma. Su alma no es producto de la evolución, sino creada directamente por Dios. El concilio Vaticano II afirma que: *“El hombre es en la tierra la única criatura que Dios ha querido por sí misma”* (GS 24).

Cuando llegó el momento escogido por Dios desde toda la eternidad, hizo su aparición en la tierra un nuevo ser, completamente distinto de todos los anteriores, un ser dotado de inteligencia y libertad, un ser que sabía entusiasmarse y sabía amar, que sabía hablar y sonreír, y que levantaba su mirada al cielo y le decía a su Creador: Padre. Era el hombre. *“Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a su imagen”* (Sab 2,23).

El hombre no es simplemente una *“criatura”* de Dios, porque Él lo ha creado *“a su imagen y semejanza”* (Gén 1,26) y esto no se dice de ninguna otra criatura. Más aún, al hablar de todas las otras cosas de la Creación, se nos dice que Dios las juzgó como *“buenas”*, pero al hablar del hombre, Dios pronuncia el superlativo *“muy bueno”* (Gén 1,31). Por otra parte, se nos dice que Adán engendró a su hijo Set *“a su imagen y semejanza”* (Gén 5,3). Por consiguiente, si Adán podía llamar hijo a Set, también Dios podía llamar hijos a nuestros primeros padres. Lo que quiere decir que nosotros podemos llamarlo Padre. Sí, somos hijos de Dios, no criaturas de Dios simplemente. Además, si una madre puede llamar hijo, a quien solamente le ha ayudado en la formación de su cuerpo ¡cuánto más no lo podrá hacer Dios, a quien le ha dado lo más fundamental de su ser, que es su alma!

Ahora bien, el alma puede estar “vacía” y sin amor personal o “muerta” por el rechazo a Dios del pecado mortal. En este caso, falta la verdadera vida divina en el alma, por ejemplo, a quienes han muerto sin llegar al uso de razón o a quienes, peor aún, rechazan a Dios y no lo aman. Por esto, S. Juan dice que hijos de Dios, propiamente, son los que aman a Dios. *“Todo el que ama ha nacido de Dios”* (1 Jn 4,7). ¿Por qué? Porque el amor es propio de los hijos de Dios y en esto se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo (Cf 1 Jn 3,10). El mismo Jesús dice: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios y bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”* (Mt 5,8-9).

Muchos teólogos, no obstante, dan el nombre de hijos de Dios, solamente, a quienes han recibido el bautismo y han recibido la filiación divina en Jesucristo. Sin embargo, como diría Rahner, hay en el mundo muchos millones de hijos de Dios y cristianos anónimos por haber aceptado a Dios en su corazón, por Jesucristo, aunque no lo sepan. Dice el Catecismo de la Iglesia que *“todo hombre que, ignorando el Evangelio de Cristo y su Iglesia, busca la verdad y hace la voluntad de Dios según él la conoce, puede ser salvado. Se puede suponer que semejantes personas habrían deseado explícitamente el bautismo, si hubiesen conocido su necesidad”* (Cat 1260). Es lo que se llama bautismo de deseo. Lo mismo podemos decir de los niños que mueren sin bautismo. *“La misericordia de Dios y la ternura de Jesús con los niños nos permiten confiar en que haya un camino de salvación para ellos”* (Cat 1261). Por todo esto, nosotros llamaremos hijos de Dios, en general, a todos los hombres, por ser imagen de Dios; aunque, en sentido pleno, sólo lo sean los bautizados que viven con amor su fe en Jesucristo.

¡Qué grande es el hombre como hijo de Dios! Dios, su Padre, pensó para él las más grandes maravillas y los mejores dones para regalárselos. Los teólogos y la misma Palabra de Dios nos hablan del don de la impassibilidad: no padecería dolor ni enfermedades corporales. De la inmortalidad: no moriría nunca y pasaría de este mundo al reino definitivo como por un sueño tranquilo. Sí, tendría que trabajar y superarse y realizarse como ser humano, pero sin angustia por el pan de cada día, porque tenía una ciencia infusa, infundida naturalmente por Dios, a la vez que un equilibrio psicológico excelente, sin esa inclinación al pecado tan marcada en nosotros.

Realmente, era un ser admirable, un hijo de Dios, brillante de luz y de amor y de paz... hasta que vino el pecado. Y quedó privado de aquel paraíso en que vivía. La Palabra de Dios nos habla del jardín del Edén, del que fue *“expulsado”* (Cf Gén 3,24), o mejor dicho, del que él mismo se privó... Lo cierto es que *“por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos habían pecado”* (Rom 5,12). Pecaron nuestros primeros padres y todos nosotros sufrimos las consecuencias y perdimos esa herencia de dones preternaturales. ¡Maldito pecado! Todos los sufrimientos de todos los hombres de todos los tiempos y todas las muertes tienen su origen en un solo pecado. ¡Qué desgracia para la humanidad!

Pero Dios seguía siendo nuestro Padre y nos levantó del fango y nos prometió un Salvador para que no perdiéramos la esperanza de llegar a Él y nos concedió su perdón. Entonces, los hombres volvieron de nuevo a sonreír y sus ojos volvieron a brillar y su

corazón volvió a llenarse de amor y de paz. Pero ya sabemos que podemos perder esta luz y este amor y paz, si nos alejamos de nuestro Padre y nos dejamos llevar por el pecado. Sin embargo, Él siempre nos espera como el Padre del hijo pródigo para estrecharnos en sus brazos y decirnos con infinito amor: *“Hijo mío”*. Respondamos a su amor, diciéndole con todo nuestro amor cada día: *“Padre mío, yo te amo”*.

Gracias, Señor, por el hombre creado a tu imagen y semejanza. *“Oh Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies”* (Sal 8,2-6) *“En tu sabiduría formaste al hombre para que dominara sobre tus criaturas... Dame, pues Señor, la sabiduría asistente de tu trono y no me excluyas del número de tus hijos”* (Sab 9,2-4).

LOS DERECHOS HUMANOS

El hombre no es un eslabón más de una cadena evolutiva que puede llevar a un superhombre, como dicen algunos. Su valor como persona es inconmensurable, no se puede medir con categorías humanas, porque depende de Dios, que lo ha creado para ser su hijo por toda la eternidad. El ser hijo de Dios le da una dignidad personal por encima de todo lo creado. *“Su dignidad personal es su bien más precioso por el que supera a todo el mundo material. Y vale no por lo que tiene, sino por lo que es... Su dignidad como persona se manifiesta en todo su fulgor, cuando se considera su origen y su destino”* (CL 37). Este origen y destino es Dios mismo.

Por eso, cuando alguien no acepta a Dios ni reconoce que el hombre es su hijo, tampoco acepta la dignidad personal del ser humano. Entonces, el hombre *“queda expuesto a las formas más humillantes y aberrantes de instrumentalización que lo convierten miserablemente en esclavo del más fuerte. Y el más fuerte puede asumir diversos nombres: ideología, poder económico, sistemas políticos inhumanos, tecnocracia científica, avasallamiento por parte de los medios de comunicación... De nuevo, nos encontramos frente a una multitud de personas, cuyos derechos fundamentales son violados, a veces también como consecuencia de la excesiva tolerancia y hasta de la patente injusticia de ciertas leyes civiles... ¿Quién puede contar los niños que no han nacido, porque han sido matados en el seno de sus madres, los niños que crecen sin afecto ni educación? En algunos países, poblaciones enteras se encuentran desprovistas de casa y trabajo, les faltan los medios más indispensables para llevar una vida digna de seres humanos”* (CL 5).

Por esto, debemos aclarar que los derechos humanos brotan inmediatamente de la dignidad de la persona humana y son inviolables e inalienables. Nadie, ni una persona particular ni un grupo ni autoridad ni el Estado, puede modificarlos y mucho menos eliminarlos, porque tales derechos provienen directamente del mismo Dios.

En la declaración universal de los derechos del hombre, hecha por las Naciones Unidas el 10 de Diciembre de 1948, se reconoce la dignidad de la persona humana de todos los hombres y afirma los derechos de todos sin distinción. El Papa Juan Pablo II en la jornada mundial por la paz (1-1-99) decía que *“la dignidad de la persona humana es un valor transcendente, reconocido siempre como tal por cuantos buscan sinceramente la verdad... Y dentro de los derechos del hombre, la libertad religiosa es como el*

corazón mismo de los derechos humanos. Se le debe reconocer a la persona, incluso la libertad de cambiar de religión, si así lo pide su conciencia. Nadie puede ser obligado a aceptar por la fuerza una determinada religión, sean cuales fueran las circunstancias o motivos”.

Veamos ahora más en concreto estos derechos humanos, según los describe el Papa Juan XXIII en su encíclica Pacem in Terris: “Todo ser humano tiene derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, vestido, habitación, descanso, atención médica y a los servicios sociales necesarios... Tiene también derecho natural al debido respeto a su persona, a la buena reputación, a la libertad para buscar la verdad y, dentro de los límites del orden moral y del bien común, para manifestar y defender sus ideas, para cultivar cualquier arte y, finalmente, para tener una objetiva información de los sucesos públicos. También nace de la naturaleza humana el derecho a participar de los bienes de la cultura y, por tanto, el derecho a una instrucción fundamental y a una formación de acuerdo al grado y desarrollo de la propia comunidad política... Entre los derechos del hombre hay que reconocer también el que tiene de honrar a Dios según el dictamen de su conciencia y profesar la religión privada y públicamente... el derecho a la libertad en la elección del propio estado y, por tanto, a crear una familia, con igualdad de derechos y deberes entre el hombre y la mujer o también a seguir la vocación al sacerdocio o la vida religiosa... Tiene el derecho de trabajar en tales condiciones que no sufran daño la integridad física ni las buenas costumbres y que no se le impida el desarrollo como persona. Con relación a la mujer, las condiciones de trabajo deben ser conciliables con sus exigencias y con sus deberes de esposa y de madre... De modo especial, hay que poner de relieve el derecho a una retribución del trabajo, determinada según los criterios de la justicia y suficiente para que el trabajador y su familia lleven un nivel de vida conforme a su dignidad humana.

También brota de la naturaleza humana el derecho a la propiedad privada sobre los bienes, incluso productivos. También todo hombre tiene el derecho de reunión y de libre asociación, a la libertad de movimiento y de residencia dentro de su comunidad política de la que es ciudadano, y también el derecho de emigrar...

Los derechos naturales recordados hasta aquí están inseparablemente unidos en la persona que los posee con otros tantos deberes. Al derecho de todo hombre a la existencia, por ejemplo, corresponde el deber de conservar la vida. Al derecho a un nivel de vida digno, el deber de vivir dignamente, y al derecho a la libertad en la búsqueda de la verdad, el deber de buscarla cada día más amplia y profundamente. Esto supuesto, a un determinado derecho natural de cada uno corresponde la obligación en los demás de reconocérselo y respetárselo... Una convivencia humana bien organizada exige que se reconozcan y se respeten los derechos y deberes mutuos. De aquí se sigue que cada uno debe aportar generosamente su colaboración a la creación de un ambiente apropiado en el que los derechos y deberes se ejerciten cada vez con más empeño y rendimiento... Una convivencia humana debe ayudar al hombre a elevarse hacia su fin trascendente, a llegar a Dios, a crecer en el camino del amor, a dar lo mejor de sí mismo, a compartir juntos la belleza en sus múltiples manifestaciones, a vivir una vida noble y digna de seres humanos, ejerciendo mutuamente sus derechos y obligaciones”.

Sí, el ser humano tiene derecho a vivir de acuerdo a su dignidad y tiene unos derechos que todos deben respetar, aun cuando esté disminuido por enfermedades

físicas o psicológicas e, incluso, aunque haya caído en los vicios más degradantes o en los crímenes más horrendos. Su valor como persona no depende de su bondad ni de sus cualidades humanas o de su salud, ni mucho menos de su dinero, belleza, condición social o poder público. Su valor está en su alma, creada a imagen y semejanza de Dios, y de ahí dimanan todos sus derechos fundamentales. Su alma vale más que todos los tesoros del mundo entero. Por eso, vivir plenamente como hombre, amando y respetando a los demás, es su tarea de todos los días. Y Dios, su Padre, le sigue diciendo desde lo más íntimo de su corazón: *“Hijo mío, tú puedes, tú debes, tú eres capaz”*.

ATENTADOS CONTRA LA PERSONA HUMANA

a) LA PENA DE MUERTE

Aproximadamente, la mitad de los países del mundo mantienen en sus legislaciones la pena de muerte. Sin embargo, cada día son más numerosos los países que apoyan su abolición, porque la consideran como un atentado contra el derecho fundamental de todo ser humano a la vida. El derecho de la sociedad a la legítima defensa no quiere decir que deba acudir a la pena de muerte como el único medio para disuadir a los criminales. Está comprobado que la pena de muerte no disminuye los asesinatos, pero lo que sí está demostrado es que, muchas veces, se ha matado a inocentes y esto sí hay que evitarlo a toda costa. Además, en algunos casos, los criminales pueden regenerarse en prisión y llegar a ser buenos ciudadanos.

De todos modos, ni siquiera el homicida pierde su dignidad personal por sus crímenes. Si vemos el caso de Caín, Dios lo castiga y lo envía al destierro, pero dice: *“Si alguien mata a Caín, será siete veces vengado”* (Gén 4,15). Dios no quiere que lo maten y, por eso, le puso una señal para que nadie que lo encontrara le hiciera daño. Dios, que es justo, es también misericordioso. No hay verdadera justicia sin misericordia.

Ahora bien, a lo largo de la historia de la Iglesia siempre se ha aceptado, como un derecho normal del Estado, el aplicar la pena de muerte a ciertos criminales. En la primera redacción del Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 se decía: *“La Iglesia ha reconocido el justo fundamento del derecho y deber de la legítima autoridad pública para aplicar penas proporcionadas a la gravedad del delito, sin excluir, en casos de extrema gravedad, el recurso a la pena de muerte”* (Cat 2266). Sin embargo, en la edición típica latina, es decir, en el texto definitivo, publicado en setiembre de 1997, se hacen algunas correcciones. Entre ellas, cuando se habla de la pena de muerte, se dice que, aunque en el plano teórico puede ser lícita, para su aplicación deben concurrir ciertas condiciones especiales. Debe haber total seguridad de la responsabilidad del reo, y que no haya otro camino para castigar su delito y para que pueda redimirse. Lo cual haría, de hecho, prácticamente inviable este último recurso.

Por eso, aclarando este punto, el mismo Papa, en el encíclica *“Evangelium Vitae”*, ha dicho: *“La medida y la calidad de la pena deben ser valoradas y decididas atentamente sin que se deba llegar a la medida extrema de la eliminación del reo, salvo en casos de absoluta necesidad, es decir, cuando la defensa de la sociedad no sea posible de otro modo. Hoy, sin embargo, gracias a la organización cada vez más*

adecuada de la institución penal, estos casos son ya muy raros, por no decir prácticamente inexistentes” (EV 56).

Por ejemplo, supongamos que un peligroso terrorista o criminal es condenado a cadena perpetua y, por la corrupción de las autoridades o por la deficiencia en el servicio de vigilancia, se escapa de la cárcel y vuelve a matar y lo cogen y, otra vez, se escapa y vuelve a seguir matando. En este caso extremo, la pena de muerte podría ser el único medio de la sociedad para poder defenderse de un incorregible criminal y salvar así la vida de otros ciudadanos. Pero, con frecuencia, la realidad es muy distinta. Hay pena de muerte por traición a la patria, cuando en tiempo de guerra uno deserta por miedo o por haber dado datos al enemigo bajo tortura.

Y en tiempo de paz, cuántos excesos se cometen sin considerar la dignidad del homicida e, incluso, su arrepentimiento sincero y, a veces, hasta su inocencia. Y se los mata en los países civilizados en la silla eléctrica, en cámaras de gas, con inyecciones letales u otros métodos peores. En USA, por ejemplo, de 1977 a 1998 han ejecutado a 487 reos. Actualmente hay 3,517 condenados a muerte. El año 1997 fueron ejecutados 74 (47 en el Estado de Texas). En este Estado, el 3 de Febrero de 1997 fue ejecutada Karla Tucker, convertida en la prisión, a pesar del clamor mundial para su absolución.

¿Acaso no basta en la mayoría de estos casos acudir a otros medios incruentos para castigar su delito? Según la revista Newsweek de USA y, de acuerdo a investigaciones realizadas en 1998, de los 487 ejecutados en ese país, 75 eran totalmente inocentes. Por eso, la Iglesia aboga por la abolición total de la pena de muerte, ya que los casos extremos en que podría aplicarse son muy raros y los abusos que se dan en la práctica son muchos. Así lo pidió expresamente el Papa Juan Pablo II la noche de Navidad de 1998. En otras ocasiones, ha hablado del “recurso innecesario a la pena de muerte” (EA 63).

Escuchemos lo que decía S. Agustín hace muchos siglos: “¿Eres juez? Primero júzgate a ti mismo para que puedas juzgar con conciencia limpia a los demás. Mira sobre ti mismo y, si tú escuchas al prójimo como a ti mismo, castigarás el pecado, pero no al pecador. Si alguno resistiera y no quisiera corregirse... persigue tal resistencia, esfuérzate por corregirla y suprimirla, pero de tal modo que se condene al pecado y se salve al hombre. Porque una cosa es el hombre y otra el pecado. Al hombre lo hizo Dios, el pecado es obra del hombre. Perezca lo que hizo el hombre y sálvese la obra de Dios. Por consiguiente, no te atrevas jamás a llegar hasta la pena de muerte en tus sentencias para que, al condenar el pecado, no perezca el hombre. No castigues con la muerte para que haya margen para el arrepentimiento.

Debéis ser duros contra el mal y atacarlo, pero no contra el hombre que lo comete. Contra el mal, habréis de ser incluso crueles, pero no contra quien ha sido hecho como vosotros. Todos, jueces y delincuentes, habéis sido sacados de la misma cantera, habéis tenido el mismo artífice. No me opongo, en modo alguno, que se usen las penas, pero que se usen con amor, aprecio y voluntad sincera de ayudar al delincuente a corregirse” (Sermo 13,7-8). Y decía: “Odia al pecado, pero ama al pecador”.

b) LA ESCLAVITUD

Durante muchos siglos de la historia humana, la esclavitud fue una de las lacras de la humanidad. Unos hombres se arrogaban el derecho de propiedad sobre otros hombres y tenían sobre ellos todos los derechos, incluso de vida y muerte, como si fueran objetos, simplemente, porque los habían comprado o los habían tomado como botín de guerra. Un triste capítulo de la historia humana es la trata de negros, propiciada incluso por países cristianos, para llevar mano de obra barata al Nuevo Mundo. Sin embargo, los Papas habían aclarado bien este punto. El 2 de Junio de 1537, en la bula “Sublimis Deus”, Paulo III denunciaba a los que creían que los indios debían ser tratados como animales irracionales, sin alma. De ahí surgieron las “Leyes de Indias”, en las que se prohibía la esclavitud de los indígenas, aunque en la práctica hubo muchos abusos.

El Papa decía en la bula anterior: *“Declaramos que estos indios así como todos los pueblos que la cristiandad pueda encontrar en el futuro no deben ser privados de su libertad y de sus bienes, aunque no sean cristianos, y que, al contrario, deben ser dejados en pleno gozo de su libertad y de sus bienes”*. El Papa Urbano VIII (1623-1644) excomulgó a los que retuvieran indios como esclavos. Pero, en la práctica, los países cristianos aprobaron la trata de negros al igual que hoy día muchos países cristianos aprueban el aborto.

Lo triste es que aún hoy día sigue existiendo la esclavitud en algunos países musulmanes. Y todavía existe la trata de blancas, de mujeres usadas contra su voluntad como prostitutas. Así fueron usadas muchas mujeres orientales, esclavas sexuales del ejército japonés durante la segunda guerra mundial. Peor aún es la esclavitud de niños para el placer de los pederastas o la “adopción” de niños pobres, para hacer de ellos donadores de órganos en países ricos.

La esclavitud actual reviste distintas formas, a veces solapadas como prostitución o contratos “libres” de trabajo que son una especie de trabajos forzados. Lo que sí debe quedar claro es que para Dios *“no hay judío o griego, no hay siervo o libre, varón o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús”* (Gal 3,28). El mismo S. Pablo le escribe a Filemón sobre su esclavo Onésimo, que se había escapado, que lo reciba de nuevo *“no ya como siervo, sino más que siervo, como hermano amado, muy amado para mí y mucho más para ti, según la carne y según el Señor”* (Film 16). Cuando uno es cristiano, ya no puede ver a los otros como esclavos o simples siervos, sino como hermanos queridos en el mismo Señor.

c) EL RACISMO

Muchas veces, se considera a otros seres humanos inferiores por su raza, cultura o religión. Hitler creía en la superioridad de la raza aria y, por eso, mató a seis millones de judíos. También determinó la castración de todos los que eran subnormales. En muchos países comunistas se dejaba morir a los desahuciados o enfermos mentales, porque eran económicamente inútiles. En algunos países, todavía existe, en la práctica, una especie de “apartheid” o racismo contra la población aborígen más pobre e inculta, a quien se desprecia y se considera inferior, como a los parias de la India. También se desprecia a los refugiados, a los inmigrantes, a las minorías de otros pueblos. Hoy se trata de fomentar el racismo, queriendo conseguir en laboratorio, por procreación in vitro o clonación, a hombres con características especiales, que sean superiores a otros. Incluso, son peligrosos ciertos nacionalismos, que llegan a despreciar a otros

pueblos y, a veces, se llega a la “limpieza étnica” como en Yugoslavia. Es importante que cada uno se identifique y ame a su país, su religión o cultura, pero no hasta el punto de despreciar a los otros pueblos. Antes que ciudadano de un país o miembro de una religión, es un ser humano y debe obedecer primero a Dios y a su conciencia antes que al Gobierno de su patria o a las órdenes de sus jefes políticos o militares. Aun en medio de la guerra más cruel, hay que ser compasivos y humanos, porque todos los hombres somos hermanos en Dios y tenemos la misma dignidad. Todos valemos lo mismo ante Dios; para Él no hay inferiores ni superiores.

En la convención de la ONU de 1965 se afirmó que *“toda doctrina de superioridad, fundada en la diferenciación entre razas, es científicamente falsa, moralmente condenable y socialmente injusta y peligrosa”*. Así habló también el Concilio Vaticano II en Gaudium et Spes Nº 29. El Papa Juan XXIII en la Pacem in terris decía: *“Ningún grupo humano se puede engrair de poseer sobre otros una superioridad de naturaleza”*. Por eso, esperamos que un día haya más respeto entre los hombres y más tolerancia con los que no son como nosotros. Ojalá que desaparezcan para siempre las guerras de religión; los grupos terroristas, que quieren imponer sus ideas por la fuerza; grupos, como el Ku Klux Klan de los Estados Unidos, que ejercen violencia contra judíos, negros y católicos; y todos los grupos que fomentan el racismo o apoyan leyes de extranjería antihumanas.

“Todos los hombres tienen la misma naturaleza y el mismo origen. Redimidos por Cristo, disfrutan de la misma vocación e idéntico destino. Por eso, toda discriminación de los derechos fundamentales de la persona, ya sea social o cultural, por motivos de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión, debe ser eliminada por ser contrario al plan de Dios” (GS 29). Ciertamente, *“entre los seres humanos existen diferencias y, a veces, enormes en el grado de saber, virtud, capacidad de invención y posesión de bienes materiales. Pero esto nunca puede justificar el propósito de hacer valer la propia superioridad para sojuzgar de cualquier modo que sea a los otros. Antes bien, esta superioridad comporta una mayor obligación de ayudar a los demás para que logren en esfuerzo común la propia perfección. En realidad, no existen seres humanos superiores por naturaleza, sino que todos los seres humanos son iguales por su dignidad natural, en razón de la dignidad de su naturaleza humana”* (Pacem in terris).

Por eso, examina tu conciencia y mira a ver si eres racista y cuántas veces has despreciado a los otros, creyéndote superior. Ojalá que seas verdadero hijo de Dios y puedas decir a cada ser humano que pase a tu lado: **TU ERES MI HERMANO.**

d) EL MACHISMO

El machismo es una mentalidad muy común entre ciertos hombres, que les hace creer en la superioridad del hombre sobre la mujer y que, muchas veces, la somete a desprecios y maltratos, especialmente en el ambiente doméstico. En algunos países, todavía existen leyes discriminatorias: no pueden votar u ocupar ciertos cargos públicos ni tienen los mismos derechos que el varón en cuanto a la herencia o decisiones económicas familiares. En China todavía se las considera de menos valor que el hombre y, con frecuencia, se las mata al nacer. Recordemos las leyes de algunos países fundamentalistas musulmanes que les prohíben ir por la calle con el rostro descubierto o trabajar fuera de casa e, incluso, se las mutila, cortándoles el clítoris, para evitar que sientan mucho placer sexual y así puedan guardar mejor la fidelidad; como si

fueran propiedad de sus esposos, que se creen tener derecho para usarlas como objetos de placer hasta en cosas contra natura. Y cuántas veces se les ha impuesto la esterilización en contra de su propia voluntad. *“La Iglesia deplora como abominable la esterilización, a veces programada de las mujeres, sobre todo, de las más pobres y marginadas, que es practicada a menudo de manera engañosa sin saberlo las interesadas. Esto es mucho más grave, cuando se hace para conseguir ayudas económicas a nivel internacional”* (EA 45). O también, cuando se les engaña para ser esterilizadas, ya sea con beneficios económicos o por intereses políticos.

¡Durante cuántos siglos la mujer estuvo relegada al ámbito de su propia casa sin poder estudiar en las Universidades ni tener voz ni voto en las decisiones políticas! Por esto, el Papa Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris* dice que: *“Hoy día la mujer sabe que no puede ya consentir ser considerada y tratada como un instrumento y exige ser considerada como persona en paridad de derechos y obligaciones como el hombre, tanto en el ámbito de la vida doméstica como en la vida pública”*.

El Papa Juan Pablo II, en la carta apostólica *“Mulieris dignitatem”*, al hablar de la dignidad de la mujer aclara: *“Lo que dice S. Pablo de que las mujeres deben estar sometidas a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer (Ef 5,22) debe entenderse de un modo nuevo, es decir, como una sumisión recíproca... no solamente sumisión de la mujer al marido... Todas las razones en favor de la sumisión de la mujer al hombre en el matrimonio se deben interpretar en el sentido de una sumisión recíproca de ambos en el temor de Cristo”*.

Por eso, hay que recalcar que ambos, hombre y mujer, como seres humanos partícipes de la misma naturaleza, tienen los mismos derechos y la misma dignidad, aunque sean diferentes. Y de la misma manera que hay que rechazar el machismo hay que rechazar el feminismo, que considera que la mujer debe liberarse del hombre y ser independiente con derecho a la libertad sexual, a abortar, cuando quiera, y a vivir como quiera... Más que imitar al hombre, la mujer debe ser lo que es y sentirse orgullosa de su vocación de amor, viendo en María un modelo. Ser mujer no es ser inferior al hombre. De hecho, la persona humana más perfecta que ha existido, existe y existirá, ha sido una mujer: María.

El Papa Juan Pablo II en la encíclica *“Redemptoris Mater”* afirma que *“la mujer debe vivir dignamente su feminidad, mirando a María. A la luz de María la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza que es espejo de los más altos sentimientos, de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza, la laboriosidad infatigable, y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo”* (Nº 46). *“La mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando amor a los demás. La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual se une a la conciencia de que Dios le confía al hombre, es decir, al ser humano... La mujer es fuerte por la conciencia de esta entrega, es fuerte por el hecho de que Dios le confía al hombre, siempre y en cualquier caso, incluso en las condiciones de discriminación social en la que pueda encontrarse. Esta conciencia y esta vocación fundamental hablan a la mujer de la dignidad que recibe de parte de Dios mismo y todo ello la hace fuerte y la reafirma en su vocación de mujer”* (MD 30).

El hecho de que las mujeres en la Iglesia Católica no puedan ser sacerdotes *“no significa una menor dignidad ni una discriminación hacia ellas, sino la observancia fiel*

de una disposición que hay que atribuir a la sabiduría del Señor del Universo” (OS). En esto seguimos simplemente la enseñanza de Jesús. Jesús podía haber escogido mujeres, especialmente a su propia madre, y no lo hizo. Él conocía el futuro y, por eso, no podemos suponer que se debió solamente a motivos históricos o circunstanciales. Que la mujer no pueda ser sacerdote no quiere decir que sea menos que el hombre, sino que es distinta y a cada uno Dios le da misiones diferentes en la sociedad, así como dentro de la propia familia. Por eso, el Papa Juan Pablo II dice en la misma carta apostólica “*Ordinatio sacerdotalis*”: “*declaro que la Iglesia no tiene en modo alguno facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia*”. Es, pues, una doctrina, que no es discutible, sino definitiva y “*debe ser considerada siempre, en todas partes y por todos los fieles como perteneciente al depósito de la fe*” (Respuesta de la Congregación para la doctrina de la fe del 28-10-1995). De todos modos, dice el Papa en la misma carta: “*el único carisma superior, que debe ser apetecido, es el amor. Los más grandes en el Reino de los cielos no son los ministros (sacerdotes), sino los santos*”.

e) EL ABORTO

Es un gran atentado contra la vida de seres humanos inocentes, indefensos y todavía por nacer. Frecuentemente, son los propios padres quienes deciden la muerte, como si tuvieran derecho a decidir quién puede vivir o morir. Cada año son cerca de setenta millones de seres humanos que son abortados. Una injusticia que clama venganza al cielo. ¿Acaso los padres sólo ven su propia comodidad? ¿Dónde están los derechos de esos hijos, que desean nacer, y a quienes Dios les ha dado la vida con infinito amor? Cada día crece más la amenaza contra estos niños aún no nacidos, porque va creciendo una mentalidad hedonista, que busca el placer y evita los hijos. Cada día son más también los anticonceptivos abortivos disponibles.

Con relación a las técnicas para practicar el aborto, debemos decir que son, ciertamente, salvajes. En el método de succión, se introduce un tubo por la vagina y se aspira el feto hasta que es sacado del útero completamente desmembrado. La dilatación y el legrado consisten en introducir un cuchillo curvo en el útero y se despedaza al niño para poder sacarlo a pedazos. Otras veces, se aplica una inyección de una solución concentrada de sal para que muera el niño y la madre lo dé a luz ya muerto. O la histerectomía, que se practica en los últimos meses, con cesárea, para sacar al niño y aprovecharlo, como si fuera un animalito, para la confección de fármacos y cremas. Por eso, debemos tener claro, como dice el concilio que “*El aborto y el infanticidio son crímenes abominables*” (GS 51) Y “*quien procura el aborto, si éste se produce, incurre en excomunión*” (Cat 2272 y canon 1398). El Catecismo de la Iglesia católica afirma que “*la vida humana debe ser respetada y protegida de manera absoluta desde el momento de la concepción . Desde el primer momento de su existencia, el ser humano debe ver reconocidos sus derechos de persona, entre los cuales está el derecho inviolable a la vida*” (Cat 2270).

El famoso abortista, convertido católico, Bernard Nathanson, después de haber practicado personalmente más de 5,000 abortos decía: “*Estoy convencido de que la vida comienza en el momento de la concepción y debe ser inviolable*”. El Dr. Lejeune, famoso catedrático de genética fundamental de la Universidad de París afirma que

“abortar es matar, aunque el cadáver sea muy pequeño”. Por eso, legalizar el aborto es legalizar la pena de muerte para estos niños no nacidos. Y el país que legaliza el aborto, de algún modo, está matando su propia alma. Porque nadie puede disponer de la vida, sólo Dios es el dueño de la vida y nadie tiene derecho a quitársela a sí mismo o a los demás. Como diría Sta. Isabel a María, y se puede aplicar a todas las mujeres: ***“Bendito es el fruto de tu vientre”*** (Lc 1.42).

En la encíclica Evangelium vitae, el Papa Juan Pablo II dice: “¿Cómo es posible hablar de dignidad de toda persona humana, cuando se permite matar a la más débil e inocente?... El derecho originario e inalienable a la vida se pone en discusión o se niega sobre la base de un voto parlamentario o de la voluntad de una parte de la población, aunque sea mayoritaria... De ese modo, la democracia, a pesar de sus reglas va por un camino de totalitarismo fundamental... El Estado tirano presupone poder disponer de la vida de los más débiles e indefensos, desde el niño aún no nacido hasta el anciano, en nombre de la utilidad pública, que no es otra cosa, en realidad, que el interés de algunos. Parece que todo acontece en el más firme respeto de la legalidad, al menos cuando las leyes que permiten el aborto o la eutanasia son votadas, según las, así llamadas, reglas democráticas. Pero, en realidad, estamos sólo ante una trágica apariencia de legalidad, donde el ideal democrático, que es verdaderamente tal cuando reconoce y tutela la dignidad de toda persona humana, es traicionado en sus mismas bases... ¿En nombre de qué justicia se realiza la más injusta de las discriminaciones entre las personas, declarando a algunas dignas de ser defendidas mientras a otras se niega esta dignidad? (Nº 20).

Por eso, “con la autoridad conferida por Cristo a Pedro y a sus sucesores en comunión con los obispos de la Iglesia Católica, confirmo que la eliminación directa y voluntaria de un ser humano inocente es siempre gravemente inmoral. Esta doctrina es corroborada por la S. Escritura, transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal... Nada ni nadie puede autorizar la muerte de un ser humano inocente sea feto o embrión, niño o adulto, anciano, enfermo incurable o agonizante. Nadie, además, puede pedir este gesto homicida para sí mismo o para otros confiados a su responsabilidad ni puede consentirlo explícita o implícitamente. Ninguna autoridad puede legítimamente imponerlo ni permitirlo” (Nº 57).

“Algunos intentan justificar el aborto, sosteniendo que el fruto de la concepción, al menos hasta un cierto número de días, no puede ser todavía considerado una vida humana personal. En realidad, desde el momento en que el óvulo es fecundado se inaugura una nueva vida, que no es la del padre ni la de la madre, sino la de un nuevo ser humano que se desarrolla por sí mismo. Jamás llegará a ser humano, si no lo ha sido desde entonces. A esta evidencia de siempre... la genética moderna otorga una preciosa confirmación. Muestra que, desde el primer instante, se encuentra fijado el programa de lo que será ese viviente: una persona, un individuo con sus características ya bien determinadas... Por eso, el ser humano debe ser respetado y tratado como persona desde el instante de su concepción y, por eso, a partir de ese mismo momento se le deben reconocer los derechos de la persona, principalmente, el derecho inviolable de todo ser humano inocente a la vida” (Nº 60).

Decía la M. Teresa de Calcuta: “Cuando las madres son capaces de matar a sus propios hijos concebidos en su seno, ya todo se puede esperar, ya no hay compasión, ya no hay moral, la sociedad está perdida”. De aquí surge la conclusión de que todos

los que se precien de ser humanos y no solamente los católicos, deben defender la vida de estos niños aún no nacidos. Dice el Papa: *“Defiende, respeta, ama y sirve a la vida, a toda vida humana. Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad”* (Nº 5).

f) LA EUTANASIA

Es otro grave atentado contra el derecho a la vida. Nadie tiene derecho a disponer de la vida de otro y ni siquiera de su propia vida. Solo Dios es el único Señor de la vida. Para Él no hay vidas inútiles. Nadie viene al mundo por casualidad. Toda vida humana tiene un sentido y una finalidad en sus planes divinos. Como dice el Papa Juan Pablo II: *“La vida humana, aunque débil y enferma, es siempre un don espléndido del Dios de la bondad”* (FC 30). No se puede hablar de matar *“por piedad”* a los niños que nacen con graves deficiencias o a los ancianos en estado terminal o a quienes estén ya desahuciados, quizás sea más exacto hablar de comodidad de la familia, de evitarse sacrificios y dispendios económicos. En una palabra, hablar de egoísmo, que procura librarse de todo lo que le molesta, porque falta, precisamente, piedad y amor. Frecuentemente, se dan casos de familias que deciden interrumpir tratamientos sencillos y poco costosos como el equipo de oxígeno o la sonda para alimentar al enfermo, para que muera *“de una vez”*. Pero esto no se puede justificar, es falsa piedad, que más bien busca evitarse molestias por tiempo indefinido. ¿Qué sabemos nosotros de los planes de Dios? ¿Acaso no puede seguir bendiciendo al enfermo en ese estado terminal o darle una oportunidad para arrepentirse y purificarse?

Ahora bien, la Iglesia acepta que puedan interrumpirse tratamientos médicos muy costosos, peligrosos o desproporcionados a los resultados que se puedan obtener, aunque pueda venir la muerte de modo natural. Las familias no están obligadas a estos tratamientos muy costosos, que no pueden afrontar. *“Con esto no se pretende provocar (directamente) la muerte, se acepta sólo no poder impedirla. Estas decisiones deben ser tomadas por el paciente, si para ello tiene competencia y capacidad o si no por los que tienen los derechos legales, respetando siempre la voluntad razonable y los intereses legítimos del paciente”* (Cat 2278). *“El uso de analgésicos para aliviar los sufrimientos del moribundo, incluso con riesgo de abreviar sus días, puede ser moralmente conforme a la dignidad humana, si la muerte no es pretendida ni como fin ni como medio, sino solamente prevista y tolerada como inevitable”* (Cat 2279).

Fuera de estos casos, no se puede aceptar la eutanasia y mucho menos legalizarla. En este caso, se miraría con desconfianza al médico que tiene la misión de sanar y no de matar. Además habría casos en que podría tomarse esa decisión para evitarse problemas, para apropiarse cuanto antes de la herencia, eliminar testigos incómodos o enemigos indeseables, competidores peligrosos, familiares molestos o para aprovechar sus órganos cuanto antes.

Si vemos los hechos concretos, la ley de la eutanasia, dada en 1939 por el III Reich de Hitler, envió a la muerte a 100,000 personas minusválidas, y no necesariamente en estado terminal, por considerarlas sin valor y económicamente inútiles. Actualmente, en Holanda, donde se ha aprobado esta ley, el 2% de las muertes son por eutanasia, lo que significa 18,000 personas al año. Por eso, la Iglesia ha hablado sobre este asunto de tanta actualidad, pues en muchos países se pretende ya legalizarla. Dice Juan Pablo II: *“De acuerdo al magisterio de mis predecesores y en comunión con los obispos de la*

Iglesia católica, confirmo que la eutanasia es una grave violación de la ley de Dios en cuanto eliminación deliberada y moralmente inaceptable de una persona humana. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita; es transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el magisterio ordinario y universal” (EV 65). “El aborto y la eutanasia son crímenes que ninguna ley humana puede pretender legitimar” (EV 73). Por eso, en caso de campañas públicas para legalizarlas o para cumplirlas, si ya están legalizadas, no hay que seguirlas por respeto a nuestra propia dignidad y a la de los demás. “En caso de una ley injusta, que admita el aborto o la eutanasia, nunca será lícito someterse a ella ni participar en campañas de opinión en favor de una ley semejante ni darle el apoyo del propio voto” (EV 73).

Nunca me olvidaré del caso que leí en una revista. Ocurrió en Estados Unidos. Un papá fue al hospital a ver a su hijo recién nacido y, al ver que había nacido mongólico, lo tomó en sus brazos y, desesperado, le golpeó la cabeza contra el suelo y lo mató. ¿Acaso ese niño no tenía derecho a vivir? ¿Acaso su vida no valía nada? Muchas veces, hablamos de los derechos humanos como si la mamá tuviera derecho a abortar o los padres pudieran tener derecho a practicar la eutanasia con sus hijos que nacen enfermos.... ¿Y el niño no tiene derechos? ¿Y dónde están los derechos de Dios? ¿Acaso ese niño no es hijo de Dios, a quien ha creado con infinito amor? ¿Quién puede arrogarse el derecho de matar y quitar la vida de otro? ¿Acaso se puede justificar el matar “por piedad”? ¿para que no sufra? Quizás Dios pudiera decirnos, como a Caín: “La sangre de tu hermano, está clamando a Mí desde la tierra” (Gén 4,10).

g) MANIPULACION DE LA VIDA HUMANA NACIENTE

Éste es otro grave atentado a la dignidad de las personas. Por eso, en la instrucción de la Congregación para la doctrina de la fe, publicada el 22 de Febrero de 1987, se afirma que nadie puede manipular ni experimentar con embriones producidos en laboratorio, que son verdaderos seres humanos. Es inmoral producir seres humanos en laboratorio como material biológico disponible y menos aún destruir estos embriones humanos “sobrantes”, como ocurre en muchos centros de fecundación artificial de los países “desarrollados”. ¿Desarrollados? ¿o subdesarrollados en el espíritu?

Utilizar un embrión humano como objeto o instrumento de experimentación es un delito contra la dignidad del ser humano, que tiene derecho al mismo respeto debido al niño ya nacido y a toda persona humana. La práctica de mantener en vida embriones humanos para fines experimentales o comerciales, es completamente inmoral. Incluso, los cadáveres de estos embriones o fetos humanos deben ser respetados y evitarse cualquier práctica comercial para obtener productos nuevos. La misma congelación de embriones, aunque se realice para mantener en vida al embrión, constituye una ofensa al respeto debido a los seres humanos. Tampoco es lícito experimentar con embriones humanos en orden a la investigación científica.

Hoy día muchas parejas de esposos acuden a los médicos para tener hijos por fecundación o inseminación artificial. Pero esto es inmoral, lo mismo si se hace con espermias u óvulos de otro que no sea el esposo o la esposa, como si se trata de mujeres viudas, solteras o no casadas legítimamente. Pero también lo es, aun cuando sea con elementos propios de los esposos, ya que, para que pueda implantarse y ser viable un embrión, es preciso producir varios más, que van a morir hasta que se consiga

el éxito, y nadie tiene derecho a matar a otros seres humanos para obtener algo, aunque sea bueno. El fin no justifica los medios.

Los laboratorios no pueden ser fábricas de seres humanos. Un caso especial, que tiene mucha actualidad, es el de la clonación de seres humanos en el futuro. Hasta ahora sólo se ha conseguido en animales. Y se trata de una técnica reproductiva para conseguir seres “idénticos”, al menos en cuanto al cuerpo. Se unen el núcleo de una célula viva del donante, que se quiere clonar, con un óvulo sin núcleo y se implanta en un útero. El ser resultante tendría todas las características del donante. Si éste es un hombre sería, a la vez, padre y madre de su hijo. Si es mujer, tendría un hijo sin padre. Pero, aparte de esto ¿cuántos seres humanos deberían morir para conseguir un solo éxito? Para obtener la oveja Dolly en Inglaterra, se hicieron 277 fusiones y sólo ocho tuvieron éxito y sólo uno de estos ocho embriones llegó a feliz término.

Por eso, la reproducción clonal es totalmente inmoral. Si esto se hiciera realidad, se crearían grupos de seres humanos idénticos físicamente para ciertas cosas, con lo que se podría fomentar el racismo o las diferencias sociales, se perdería el sentido profundo de la maternidad, se acabaría el sentido de familia, de filiación, de matrimonio. Muchas mujeres preferirían tener hijos idénticos a ellas sin necesidad de un padre, incluso podrían evitar los problemas del embarazo con úteros artificiales. Sin embargo, debemos aclarar que el alma humana no se puede clonar y que siempre habría diferencias entre los seres clonados, como los hay entre los gemelos univitelinos. Además, ¿cuántos traumas tendrían que sobrellevar estos niños sin padre ni madre auténticos? Si un niño no deseado, nace con traumas ¿cuántos más tendrá el que no ha tenido durante nueve meses el amor de una madre y ha vivido en un mundo vacío y sin luz, en un útero de una mujer alquilada o de un útero artificial? Veamos lo que nos dice Margaret Brown, una joven de 20 años, estudiante de biología en Texas. Sus declaraciones aparecieron en 1994 en el semanario “Newsweek”. Ella es fruto de inseminación artificial y no conoce a su padre.

“Tengo el sueño recurrente de estar flotando en la oscuridad, mientras giro sin parar cada vez más de prisa en una región sin nombre, fuera del tiempo. Me empiezo a angustiar y quiero poner los pies en la tierra para encontrarme a mí misma. Soy una persona engendrada por inseminación artificial, alguien que nunca conocerá la mitad de su identidad (padre)... No veo cómo alguien puede privar conscientemente a otro de algo tan básico y esencial como es su herencia.recio enormemente los sacrificios de mi madre y el amor de mi familia. Pero, incluso acunada por el amor de la hermana de mi padre legal, siento como si estuviera tomando prestada la familia de otro. Los hijos no son bienes de consumo o posesiones. Son personas con idénticos intereses en el proceso”.

Maravilloso testimonio, que debemos tener en cuenta para valorar al ser humano en toda su dimensión y no solamente la corporal o la de este mundo pasajero, pues tiene un destino eterno. Cada ser humano es irreplicable. Dios no hace fotocopias y el alma que nos da a cada uno es distinta y la crea personalmente con un amor infinito y particular.

El ser humano no puede ser fruto de técnicas científicas. La persona humana debe ser fruto del amor de sus padres. No se puede admitir que los medios técnicos sustituyan al acto conyugal. Por eso, la Iglesia sólo acepta aquellos medios artificiales

que vayan destinados exclusivamente a facilitar el acto natural de los esposos para que alcance su propio fin de la fecundación. Sólo se puede ayudar para que el acto conyugal consiga el efecto deseado.

Evidentemente, hay que evitar a toda costa los intentos de fecundación artificial entre gametos animales y humanos, la gestación de embriones humanos en úteros de animales o en úteros humanos de alquiler (que no es su madre) y mucho menos aceptar la construcción de úteros artificiales para un embrión humano. Igualmente es inmoral cualquier intento de producir seres humanos en laboratorio sin conexión alguna con la sexualidad humana sea por fisión gemelar, partenogénesis... Asimismo debe ser totalmente evitado obtener seres humanos determinados o seleccionados en cuanto al sexo, estatura, color, etc., por intervención del patrimonio cromosómico (Cf Cat 2275). Según este mismo número del Catecismo son *“lícitas solamente las intervenciones sobre el embrión humano que respeten la vida y la integridad del embrión, que no lo expongan a riesgos desproporcionados y que tengan como fin su curación, la mejora de sus condiciones de salud o su supervivencia individual”*.

De todo esto, podemos concluir que el ser humano desde su concepción es un ser vivo, biológicamente humano, que tiene un destino humano y que tiene ya programadas todas las cualidades que tendrá el día de mañana. Por eso, hay que respetarlo desde el día de su concepción en el seno materno.

h) ESTERILIZACION Y ANTICONCEPTIVOS

Estos métodos de regulación de nacimientos son antinaturales y van contra la dignidad del ser humano. Además, en muchos países, los gobiernos presionan a los más pobres para someterse a estos métodos, abusando de su ignorancia y, a veces, se los chantajea a cambio de alimentos necesarios para el sustento familiar. Con relativa frecuencia, el someterse a la esterilización (ligadura de trompas o vasectomía) en malas condiciones higiénicas, en poblados alejados, ha traído graves consecuencias para la salud de los pacientes, incluso la muerte. La esterilización es en sí misma una mutilación corporal, que va en contra de la misma dignidad de la persona, cuando no hay causas justificables.

Decía el Papa Pablo VI en la encíclica *“Humanae vitae”*: *“Hay que excluir como método de regulación de nacimientos la esterilización directa, perpetua o temporal, tanto del hombre como de la mujer”*. Lo mismo podemos decir de los anticonceptivos artificiales, que, al no ser naturales, son de alguna manera inhumanos y van contra la misma persona. En primer lugar, hay que descartar los DIU (dispositivos intrauterinos, como las espirales, T de cobre, etc.), pues son abortivos y, por tanto, criminales. En cuanto a las píldoras, hay algunas como la RU-486, que son claramente abortivas. Otros productos como Microgynon, Nordette, Depoprovera... son también abortivos. Pero, aunque no lo fueran, está comprobado que todas las píldoras son dañinas para la salud. Algunas asociaciones de USA han enumerado hasta 18 enfermedades que pueden producir estas píldoras, como la embolia, ataques al corazón y, algunos dicen, que incluso el cáncer.

Con relación a las cremas o jaleas, la firma norteamericana Johnson & Johnson ha sido demandada varias veces por el nacimiento de hijos deformes, concretamente con

relación a la jalea Orthogynol. Y no olvidemos a la famosa píldora Thalidomida, con la que nacían los niños sin brazos. Si la Iglesia aceptara como buenos los anticonceptivos no abortivos, todos se sentirían libres para usarlos, incluso los jóvenes no casados, se podrían comprar en cualquier tienda, como si fueran caramelos, habría una intensa campaña por televisión y esto no haría más que fomentar el libertinaje sexual y los abortos.

Por eso, los profesionales cristianos tienen que poner su objeción de conciencia, cuando les obliguen a realizar operaciones de esterilización o colocar DIU. Los farmacéuticos cristianos deben rechazar vender todos estos métodos artificiales, que, a la larga, son dañinos para la salud física, síquica y espiritual de las personas. La Iglesia solamente acepta los métodos naturales de Ogino-Knaus, de temperatura y el de Billings. Este último, según la OMS (Oficina Mundial de la Salud) de la ONU, tiene hasta un 98,5% de eficacia y seguridad sin efectos negativos colaterales.

Muchos gobiernos alientan campañas de planificación familiar con la idea de que *“somos muchos y pobres y, estando menos, seremos más ricos”*. Pero, como decía Pablo VI en la ONU, en Octubre de 1965, el problema no es suprimir comensales, sino en multiplicar el pan. No se adelantaría nada, siendo menos personas, si seguimos siendo tan irresponsables e inmaduros como antes. Lo importante no es tener más, sino ser más como personas. Aparte de que es una falacia, como lo han probado economistas de fama internacional, el decir que, siendo menos, tendremos más dinero.

En conclusión, como dice el Papa Juan Pablo II: *“La Iglesia condena como ofensa grave a la dignidad humana y a la justicia todas aquellas actividades de los gobiernos o de otras autoridades públicas, que tratan de limitar de cualquier modo la libertad de los esposos en la decisión sobre los hijos. Por consiguiente, hay que condenar con energía cualquier violencia ejercida por tales autoridades en favor del anticoncepcionismo e incluso de la esterilización y del aborto procurado”* (FC 30).

i) LA PORNOGRAFIA

Es otro grave atentado contra la dignidad de las personas. A través de revistas, videos, películas y espectáculos pornográficos se va fomentando el libertinaje sexual con todo lo que conlleva de degradante para la persona y de disgregación para las familias. En muchos casos, la pornografía actúa como cómplice indirecto de graves agresiones sexuales como violaciones, secuestros, adulterios, etc. La pornografía lleva al menosprecio de los demás y a verlos sólo como objetos de placer, suprimiendo la ternura y el verdadero amor. De ahí la grave responsabilidad de quienes tienen en sus manos, como propietarios o directores, los medios de comunicación social, ya que pueden manipular las conciencias de mucha gente fácilmente influenciable.

El Consejo Pontificio para las comunicaciones sociales publicó un documento en Mayo de 1989 sobre *“Pornografía y violencia en las comunicaciones sociales”*. En este documento se dice: *“Nadie puede considerarse inmune a los efectos degradantes de la pornografía y la violencia... Los niños y los jóvenes son especialmente vulnerables y expuestos a ser sus víctimas. La pornografía y la violencia sádica desprecian la sexualidad, pervierten las relaciones humanas, explotan a los individuos, especialmente mujeres y niños, destruyen el matrimonio y la vida familiar, inspiran actitudes antisociales y debilitan la fibra moral de la sociedad.*

Quienes hacen uso de estos productos no sólo se perjudican a sí mismos, sino que también contribuyen a la promoción de un comercio nefasto... Ciertos programas de televisión pueden condicionar a las personas condicionables, sobre todo niños y jóvenes, hasta el punto de que lleguen a considerar normal, aceptable y digno de ser imitado, todo lo que ven. Esto es especialmente cierto para los que están afectados de ciertas enfermedades mentales”.

A veces, gritamos contra los violadores depravados, que abusan de los niños, pero no hablamos de la culpa que tienen los responsables de los medios de comunicación que fomentan el libertinaje sexual. Con la excusa de la libertad de expresión fomentan el libertinaje, como si todo se pudiera decir, ver o hacer. En esto también tienen mucha culpa las autoridades civiles por permitir este libertinaje que hace perder los valores morales. Se deben dar leyes de control para la protección de niños y jóvenes, en especial, y controlar esta industria lucrativa del sexo, que da muchos beneficios económicos; pero que hace tanto daño a la sociedad. Los padres de familia deben denunciar ciertos programas y hacer frente común para presionar a las autoridades y a estos medios de comunicación.

El Papa Juan Pablo II en su mensaje del 25-1-1994, con ocasión de la XXVIII jornada mundial de las comunicaciones sociales decía: ***“La televisión puede dañar la vida familiar, difundiendo valores y modelos de comportamiento degradantes, emitiendo pornografía e imágenes de brutal violencia, inculcando el relativismo moral y el escepticismo religioso, difundiendo mensajes distorsionados o información manipulada sobre los hechos y problemas de actualidad, transmitiendo publicidad de explotación, que recurre a los más bajos instintos, exaltando falsas visiones de la vida, que obstaculizan la realización del recíproco respeto de la justicia y de la paz”.***

Cuánta responsabilidad tienen también los padres de familia para controlar lo que ven sus hijos y que no se contaminen con tanta ***“telebasura”*** que nos inunda. Muchas veces, es preferible apagar la televisión, incluso ante programas buenos, para dar lugar al diálogo familiar, que se ha perdido, frecuentemente, por culpa de la televisión. Pero no hablamos sólo de televisión, sino también de revistas, videos, espectáculos y todo lo que fomenta el sexo, como si fuera el principal valor de la vida e imprescindible para ser feliz.

En todo esto, el Estado debe asumir su responsabilidad, pues, como dice el Papa Juan Pablo II: ***“los medios de comunicación masiva son, con frecuencia destructores de la personalidad al presentar el sexo, el placer, la violencia... como los máximos valores. Más bien, deben fomentar los valores fundamentales del matrimonio como son la unidad, la fidelidad y el amor”.***

Sin embargo, a veces se fomentan y se defienden públicamente, incluso en películas, actitudes contrarias a la naturaleza con la excusa de defender los derechos humanos y de que todos tienen derecho a ser felices. Me refiero concretamente a la homosexualidad. A este respecto, hay que aclarar que la orientación homosexual, en principio, no es pecado, puede existir sin culpa personal. Lo que sí es siempre pecado es el acto homosexual. Pero muchos homosexuales y lesbianas se sienten discriminados, porque desean formar matrimonios con los mismos derechos que las parejas normales, e incluso adoptar niños. En algunos países, ya se les han dado estas

facilidades legales. Pero una cosa es lamentar los desprecios y violencias contra ellos, que, como personas, merecen todo respeto y tienen la misma dignidad que los demás... Y otra cosa muy distinta es querer institucionalizar una orientación particular, que podría servir de modelo para otros y ser una referencia social, como otra alternativa al matrimonio normal. ¿Y qué podríamos decir de esos niños educados por parejas de homosexuales? ¿Acaso no tienen derecho a una vida psicológicamente normal? Aléjate de la pornografía y de todo lo que ensucie tu corazón y tu alma. Respeta tu dignidad de hijo de Dios.

j) VIOLENCIA Y TORTURA

Son incontables las formas de violencia y tortura que la maldad humana ha podido inventar para hacer sufrir a otros seres humanos, sus hermanos. Desde la violencia doméstica hasta los atentados terroristas, desde las violaciones sexuales hasta las torturas más sádicas, desde el asesinato sin piedad hasta el genocidio de poblaciones enteras. Por eso, es inmoral el uso de bombas de gran poder destructor o los bombardeos indiscriminados, que matan muchos seres inocentes.

Y ¿qué decir de la guerra? En toda guerra las primeras víctimas son los mismos soldados, que mueren a millares. Recuerdo la película “Salvar al soldado Ryan” de Spielberg. En ella aparece el capitán Müller que dice: *“Cada vez que mato a un hombre, me siento más lejos de casa”*. Sí, se siente más lejos de los suyos. Porque ¿quién le ha explicado al soldado por qué tiene que matar a otro semejante? Simplemente, el Alto Mando decide y ellos obedecen. En esa película se siente la idea de que cada soldado también tiene una madre, que no son simples números en las fichas del ejército. Son personas individuales, son gente con alma, son seres humanos, al igual que los que consideran enemigos. Por eso, en el caso de que uno tenga que ir a la guerra, no debe olvidar que los otros son también seres humanos y hacer la guerra lo más humana posible, teniendo compasión y misericordia con los vencidos y evitando el odio y la violencia sádica o las torturas contra ellos.

Y ¿qué diremos de los niños-soldado, que en ciertos países se envía a la guerra? Niños aún se les adiestra para matar y, a menudo, son empujados a hacerlo. ¿Qué futuro tendrán estos niños que, desde pequeños, han aprendido a odiar y no amar? ¡Cuántos problemas psicológicos y humanos tendrán después para insertarse en la sociedad! Por eso, hay que evitar a toda costa el odio, que lleva a la violencia y la tortura.

Decía el concilio Vaticano II que *“todo cuanto atenta contra la vida como los homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado, cuanto viola la integridad de la persona humana, como por ejemplo las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena, cuanto ofende la dignidad humana como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes o las condiciones laborales infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador”* (GS 27). En algunos países todavía se cortan las manos y dedos a los ladrones, se castra a los violadores y se flagela y fusila en público.

¿Cómo es posible que seres humanos puedan hacer sufrir sin piedad a sus hermanos? Hablando de torturas, éstas pueden ser con descargas eléctricas, quemaduras por todo el cuerpo, maltratos físicos de toda índole, casi ahogamientos con agua, incluyendo sustancias fétidas, mutilaciones, violaciones, pero nada puede justificar esta barbarie, ni siquiera la seguridad del Estado para obtener información de los enemigos o terroristas. Estas torturas pueden ser también torturas psicológicas con interrogatorios interminables, con lavados de cerebro para tratar de imponerles determinadas ideas, internamiento en clínicas psiquiátricas... y no hablemos de secuestros, campos de concentración, deportaciones o trabajos forzados, etc., etc.

Nunca la violencia y la tortura será un camino para la paz. La violencia engendra violencia. Por eso, decía el Papa Juan Pablo II en el Perú, el 3-2-1985: *“Nunca se justifica el crimen como camino de liberación. El mal nunca es camino hacia el bien... La lógica despiadada de la violencia no conduce a nada. Ningún bien se obtiene contribuyendo a aumentarla... La violencia no es un medio de construcción. Ofende a Dios, a quien la sufre y a quien la practica... El odio nunca será camino para la paz, sólo el amor y el perdón nos llevará a la paz personal y social... Se hace, pues, necesaria una auténtica y radical conversión del corazón del hombre”*.

No hay que olvidar nunca que el ser humano tiene derecho a una vida digna y a su integridad corporal y que nadie, ni siquiera abusando de la debilidad o ignorancia del otro, puede quitarle este derecho como ocurre, a veces, en el caso de enfermos mentales o, peor aún, de las esterilizaciones (que son mutilaciones) de poblaciones enteras, engañadas y presionadas psicológicamente para evitar tener más hijos. Los ignorantes y débiles no pierden sus derechos humanos ni tienen menos derechos que los sabios y poderosos. La violencia y la tortura en cualquiera de sus formas es antihumana y, por tanto, anticristiana, ya que ser cristiano es ser radicalmente humano.

k) INJUSTICIAS SOCIALES

Hay muchas clases de injusticias sociales, una de las más palpables es la del salario injusto, pues muchos patrones ven al trabajador como un objeto y a su trabajo como una mercancía, que ellos compran al mejor precio. Por eso, cuando hay poco trabajo y mucha demanda, pueden abusar de los trabajadores indefensos, que tienen que trabajar en lo que sea al precio de lo que sea. Aún es más dramática esta situación, cuando se refiere a inmigrantes o ilegales, que en ciertos países están desprotegidos, sin seguros y con salarios mínimos, debajo de lo normal del país.

Por eso, hay que tener muy en cuenta, como decía el Papa León XIII en la encíclica *“Rerum Novarum”* y lo recalca Juan Pablo II en la *“Centesimus annus”*, que el trabajo es una actividad ordenada a proveer las necesidades de la vida y, en concreto, a su conservación; y que el trabajo tiene una dimensión social, por su íntima relación con la familia del trabajador. De ahí que el salario debe ser familiar y alcanzar para el sustento de la familia. Según el Banco mundial, hay en el mundo unos 1,116 millones de personas, que sobreviven con menos de un dólar diario per cápita. Por esto, es urgente que las personas, las empresas y los países ricos superen una visión egoísta de la vida y dejen su pasión obsesiva de “tener más” a costa de quien sea y de lo que sea. Porque no sólo hay que mirar a los beneficios económicos, sino que hay que procurar crear nuevos puestos de trabajo para dar una vida digna a muchas familias. Esto quiere decir

que los ricos no pueden mirar solamente a sus propios intereses económicos y guardar su dinero en Bancos internacionales o usarlo solamente para su propia diversión y viajes de placer, sino que deben ver la manera de colaborar con sus países en la construcción de una sociedad, donde los bienes sean mejor distribuidos y haya más trabajo para todos. La *“huida de capitales”* puede ser una grave injusticia contra los propios connacionales.

Para la defensa de los trabajadores *“la Iglesia aprueba y defiende la creación de sindicatos. Éste es un derecho natural y el Estado no puede impedir su formación, pues debe tutelar los derechos naturales y no destruirlos. Prohibiendo tales asociaciones, se contradiría a sí mismo”* (CA 7).

En ciertas circunstancias *“la huelga puede ser moralmente legítima, cuando constituye un recurso inevitable, si no necesario, para obtener un beneficio proporcionado. Pero resulta moralmente inaceptable, cuando va acompañada de violencias o también, cuando se lleva a cabo en función de objetivos no directamente vinculados con las condiciones de trabajo o contrario al bien común”* (Cat 2435). La Iglesia enseña que la propiedad privada no es un derecho incondicional y absoluto, pues tiene una función social. Dios da los bienes para todos y nadie puede apropiárselos de modo absoluto, sino que debe ayudar con ellos a los demás. Esto mismo decía Pablo VI en la encíclica *“Populorum Progressio”*, añadiendo que *“el bien común, algunas veces, exige la expropiación si, por el hecho de su extensión, de su explotación deficiente o nula, de la miseria que de ello resulta a la población, del daño considerable producido a los intereses del país, algunas posesiones sirven de obstáculo a la propiedad colectiva”* (CA 24).

Con relación a los contratos, decía León XIII que *“el consentimiento de las partes, si están en situaciones demasiado desiguales, no basta para garantizar la justicia del contrato... y esto vale también para los contratos internacionales”* (RN 10 y Cat 2434). Por esto mismo, Juan Pablo II, hablando de la deuda externa de los países pobres decía: *“No es lícito exigir o pretender su pago, cuando éste vendría a imponer de hecho opciones políticas tales que llevaran al hambre y a la desesperación a poblaciones enteras. No se puede pretender que las deudas contraídas sean pagadas con sacrificios insoportables. Hay que encontrar modalidades de reducción, dilación o extinción de las deudas compatibles con el derecho fundamental de los pueblos a la subsistencia y al progreso”* (CA 35).

Igualmente, en la encíclica *“Sollicitudo rei socialis”* afirma que hay que dar a los pobres no sólo de lo que nos sobra, sino hasta de lo necesario. Dice que *“la Iglesia tiene la convicción de que ella misma y sus ministros y cada uno de sus miembros están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos, no sólo con lo superfluo, sino hasta con lo necesario. Ante casos de necesidad no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino; al contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ello”* (Nº 31).

La Iglesia, en toda cuestión social, recalca el valor del ser humano. Por eso, hay que evitar las condiciones degradantes de trabajo, en ambientes malsanos, sin protecciones ante los peligros, y denunciar los abusos y acosos sexuales para conservar el puesto de trabajo. Vivimos en una época de crisis de valores. Para muchos,

los conceptos de amor, libertad, trabajo, derechos humanos no significan lo que realmente son por su naturaleza. Hablan de amor como si fuera libertinaje sexual; de libertad como si todo pudiera hacerse sin cortapisas de ninguna clase; y, cuando hablan de derechos humanos, hablan solamente de los suyos. En este contexto, la mujer es vista, muchas veces, como objeto de placer, los hijos como un obstáculo para la felicidad de los padres, la familia como una institución que quita la libertad, el trabajo como algo pesado que hay que evitar. Es la civilización de lo fácil y de lo cómodo. Por eso, hay que revalorar el trabajo de la persona, como necesario para su realización personal.

Decía Juan Pablo II en España el 7-11-82 que *“el trabajo es un deber moral. Es un acto de alegría y se convierte en alegría: alegría profunda de darse a la propia familia y a los demás... Por eso, hay que hacer bien el trabajo. No se puede rehuir el deber de trabajar ni trabajar mediocrementemente, sin interés, y sólo por cumplir, sino hacerlo bien para realizarnos debidamente”*. Puesto que *“mediante el trabajo, el hombre no sólo transforma la naturaleza, adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en un cierto sentido, se hace más hombre”* (LE 9). El trabajo dignifica al hombre y lo llena de la alegría de Dios, siempre que sea digno y honrado, y en condiciones dignas. Porque *“el trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo”* (Cat 2428) y *“el que no quiera trabajar que no coma”* (2 Tes 3,10).

VERDAD Y LIBERTAD

Muchos de nuestros contemporáneos son hombres superficiales, que no tienen ideas personales, que orienten con fuerza su vida. Por eso, van por la vida sin rumbo, desorientados, según el viento de la moda o de la opinión. Para ellos, no hay prohibiciones ni limitaciones. Y caen en el permisivismo: todo está permitido. Y de aquí surge en ellos el relativismo, que es hija natural del permisivismo. Todo es relativo, cualquier cosa puede ser buena o mala, positiva o negativa, depende. Lo único absoluto es que todo es relativo. Y se llega al escepticismo, a dudar de todo, y viene la tolerancia total y la indiferencia pura, porque si no podemos tener certezas seguras, entonces hay que vivir intensamente y a todo placer, a como dé lugar. Es la civilización “light”, que evita todo esfuerzo y sacrificio. Es el hombre “desombrecido”, como diría Quevedo, que se hace menos hombre al alejarse de Dios y encerrarse en un egoísmo brutal, que se olvida de los demás.

Para ellos, lo que otros llaman verdad es sólo una opinión más. Lo único que vale es la libertad: pensar, hablar, obrar y creer, de acuerdo a lo que cada uno considere lo mejor. *“Muchos autores, en su crítica demoledora de toda certeza e ignorando las distinciones necesarias contestan incluso las certezas de la fe”* (FR 91). *“Hay algunos sistemas filosóficos que, engañando al hombre, lo han convencido de que puede decidir autónomamente sobre su propio destino y su futuro, confiando sólo en sí mismo y en sus propias fuerzas. Pero la grandeza del hombre jamás consistirá en eso. Sólo la opción por la verdad será determinante para su realización personal. Solamente en este horizonte de la verdad comprenderá la realización plena de su libertad y de su llamado al amor y al conocimiento de Dios como realización suprema de sí mismo”* (FR 107).

Algunos han llegado a exaltar la libertad hasta el punto de considerarla como norma absoluta y fuente de los valores. De este modo, sólo la conciencia personal

tendría el derecho de decidir sobre lo que es bueno y malo. *“Lo que es bueno para mí es bueno para todos”*. Pero cada uno tiene la obligación de buscar la verdad objetiva, que es válida, no sólo para mí, sino para todos los hombres. Porque hay principios fundamentales, que son universales e inmutables. Así como hay actos intrínsecamente malos, malos de por sí, independientemente de las circunstancias. Una obra mala no se hace buena por hacerlo por un fin bueno, por ejemplo, robar para dárselo a los pobres. *“Algunos dicen: hagamos el mal para que venga el bien. Éstos bien merecen la propia condena”* (VS 78). *“Sólo las acciones que están conformes al bien, al verdadero bien del hombre, conducen a la vida”* (VS 72). El fin no justifica los medios.

S. Agustín decía: *“En cuanto a los actos que son por sí mismos pecados, como el robo, la fornicación, la blasfemia y otros actos semejantes ¿quién osará afirmar que, cumpliéndolos por motivos buenos, ya no serían pecados o, conclusión más absurda, que serían pecados justificados?”*. Hay principios fundamentales que están inscritos en la conciencia y que todos deben respetar, pues el bien está de acuerdo a la verdad objetiva de lo que es realmente bueno para la realización personal del hombre.

Por eso, es tan importante que nuestra libertad se base en la verdad, ya que como dice Jesús: *“Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”* (Jn 8,32). *“Estas palabras encierran una exigencia fundamental y, al mismo tiempo, una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición para una auténtica libertad... Después de dos mil años, Cristo aparece como Aquel que trae al hombre la libertad, basada en la verdad, Aquel que libera de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces en el alma del hombre, en su corazón y en su conciencia”* (RH 12). *“La verdad no es creada por cada uno o por grupos humanos especiales, la verdad existe, la verdad universal, a la que todos deben someterse, y esta verdad en último término es Dios, que es quien da sentido a la vida del ser humano. Por eso, se comete pecado cuando el hombre, sabiéndolo y queriéndolo, elige, por el motivo que sea, algo gravemente desordenado. En efecto, en esta elección está ya incluido un desprecio del mandato divino, un rechazo del amor de Dios hacia la humanidad y hacia toda la creación... y el hombre se aleja de Dios y pierde el amor”* (VS 70).

Lamentablemente, muchos hombres actuales desconfían de encontrar la verdad, porque ésta ha sido, con frecuencia, presentada con dogmatismo, intolerancia o fanatismo. Por eso, no creen en una verdad absoluta, sino en una verdad relativa, la que emana de las urnas y se convierte en ley por el poder de los votos. Pero esta verdad, periódicamente cambiante en cada consulta electoral, no puede satisfacer el corazón humano que busca razones firmes y seguras en que anclar la propia existencia. La verdad debe ser eterna y para todos. La verdad no puede ser fruto del consenso de la mayoría, pues, de este modo, podrían justificarse los más graves errores y crímenes contra la humanidad como el aborto. Tampoco podemos aceptar, con algunas filosofías del escepticismo o del nihilismo, que no se puede llegar a conocer nunca la verdad, que somos demasiado pequeños para llegar a estar seguros de lo que es la verdad definitiva. Esto llevaría también a decir que no se pueden asumir compromisos totales y definitivos, como si el hombre fuera un ser provisional, “vivir al día”; porque lo que hoy dicen que es bueno o verdadero, mañana pueden decir que es malo y falso. NO, hay que decirles a estos seguidores de la nada y del absurdo que Dios es VERDAD, que es LUZ, que es AMOR y ÉL, con su sabiduría infinita, nos ha creado y nos enseña la verdad definitiva para que no nos equivoquemos y podamos vivir para la eternidad.

Por eso, ha puesto en nuestros corazones la ley natural que Él mismo ha escrito en nuestra naturaleza y que a través de nuestra conciencia, nos dice lo que nos conviene para nuestra realización personal. Y esto es lo mismo para todos los seres humanos. Podemos decir que la ley natural es la voz de Dios, que llega a nosotros a través del entendimiento o de la conciencia. Esta ley natural es la base y fundamento de la Moral y de los derechos humanos fundamentales para todos los hombres, aunque la conciencia o conocimiento de esta ley natural pueda ser mal interpretada en algunos, por efecto de sus pecados, cultura o educación.

“La conciencia es el sagrario del hombre en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de sí mismo... En lo profundo de su conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, pero que debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, llamándolo siempre a amar y a hacer el bien y a evitar el mal: haz esto, evita aquello. En obedecer esta ley escrita por Dios en su corazón está su dignidad humana y según ella será juzgado” (GS 16). “La dignidad humana exige que el hombre actúe según su conciencia” (GS 17).

Hay, pues, que buscar con ahínco la verdad y el bien en nuestra vida. Dios nos habla a través de nuestra conciencia. Sus mandamientos no son órdenes caprichosas, sino señales para que no equivoquemos el camino. ¿Qué diríamos de aquel hombre que se dijera a sí mismo al ir por la carretera: yo no obedezco las señales de tráfico? ¿Quién ha puesto estas señales aquí? ¿Por qué voy a tener que obedecer a un desconocido? ¿Por qué no puedo ir a la izquierda, cuando la señal indica ir por la derecha? Si así piensa y actúa y va a la izquierda, probablemente caerá en el barranco y se matará. Eso les pasa a los hombres que no quieren escuchar la voz de su Padre de Dios a través de su conciencia y quieren seguir sus propias ideas. Hombres que todo lo discuten y creen que sus ideas son las mejores. Son los soberbios, que no aceptan imposiciones de nadie y se creen más sabios que el mismo Dios. Por eso, seamos razonables y responsables para ser libres de verdad. Solamente la verdad, que Dios nos enseña, nos dará la verdadera libertad, para llegar a ser hombres auténticos, plenamente humanos, llenos de luz y de amor.

EL SENTIDO DE LA VIDA HUMANA

Decía Blas Pascal: *“Cuando considero la escasa duración de mi vida absorbida en la eternidad, que la precede y que la sigue, el pequeño espacio que lleno y que veo, hundido en la infinita inmensidad de los espacios, que ignoro y que me ignoran, me estremezco y me asombro de verme aquí y no allí. Porque no hay razón alguna para estar aquí y no allí, para existir ahora y no en otro momento. ¿Quién me ha puesto aquí? ¿Por orden y mandato de quién me ha sido asignado este lugar y este tiempo? ¿Por qué está limitado mi conocimiento? ¿Mi estatura? ¿Mi duración a cien años y no a mil? ¿Qué razón ha tenido la naturaleza para darme lo que tengo y no otra cosa?”* Son preguntas que desde siempre han torturado al ser humano y que los filósofos con la sola luz de la razón todavía siguen contestando. ¿Quién soy yo? ¿A dónde voy y de dónde vengo? ¿Qué hay después de la vida?

La respuesta será diferente según se acepte o no a Dios. Si Dios no existe, y la vida humana no es un don de Dios, entonces, lógicamente, el ser humano no es más que

un ser viviente en la inmensidad del Universo, un organismo, que, a lo sumo, ha alcanzado un grado de perfección más elevado. Y la vida humana será solamente una “cosa”, que es de su exclusiva propiedad y puede manipularla y manejarla a su gusto y capricho. Por eso, cuando se oscurece el sentido de Dios, se cae fácilmente en el materialismo brutal, que es el caldo de cultivo para el egoísmo y la búsqueda descontrolada del placer a cualquier precio.

Siguiendo esta lógica, se valorará al ser humano, no por lo que “es” como persona, sino por lo que *“tiene, hace o produce”*, según su utilidad. De ahí viene la supremacía del más fuerte sobre el débil y se margina como seres sin valor a los ancianos, pobres, enfermos, etc., etc. De aquí viene una cultura de *“muerte”*, que propicia la anticoncepción, el aborto y la eutanasia para evitar problemas y conseguir mejor el bienestar material. Y se olvidan los valores espirituales... Y el hombre se queda cada día más vacío y triste existencialmente, porque su vida carece de sentido y todo termina con la muerte. Y vienen los suicidios y la violencia para conseguir el poder y el placer.

Por todo esto, debemos admitir que el ser humano sólo tiene sentido en Dios, por Dios y para Dios. De ahí le viene su grandeza, como hijo de Dios, y la raíz de todos sus derechos y deberes como persona humana. Visto así, el hombre es la obra más hermosa de la creación. No hay en la inmensidad impensable del Cosmos un ser más fascinante que el ser humano. Es su creación más fina. Es como una chispita de amor divino, que se alza continuamente hacia las “estrellas”, hacia lo alto, hacia su Padre Dios. Decía Haecker que *“el hombre es un ser abierto a horizontes infinitos”*. León Bloy diría que *“el hombre es un peregrino de lo Absoluto”*. No puede satisfacerse con las cosas materiales de este mundo, tiene sed de horizontes sin límites, de mares sin orillas, en una palabra, tiene sed del infinito de Dios. Su deseo de felicidad es demasiado grande para que pueda colmarse con las pobres satisfacciones de este mundo material. Y, por eso, busca siempre a Dios, su Padre, para encontrar en Él la satisfacción de todas sus aspiraciones y el sentido de su vida. Ha sido creado por amor y para amar. Por lo cual, siente constantemente una atracción natural hacia Dios, que es Amor. Dios, su Padre, le ha dado la vida con mucho amor, como una prolongación de su amor. El material de que está hecho el hombre es amor. Por lo cual, el hombre que no ama y se cierra al amor, se vuelve antinatural y antihumano. Su vocación como ser humano es el Amor. Y en este camino del amor, Jesucristo es el modelo y el camino. Él es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. *“Jesucristo es la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida”* (EA 10). Para llegar a Dios debemos hacerlo por medio de Cristo. *“Dios nos da la victoria por medio de Jesucristo”* (1 Co 15,57). Por Cristo, con Él y en Él se esclarece toda nuestra existencia y la razón de nuestro vivir.

SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE Y CRISTO

En esta segunda parte, vamos a darnos cuenta de la necesidad que tenemos de acudir a Jesucristo, el Hijo con mayúsculas, para ser de verdad hijos de Dios. En Cristo encontramos la plenitud de la humanidad y de la divinidad. Él no es sólo el Maestro, el modelo, sino también el compañero de camino, el amigo inseparable, que siempre nos espera en la Eucaristía. La Eucaristía viene a ser para nosotros el centro de nuestra vida espiritual, porque ahí está Cristo y en Él encontramos la ternura de Dios. Por Cristo llegaremos más fácilmente a la plenitud en el amor y a realizarnos como personas humanas.

CRISTO Y EL UNIVERSO

Cristo es el centro y eje del Universo. S. Pablo lo dice claramente: *“Cristo lo es todo en todos”* (Col 3,11). *“En Él vivimos, nos movemos y existimos”* (Hech 17,28). *“En Cristo todos somos vivificados”* (1 Co 15, 22). *“Dios ha puesto todas las cosas bajo sus pies”* (1 Co 15,25). *“Para que Dios sea todo en todas las cosas”* (1 Co 15,28). Puesto que *“todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él no se hizo nada de cuanto se ha hecho”* (Jn 1,3).

“Él es el primogénito de toda criatura, porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, dominaciones, principados, potestades, todo fue creado por Él y para Él. Él es antes que todo y todo subsiste en Él. Él es el principio, el primogénito de los muertos para que tenga la primacía sobre todas las cosas, pues Dios, tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud y reconciliar por Él y para Él todas las cosas” (Col 1,15-20). Teilhard de Chardin afirmaba que todo lo que existe tiende con un impulso vital hacia un punto de convergencia, el punto omega, que es Cristo. Cristo, para él, es el punto central del Universo hacia el que confluyen todas las cosas, en un flujo y reflujo constante. Cristo es la *“piedra angular”* en la construcción del Universo.

Ahora bien, esta convergencia o concentración de todo lo que existe en Cristo se realiza de modo especial en la misa. El Cristo eucarístico, que se hace presente y se ofrece al Padre, es el mismo Cristo cósmico que une a todo y a todos. En la misa, Cristo toma una parte representativa de la Creación, el pan y el vino, y los hace totalmente suyos, aún más, los hace algo de sí mismo, los hace *“Él mismo”*. En ese momento de la consagración, podríamos decir que Cristo diviniza la materia y la lleva consigo hasta la máxima manifestación de su evolución como lo hizo con el cuerpo que asumió para hacerse hijo del hombre. Cristo diviniza la materia del pan y del vino y diviniza al hombre que la recibe en comunión. Así Cristo, el hombre y la materia se unen, formando una UNIDAD. Cristo, la humanidad y la Creación están inseparablemente unidos en el plan eterno de Dios. Por eso, aun en el supuesto caso de que existieran extraterrestres, Cristo sería igualmente para ellos su Dios, su Mediador y el punto de convergencia para llegar al Padre, aunque no lo supieran, como tampoco lo saben muchos hombres de la tierra.

Cristo es el principio y fin de toda la Creación. Es el puente y centro del Universo para llegar a Dios Padre. Su Encarnación estaría, pues, decidida desde toda la eternidad. Él debía asumir nuestra naturaleza humana y ser uno de nosotros para poder ofrecernos con Él al Padre. Cristo, por tanto, es parte inseparable de la Creación. Él debía ser el Rey del Universo, *“Rey de Reyes y Señor de los Señores”* (Ap 19,16). Y *“su dominio es un dominio eterno, que no acabará y su imperio, un imperio que nunca desaparecerá”* (Dan 7,14). Ahora bien, si el hombre no hubiera pecado desde el principio, no se hubiera roto la armonía de la Creación y, entonces, no hubiera habido necesidad de una Redención dolorosa. Pero, de todos modos, Cristo habría venido a hacerse nuestro hermano y nuestro amigo para llevarnos personalmente hasta el Padre.

El Papa Juan Pablo II en la carta apostólica *“Dies Domini”* dice que *“en la mañana de la Creación, el proyecto de Dios implicaba la misión cósmica de Cristo. Esta visión cristocéntrica, que se proyectaba en el tiempo, estaba presente en la mirada complaciente de Dios”* (1,8). En conclusión, podemos decir que Cristo es el término de toda la evolución cósmica, incluso natural, de todos los seres. El amor de Dios lleva todo hacia Cristo. *“Todo fue creado por Él y para Él”* (Col 1,16). Y sin Él nada tiene sentido pleno.

CRISTO Y EL HOMBRE

Decía Pablo VI en Manila, Filipinas, el 29-11-1970: *“Jesucristo es el Hijo del hombre por excelencia y el Hijo de Dios. Es el principio y el fin, el alfa y la omega. Él es la suprema razón de la historia humana y de nuestro destino... Yo nunca me cansaría de hablar de Él. Él es la luz, el camino, la verdad y la vida. Él es el pan y la fuente de agua viva, que satisface nuestra hambre y nuestra sed. Él es nuestro pastor y nuestro guía, nuestro ejemplo, nuestro consuelo y nuestro hermano. Él, como nosotros, y más que nosotros, fue pequeño, pobre, humillado, sujeto al trabajo y oprimido... Él nos conoce y nos ama, es nuestro compañero y amigo. Él es el centro de la historia y del Universo. Él es el mediador, a manera de puente, entre el cielo y la tierra. Él, ciertamente, vendrá de nuevo y será finalmente la plenitud de nuestra vida y de nuestra felicidad”*. Con su encarnación *“se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. Él es el Redentor del hombre”* (RH 8). Y, por esto, podemos decir que *“la revelación del amor y de la misericordia divina tiene en la historia humana una forma y un nombre: Jesucristo”* (RH 9).

Jesucristo le ha dado al hombre el sentido de su propia dignidad, que había perdido por el pecado y *“le ha descubierto así la grandeza de su vocación humana”* (GS 22). Todo ser humano está llamado a ser “de Cristo”, a ser cristiano auténtico. S. Agustín, lleno de alegría nos habla de la marca de Cristo, que hay en el corazón humano: *“El hombre es moneda de Cristo, porque en él está la imagen de Cristo y el Nombre de Cristo”* (Sermo 90,10). Y añade: *“Mi origen está en Cristo, mi cabeza es Cristo, mi raíz es Cristo”* (Contra litt Pet 1,7,8). Por esto, todo ser humano es cristiano de alguna manera, porque su vida está inseparablemente unida a Cristo. Como diría Rahner es un *“cristiano anónimo”*. Ahora bien, nuestro grado de unión a Cristo es muy diferente. Los bautizados están marcados con una señal indeleble que se llama *“carácter”* y pertenecen a Cristo de un modo especial. Pero, sobre todo, nuestra unión a Cristo

depende de la vivencia de nuestra fe o, mejor dicho, de nuestro grado de amor y unión a Él. Todos pertenecemos, en alguna medida al Cuerpo místico de Cristo, aunque sea de modo general, pero Jesús quiere una vida de intimidad, viviendo en plenitud los medios y gracias que nos da en nuestra Iglesia católica. Por eso, todos los hombres están llamados a ser católicos, cristianos en plenitud.

Pongamos un ejemplo para entenderlo. Supongamos que el dueño de una gran empresa es, a la vez, el gerente general y administra personalmente todos los asuntos desde su sede central. Es un hombre muy bueno, que busca la felicidad de sus empleados y que se preocupa en todo de mejorar su vida y su trabajo. De alguna manera, la vida de todos sus empleados, incluso de los que no lo conocen personalmente, por estar en sucursales, queda influenciada positivamente por su pertenencia a esta Empresa, pues sus sueldos y las buenas condiciones de trabajo... están dictadas por tan buen gerente. Así son los cristianos no católicos, que reciben también la influencia benéfica de Jesús. Los que no son cristianos son quienes se beneficiarían, de algún modo, de la bondad de este hombre que, fuera de su Empresa, hace obras de bien y de caridad, a quien se lo pide. Y todo hombre bueno recibe en alguna medida la influencia y el amor de Jesucristo, aunque no lo sepa.

Ahora bien, este buen dueño y gerente visita personalmente muchas veces sus sucursales para que todos tengan la posibilidad de hablar con Él y exponerle sus problemas. Él les brinda siempre su amistad y les da todo lo que puede para ayudarlos a mejorar y superarse. Ésta sería la presencia personal de Jesús en la Eucaristía, para que todos los que lo deseen tengan la oportunidad de visitarlo y recibir sus bendiciones y su amistad personal. A quienes aceptan su amistad los recibe de un modo especial como sus hijos predilectos y los invita todos los días a su mesa y a ser confidentes de sus cosas más íntimas y personales. Esto es lo que hace Jesús al invitarnos todos los días a la mesa de la Eucaristía. *“He aquí que estoy a la puerta y llamo, si alguien me abre, entraré a él y cenaré con él y él conmigo”* (Ap 3,20).

¡Dichosos nosotros, los invitados a la cena del Señor! Si fuéramos conscientes de lo que significa poder comulgar, no dejaríamos la comunión jamás, pues las gracias que recibimos son incalculables. Necesitamos de la Eucaristía para llegar a la plenitud de amor y unión con Cristo. Por eso, no te pierdas por tu culpa ninguna misa o comunión, acércate a Jesús, si te es posible, todos los días, para que puedas decir de verdad: *“Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”* (Gál 2,20). Y dale siempre las gracias por tu fe católica.

CRISTO Y MARIA

Para llegar a Cristo no hay mejor camino que María. María ha sido la persona humana más santa que ha pisado y pisará la tierra. Porque ha sido la que ha estado más unida a Dios por Cristo. *“María ha alcanzado tal unión con Dios que ha superado todas las expectativas del espíritu humano”* (MD 3). María es la *“panagia”*, la *“toda santa”*, como dicen los orientales. *“María es la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximio, que antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas”* (MD 9). *“María es como*

un espejo, donde se reflejan del modo más profundo y claro las maravillas de Dios” (MD 25).

En la liturgia bizantina, en la plegaria eucarística de S. Juan Crisóstomo se dice: *“Es verdaderamente justo proclamarte bienaventurada, Oh Madre de Dios, porque eres la muy bienaventurada, toda pura y Madre de nuestro Dios. Te ensalzamos, porque eres más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines. Tú, que sin perder tu virginidad has dado al mundo el Verbo de Dios. Tú que eres verdaderamente la Madre de Dios”.*

María es el camino más rápido, más fácil y más seguro para llegar a Jesús. María y Jesús están íntimamente unidos. Por eso, *“el pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Virgen y el culto a la Eucaristía... María guía a los fieles a la Eucaristía” (MD 44).* Podemos decir que María es una Eucaristía viviente, pues en su Corazón siempre está Jesús. Ella es la Madre de la Eucaristía, sagrario eucarístico, estrella que nos guía a Jesús Eucaristía.

Sin María no puede explicarse la Encarnación, sin María no puede entenderse la Eucaristía, ya que junto a Jesús Eucaristía siempre está María. Y desde el sagrario de nuestras Iglesias, ambos irradian un encanto y una luz indecibles que nos llenan de alegría y paz. El Corazón de Jesús y el Corazón de María con eucarísticos, porque ambos Corazones forman uno solo en Cristo. Como aquellos primeros cristianos que tenían *“un solo corazón y una sola alma y todo lo tenían en común”*(Hech 4,32). Consagrándonos a ellos, viviremos también nosotros formando una Unidad dentro del Corazón de Jesús y de María, en el seno de la Iglesia.

CRISTO Y LA IGLESIA

La Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo. Por eso, Cristo y la Iglesia están íntimamente unidos, como lo están el cuerpo y la cabeza en el ser humano. *“Todos nosotros, a pesar de ser muchos, somos todos un solo Cuerpo en Cristo”*(Rom 12,5). *“Cristo es la Cabeza del Cuerpo, que es la Iglesia”* (Col 1,18). Y por esta íntima unión entre Cristo y la Iglesia, Ella es *“columna y fundamento de la verdad”* (1 Tim 3,15) y *“sacramento inseparable de unidad”* (UUS 5).

La Iglesia es como la continuación de Cristo en la tierra. Es el Pueblo de Dios, la reunión de todos los cristianos, que tienen la misma fe y costumbres bajo la autoridad del Papa. El Papa y los obispos son los maestros auténticos de la verdad por tener la autoridad de Cristo. A ellos se les llama también *“Iglesia”* en sentido estricto. Tienen *“el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita, y este oficio lo ejercitan en Nombre de Jesucristo”* (DV 8). Por ello, *“los cristianos deben atender con diligencia a la doctrina cierta y sagrada de la Iglesia. Pues, por voluntad de Cristo, la Iglesia católica es maestra de la verdad y su misión es anunciar y enseñar auténticamente la Verdad, que es Cristo, y al mismo tiempo declarar y confirmar con su autoridad los principios de orden moral que fluyen de la misma naturaleza humana”*(DH 14).

Algunos dicen: yo creo en Cristo, pero no creo en la Iglesia. Otros pueden decir: creo en Dios, pero no en Cristo. Y otros: yo creo en el hombre, pero no en Dios... Y se va

cayendo sucesivamente en errores cada vez más graves. Por eso, hay que aclarar que despreciar a la Iglesia y a sus legítimas autoridades es, de alguna manera, despreciar a Cristo y su autoridad. Ya decía S. Ambrosio: *“Donde está Pedro (el Papa) allí está la Iglesia”*.

Ciertamente, la Iglesia tiene muchos defectos, sus miembros no son todos santos ni lo han sido todos los Papas, cardenales, obispos y sacerdotes, pero ahí nos espera Jesús, en su Iglesia. Porque a ellos los ha escogido para ser sus instrumentos en la gran tarea de la salvación y por medio de ellos perdona y se hace presente en la Eucaristía. Decía Carlo Carretto en su libro *“Mañana será mejor”*: *“Los motivos que tengo para creer en la Iglesia no son las virtudes de los Pontífices, de los obispos o de los sacerdotes. La credibilidad está en el hecho de que, no obstante los dos mil años de pecados cometidos por sus miembros, Ella ha conservado íntegra la fe y esta mañana he visto a un sacerdote celebrar la misa y decir: “Esto es mi cuerpo” y he creído en la promesa de Jesús y en que el pan que me daba en comunión era el mismo Cuerpo de Jesucristo”*.

Por eso, yo también me siento orgulloso de pertenecer a esta Iglesia católica, en la que he nacido por el bautismo, me alimento con la comunión eucarística y deseo morir para vivir con Cristo por toda la eternidad.

LA EUCARISTIA

Todo ser humano está llamado a ser UNO con Cristo, y esto se realiza de modo admirable en el momento de la comunión o común unión con Cristo. La Eucaristía es para todos los hombres, porque todos están llamados a ser de Cristo y a ser hijos en el Hijo. La Eucaristía es el sacramento de la vida por excelencia, pues nos vigoriza y alimenta espiritualmente y nos hace crecer en el amor. En la Eucaristía *“bajo las especies de pan y vino, Cristo entero está presente en su realidad física aun corporalmente”* (MF). Por eso, el contacto físico con Cristo y la unión con Él nos diviniza y nos une, a la vez, a todo el Universo y a todos los hombres. La Eucaristía nos hace más “hombres” y nos ayuda a unirnos con Jesús a todos los seres. La Unión de todos los seres en Dios por Cristo, se vive y se realiza en plenitud en la comunión eucarística.

Dice Teilhard de Chardin en su libro *“Como yo creo”*: *“La comunión sacramental, en vez de formar en la vida cristiana un elemento discontinuo, se convierte en su trama. Es la acentuación y la renovación de un estado permanente que nos vincula ininterrumpidamente a Jesús. La entera vida cristiana sobre la tierra como en el cielo resulta ser una especie de perpetua unión eucarística. Porque lo divino nunca nos alcanza más que informado por Cristo Jesús: tal es la ley fundamental de nuestra vida sobrenatural... Adherirse a Cristo en la Eucaristía quiere decir inevitablemente, ipso facto, incorporarnos un poco más cada vez a una Cristogénesis”*.

En su libro *“El medio divino”* afirma: *“Al comulgar, Señor, me abres los brazos y el Corazón en unión con todas las fuerzas del Cosmos juntas ¿Qué podría yo hacer para responder a este beso del Universo? A la ofrenda total que se me hace sólo puedo responder con una aceptación total. Al contacto eucarístico reaccionaré mediante el esfuerzo entero de mi vida, de hoy y de mañana, de mi vida individual y de mi vida aliada a todas las demás vidas”*. De aquí la importancia del ofrecimiento total de nuestra

vida a Cristo en la misa y comunión. Entrega total, abandono total para ser totalmente UNO con Él.

Y sigue diciendo Teilhard: *“En ningún momento dejaré de avanzar hacia Ti... La Eucaristía debe invadir mi vida, debe hacerse, gracias a este sacramento, un contacto contigo sin límite y sin fin... Por eso, se justifica con un vigor y un rigor insospechado el precepto implícito de la Iglesia de que es preciso siempre y en todas partes comulgar”* (El medio divino). En su libro *“Como yo creo”* dice que *“todas las comuniones de nuestra vida no son, de hecho, sino los instantes o episodios sucesivos de una sola comunión, o sea, de un solo y mismo proceso de cristificación”*. Sí, toda nuestra vida debe ser un proceso continuo de cristificación, de hacernos cada vez más “Cristo”, de unirnos cada vez más a Él y por Él a Dios, uno y trino. Ya decía S. Pablo que Dios nos predestinó desde toda la eternidad *“a ser conformes a la imagen de su Hijo para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos... y ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas?”* (Rom 8,29-32).

¿Podemos comprender ahora la importancia que tiene en nuestra vida la comunión eucarística como el mejor alimento y el mejor medio para nuestra unión con Cristo? ¿Podemos comprender la gracia inmensa que hemos recibido de ser católicos y poder disfrutar de la Eucaristía y de la presencia permanente de Jesús, hombre y Dios, en medio de nosotros? El camino para nuestra plenitud humana pasa por Cristo. Pero no olvidemos al Espíritu Santo. Como decía S. Basilio: *“No existe santidad sin el Espíritu Santo”*. Él hará posible nuestra unión con Cristo para llegar a ser verdaderos hijos de Dios Padre, en unión con su Hijo Jesucristo. Ya que *“por medio de Jesús tenemos libre acceso al Padre en el Espíritu Santo”* (Ef 2,18). Por Cristo, con Él y en Él... todo será más fácil.

TERCERA PARTE

HOMBRES SIN LUZ

En esta tercera parte, veremos cómo algunos hombres pasan por la vida sin rumbo y sin luz, desorientados, o porque rechazan a Dios o porque no aceptan a Jesucristo o porque no viven su fe cristiana. Es triste pensar que muchos seres humanos no viven conforme a su dignidad de hijos de Dios y no conocen la plenitud de la verdad que nos trajo Jesucristo.

HOMBRES PERDIDOS

Hay muchos hombres que se encuentran en este mundo como perdidos en la noche, envueltos en la oscuridad, desorientados, sin encontrar sentido a su existencia. Les falta la luz de la fe y no creen en Dios. ¿Para qué vivir, si todo termina con la muerte? Para algunos biólogos ateos, el hombre es simplemente el último eslabón de la evolución animal. Por eso, Heidegger decía que *“el hombre es un ser para la muerte”*. Sartre afirmaba que *“el hombre es una pasión inútil”* y Spengler que es *“un animal de instintos fallidos”*.

¿Eso es el hombre? ¿Un ser inteligente perdido en la inmensidad del Cosmos sin luz y sin futuro? ¿Acaso es fruto del azar de las fuerzas físico - químicas de la naturaleza? ¿Acaso Dios lo ha abandonado a su suerte? ¿O es que Dios ha muerto y se ha quedado el hombre solo y sin esperanza en este gran Universo? Así decía Nietzsche: *“Dios ha muerto. ¡Viva el Superhombre!”*.

Precisamente, en una estación de trenes de Alemania, alguien había escrito esto:

- *“Dios ha muerto”*

Nietzsche

Alguien escribió debajo:

- *“Nietzsche ha muerto”*

Dios

Sí, podemos creer o no creer en Dios, pero sin fe y sin Dios nuestra vida estará vacía, porque nos faltará una razón para vivir. Ya hace muchos siglos, decía Platón que para creer en Dios bastaba levantar los ojos al cielo. Pasteur escribió que *“un poco de ciencia aleja de Dios, pero mucha ciencia acerca a Él”*. Y así podríamos enumerar a la mayoría de los sabios y científicos que han existido en el mundo y que han creído en Dios; porque, como diría Max Hartmann: *“Los descubrimientos de la ciencia, aun de la más desarrollada como la Física, de ningún modo contradicen la existencia de Dios”*.

Si Dios no existiera ¿qué sentido tendría hablar del bien y del mal? ¿Quién ha dicho que esto es bueno y esto es malo? Entonces, como han dicho ya algunos filósofos, el bien sería para unos el placer; para otros, lo que es útil, lo que me gusta, lo que me interesa, lo que deseo, aun en contra de los intereses de los demás. Por eso, decía Dostoievski: *“Si Dios no existe, todo está permitido”*. Creer en Dios y tener fe es como una luz en el camino, que nos da esperanza, al saber que Dios es nuestro Padre,

que nos ama y tiene nuestra vida en sus manos y *“todo lo permite por nuestro bien”* (Rom 8,28), aunque no lo entendamos.

Cuando no creemos en Dios, tampoco podemos creer en el amor. Cuando no amamos a Dios, no podemos amar al hombre. Cuanto más lejos estemos de Dios, más lejos estaremos de los hombres; pues nos faltará el amor de Dios en el corazón. Cuando los comunistas hablan de justicia social y de ayudar a los pobres todo es una falacia; porque al final, solamente ayudarán a los pobres que piensen como ellos y los apoyen. Como se ha visto en tantas países dominados por el comunismo, los pobres que no piensan como ellos son tachados de reaccionarios y, por eso, condenados. No es, pues, verdadero amor a los pobres, sino a sus propias ideas de poder.

En cambio, qué distinto era el modo de actuar de la M. Teresa de Calcuta. Se dedicó a cuidar a los más pobres de entre los pobres, sin ningún interés personal y sin distinciones de ninguna clase. Ella nos cuenta cómo en una ocasión recogió por la calle a un hombre moribundo, lleno de gusanos, y lo limpió y le manifestó toda su ternura y cariño. Aquel hombre le dijo: *“He vivido toda la vida como un animal y ahora voy a morir como un ángel. Regreso a la casa de mi Padre Dios”*. Sí, Dios es un Padre bueno, que siempre nos espera a la vera del camino, como le esperó a André Frossard, Douglas Hyde, Alexis Carrel, Paul Claudel, García Morente y a tantos otros ateos, que se convirtieron y lo amaron después con toda su alma.

Así le sucedió al célebre aviador australiano Hans Bertram. Nos lo cuenta en su libro *“Vuelo al infierno”*, donde nos habla de cómo vivió durante veintiséis años sin Dios, hasta que un accidente le hizo creer en Él. Escribió en su Diario: *“Estamos perdidos desde hace dieciséis días, no tenemos víveres, nos falta agua ¿qué nos aguarda? ¿enloqueceremos? ¿pereceremos?... Durante la noche repito lentamente las palabras del Padrenuestro y pongo en manos de Dios nuestro destino. En estos momentos, he descubierto a Dios, es como si me hubieran quitado una venda de los ojos. Y quiero gritarle a todos esta gran verdad: Dios existe y Él me ama”*.

Por eso, vive como si Dios existiera, aunque no estés seguro. Porque, si al final no existe, no has perdido nada. En cambio, si vives como si no existiera y al final resulta que sí existe, lo habrás perdido todo y tu vida habrá quedado vacía y sin sentido. Quizás hayas oído hablar de Voltaire, el gran ateo, que luchó tanto contra Dios y la religión y cuya tumba se encuentra en el panteón de París. Su amigo, el médico Troughon, estuvo presente en su agonía y dijo: *“Si un diablo pudiera morir, moriría como Voltaire”*. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría morir también a ti como un diablo o que te lleve el diablo? Por eso, nunca es tarde para arrepentirse y cambiar de vida. Nunca es tarde para encontrar a Dios.

Recuerdo a un ateo que decía: *“Yo no creo en Dios, porque si existe, ¿dónde está? ¿Por qué hay tanta injusticia y tanta pobreza y tantos niños que mueren de hambre y tanta guerra y odio e incomprensión entre los hombres?”* Precisamente, todo eso existe, porque no creen en Él o no lo aman de verdad. Si los hombres siguieran el camino de Dios y cumplieran sus mandamientos, no habría en el mundo cárceles ni policía, ni hogares destruidos, no se tendrían que poner candados en las puertas de las casas ni habría traiciones ni mentiras, ni robos ni violaciones, no existirían ancianos

desamparados o niños muertos de hambre. Y todo sería un paraíso. ¿Por qué no comenzamos tú y yo a hacer un pequeño paraíso a nuestro alrededor?

Mira, un judío sobreviviente de los campos de concentración decía: *“He visto con mis propios ojos cosas que nadie debería ver jamás. Cámaras de gas construidas por ingenieros de verdad, niños envenenados por médicos, bebés muertos por enfermeras. He visto la muerte a mi alrededor y he sobrevivido, gracias a Dios. Y ahora tengo la misión de decirle al mundo que, a pesar de todo, vale la pena vivir y que Dios vela sobre nosotros”*. ¿Lo crees tú? ¿Crees que Dios es un Padre, que vela y se preocupa de ti hasta en los más mínimos detalles? ¿Qué haces para amarlo y hacer felices a los demás?

¿Podrías tú comprender la actitud de la hija del gran millonario norteamericano Minford? Cuando su padre le dijo que debía salir de religiosa para dejarle la herencia de su gran fortuna, ella dijo: *“Prefiero mi pobre hábito religioso a todas las riquezas de mi padre”*. ¿Harías tú lo mismo? ¿Serías capaz de darlo todo antes que renunciar a Dios? ¿Acaso no crees en Dios? Todavía estás a tiempo; mientras hay vida, hay esperanza. Escucha lo que escribió un soldado norteamericano, muerto en el desembarco de Africa del Norte el 1-11-1942. Se lo encontraron en una carta que tenía en su bolsillo y decía así: *“Dios mío, me dijeron que no existías y yo, como un tonto me lo creí. La otra tarde, desde el fondo de un agujero, hecho por un obús, vi tu cielo. De pronto, me di cuenta de que me habían engañado. Me pregunto, si tú consentirás en estrecharme la mano. Siento que tú me vas a comprender. Por eso, te digo: Te amo, Señor. Ahora se va a dar un combate terrible ¿Quién sabe? Puede ser que yo llegue a tu casa esta misma tarde... Dios mío, me pregunto, si Tú me vas a estar esperando a la puerta. ¡Mira, estoy llorando! ¡Yo, derramando lágrimas! ¡Ah, si te hubiera conocido antes! Bueno, tengo que irme. Es extraño, pero desde que te he encontrado, ya no tengo miedo a morir. Hasta la vista”* (Francis Angermayer).

La esperanza es lo último que se pierde. Háblale a tu Padre Dios y lo sentirás muy cerca de ti, en tu propio corazón. Hace mucho tiempo que te está buscando, porque eres su hijo. Dile: *“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”* (Sal 40,8; Heb 10,7).

HOMBRES ENGAÑADOS

Muchos hombres de la actualidad buscan tan ansiosamente la felicidad, que caen en las trampas de sus propios placeres y consiguen el efecto contrario: la infelicidad. Quizás los han engañado o se han engañado a sí mismos, pero nunca es tarde para aprender que la verdadera felicidad no está en los placeres y cosas de este mundo, sino en Dios. En este engaño masivo de tantos hombres actuales, no podemos olvidar a nuestro gran enemigo: el diablo. Muchos lo ignoran o no creen en él; pero no por eso deja de existir y, desde el principio del mundo, sigue engañando a los hombres. *“Está rondando como león rugiente, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe”* (1 Pe 5,8).

¿Has leído alguna vez el capítulo tercero del libro de Génesis? Allí se nos habla de este gran enemigo que nos tienta con mentiras, porque es *“mentiroso y padre de la mentira”* (Jn 8,44). Le tienta a la mujer y le dice: *“¿Así que Dios os ha mandado que no comáis de todos los árboles del paraíso?”*. Era mentira, podían comer de todos menos

de uno. De este árbol prohibido, Dios les dijo que no comieran *“no vayan a morir”*. Y la serpiente les insiste con mentiras: *“No moriréis, porque Dios sabe que el día que comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal”*.

Y Eva cae en la trampa. Es como si hubiera pensado: Dios no es bueno, es malo; porque no quiere que sea feliz. Él sabe que, si yo como de este árbol, voy a ser como él, pero tiene celos y envidia de mí. Dios no es Amor, no me ama. Por tanto, yo me rebelo contra él y voy a comer de este árbol para ser feliz y ser como él. Y cae en la tentación y come y le da de comer a su esposo. Pero ¿qué sucede? Que en vez de ser como Dios, de ser unos superhombres y conseguir la felicidad... se hunden en su propia miseria, tienen miedo y vergüenza y se sienten infelices. Se les abren los ojos y ven que están desnudos y se esconden. Y Dios, que todos los días se paseaba con ellos por el jardín del paraíso con toda confianza, aquel día no los encuentra y los busca. *“Llamó Dios al hombre y le dijo: ¿dónde estás? Y éste contestó: Te he oído en el jardín y he tenido miedo, porque estaba desnudo y me escondí. ¿Y quién te dijo que estabas desnudo? ¿Es que comiste del árbol del que te prohibí comer?”*.

¡Pobres seres humanos que, como Adán y Eva, siguen cayendo en la trampa de Satanás y son engañados bajo la seductora ilusión de encontrar la felicidad! Cuántos dicen: ¿Por qué Dios me va a prohibir esto o lo otro? Yo tengo derecho a ser feliz y me hace feliz la droga o las discotecas o ese amor prohibido... ¿Por qué me lo va a prohibir? ¿Por qué no quiere que sea feliz? Les pasa como a aquellos jóvenes que le dicen a su padre: Papá, yo quiero ser feliz, no me lo prohibas. Y para conseguirlo quiero hacer lo que quiero: quiero ir a fiestas, tener dinero y comodidades, no quiero estudiar ni trabajar; no te preocupes de mí, porque yo soy mayorcito y sé cuidarme y llegaré a casa a la hora que yo quiera... ¿Qué diríamos de ese jovencito que piensa que su padre le quita la libertad de ser feliz? Quizás se va de casa para conseguir mejor sus deseos. Y quiere que su padre le dé todas las facilidades y comodidades.

Estos jóvenes no han comprendido que la única y verdadera felicidad sólo la encontramos en Dios, porque lejos de Dios, nos hundimos en nuestros propios vicios y encontramos la amargura de nuestra propia ruina e infelicidad. Aprende en cabeza ajena y no busques la felicidad en los placeres y comodidades de la vida, sino en la alegría de deber cumplido, en el esfuerzo y el sacrificio de hacer el bien y en el amor y servicio a todos los hombres. Así, serás feliz, haciendo felices a los demás y Dios, tu Padre, te dará su alegría en tu corazón.

Decía el Papa Juan Pablo II a los jóvenes en Saint Louis, USA, el 26-1-1999: *“No escuchéis a quienes os incitan a mentir, a evadir la responsabilidad ni a quienes os dicen que la castidad está pasada de moda. No os dejéis llevar de falsos valores o slogans ilusorios, especialmente en lo que respecta a la libertad. La libertad no es la capacidad de hacer lo que queramos cuando queramos, sino la capacidad de vivir responsablemente la verdad de nuestra relación con Dios y entre nosotros. No dejéis que nadie os engañe. Volveos a Jesús, escuchadlo y descubriréis el auténtico significado y el verdadero sentido de vuestra vida”*.

HOMBRES DE BARRO

¿Recuerdas el sueño de Nabucodonosor, rey de Babilonia? Vio *“una estatua muy grande y de un brillo extraordinario. Su cabeza era de oro puro; su pecho y sus brazos de plata; su vientre y sus caderas, de bronce; sus piernas de hierro y sus pies, parte de hierro y parte de barro... Una piedra desprendida, no lanzada por mano alguna, hirió la estatua en los pies de hierro y de barro y la destrozó. Entonces, el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro se desmenuzaron... y se los llevó el viento, sin que de ellos quedara traza alguna”* (Dan 2). Pues bien, hay muchos hombres, que tienen la cabeza de oro, es decir, que solo piensan en el oro y en el dinero. Todo su cuerpo vive para las cosas de este mundo, se olvidan de que tienen un alma y sólo piensan en las cosas materiales. Pero su vida es muy frágil, tienen los pies de barro, y cualquier cosa los puede hacer caer y “morir”... quizás para siempre. ¿De qué les servirá todo el dinero y todos los tesoros acumulados con tanto esfuerzo? ¿Por qué no vivir para la eternidad?

Estos hombres no tienen tiempo para comer ni para dormir ni para sonreír, ni siquiera tienen tiempo para ser “hombres”. Para ellos sólo cuenta el dinero, dinero, dinero... Y ¿cuál es el resultado? El resultado es aterrador. Por el dinero pierden su propia dignidad, su corazón humano, la honradez, la fidelidad, la sinceridad... En una palabra, pierden a Dios. Para ellos no es importante cumplir su palabra dada ni los juramentos hechos ante el altar. Sólo viven para tener dinero y gozar de la vida. Así vivió un hombre durante toda su vida y en el lecho de muerte, reconociendo sus errores les dijo a sus familiares: *“Poned este epitafio en mi tumba: Aquí descansa un pobre hombre que se fue del mundo sin saber siquiera para qué había venido”*. En cambio, qué distinta fue la muerte del famoso físico Ampere, un hombre profundamente religioso, que quiso que grabasen en su tumba estas palabras: *“tandem felix”* (por fin, feliz). ¿Cómo quieres tú que sea tu muerte?

Recuerdo que, en una ocasión, tuve que confesar a un viejecito, que estaba moribundo, y me dijo: *“Padre, cuando yo era joven, solamente pensaba en divertirme y en ganar dinero. Era un ignorante, pero ahora me arrepiento y pido perdón de todos mis errores”*. Ojalá que tú no esperes al último momento, porque podría ser demasiado tarde. Piensa que todo lo de este mundo pasa rápidamente y debes acumular un tesoro que te sirva para la vida eterna. Porque no sabes hasta cuándo tendrás la oportunidad de seguir con vida y sólo se vive una sola vez.

El año 1933 se estrelló un avión que iba de Viena a Venecia. Entre los muertos había un joven escritor que había llegado a Viena desde Berlín dos horas antes. En Viena había pasado dos horas en amena conversación con un amigo suyo y le había dicho: *“Qué grande es el hombre, esta mañana he desayunado en Berlín, ahora almuerzo en Viena y esta noche cenaré en Venecia”*. ¿Cenaré en Venecia? Nunca llegó a Venecia. Por eso, hay que tomar la vida en serio, porque no sabemos hasta cuándo tendremos la oportunidad de seguir con vida.

En el reloj de la torre de Leipzig en Alemania está escrito: *“Mors certa, hora incerta”* (la muerte es cierta, pero la hora es incierta). Por esto, un gran maestro de la vida espiritual, al preguntarle cuál había sido la gracia más grande que había recibido en su vida, respondió: *“La gracia más grande que he recibido en mi vida ha sido la de darme cuenta cada día, al levantarme por la mañana, que no sé si llegaré a la noche”*. Y le dijeron: *“Pero eso lo sabe todo el mundo”*. *“Sí, respondió, todos lo saben, pero no todos lo sienten”*. Vive, pues, como si cada día fuera el último de tu vida.

Recuerdo que leí en el periódico la siguiente noticia: *“Un joven médico, después de la fiesta de su graduación, en la que había estado muy alegre y había sido el centro de atención de todas las damas presentes... al salir fue atropellado por un taxi y murió”*. Más o menos era así la nota de prensa, y, además, añadía que era muy inteligente y que había sido aprobado con las máximas calificaciones y que tenía un gran porvenir... ¿Un gran porvenir? Nadie es dueño de su futuro.

En un libro antiguo leí un cuento interesante: *“Un hombre pobre, vivía solo en su chocita. La última noche del año se le apareció un ángel y, al dar las doce, colocó delante de él un saco de oro, diciéndole: Este saco de oro es tuyo, aprovéchalo bien y serás feliz”*. ¿Qué harías tú con un saco de oro? No olvides que el tiempo es oro. Pues piensa que también a ti Dios te ha dado un saco de oro, que es el tiempo disponible, aprovéchalo bien, no lo despilfarres y serás feliz.

Nunca me olvidaré de aquella pareja de esposos que tenía serios problemas. Un día la esposa le dijo a su esposo: *“Si tuviera que decidir hoy, si casarme contigo o no, no me casaría. Yo amé y amo a aquel joven universitario, apuesto, cariñoso, atento, que siempre estaba pendiente de mí. A aquel hombre lo amé y lo amo con todo mi corazón, pero hoy se ha convertido en un hombre tosco y serio, que todo el día está pensando en el dinero y en el negocio y no tiene tiempo para mí ni para nuestros hijos ni para sí mismo. No ama ni se deja amar. Parece que hubiera renunciado a tener corazón y se ha convertido en una computadora que sólo sabe sumar y restar, parece una máquina y no una persona”*.

El esposo comprendió que los negocios absorbían demasiado su tiempo, que vivía tenso, que no comía en casa, que era un extraño para sus hijos... No era amable ni cariñoso con la esposa. Era adicto al trabajo y estaba demasiado tiempo fuera de casa. Había perdido la capacidad de ser feliz y sólo buscaba desahogarse y divertirse, de vez en cuando, con amigos y amigas, que no le llenaban su corazón. Y cada día se sentía más vacío y estaba perdiendo definitivamente a su familia y a sí mismo. Cada día era más rico en dinero, pero más pobre de alma, un robot, un hombre mecanizado, que producía cosas y mucho dolor a su alrededor, pero que no era feliz ni hacía felices a los demás.

Por eso, piensa: Tú no debes vivir sólo para los cuatro días de este mundo, debes vivir para la eternidad, debes ser un hombre de pies a cabeza, un hombre de cuerpo entero. Hoy día en que hay seguro para todo: contra accidentes, incendios, naufragios, muertes ¿has firmado un seguro para tu salvación eterna? Tu alma vale más que el mundo entero. No la pierdas por el afán del dinero. *“El afán del dinero es la raíz de todos los males”* (1 Tim 6,10).

HOMBRES MEDIOCRES

¡Qué triste es ver pasar por la vida hombres sin entusiasmo, que se contentan con cualquier cosa y no tienen aspiraciones de mejorar! A veces, atribuyen todos sus errores y fracasos a su mala suerte o a que les han hecho “daño”. No comprenden que, para triunfar y hacer algo que valga la pena, hay que trabajar, hay que emplearse a fondo, hay que dar lo mejor de sí mismos, pero ellos parecen que no están dispuestos a luchar.

Lamentablemente, muchos padres de familia educan a sus hijos en la ley del mínimo esfuerzo y se lo dan todo hecho. De esta manera, los hacen egoístas y caprichosos, creyendo que tienen derecho a todo. Así estarán mal preparados para enfrentar la lucha por la vida.

Esta mentalidad de comodidad y mediocridad se ve fomentada por la cultura “light”, suave. Alimentos “light”, bajos en calorías, sin colesterol y sin riesgo para subir de peso. Cigarrillos “light”, de lechuga, con el mismo sabor, pero sin nicotina. Matrimonios “light”, convivientes o solo casados por lo civil, pero sin compromiso definitivo. De esta manera, se vive también una moral “light”, ligera, en la que uno puede hacer lo que quiera sin que nadie le pueda limitar su “libertad”. Ni la religión ni los padres ni el Estado pueden oponerse a lo que quieran hacer. De ahí caen fácilmente en la droga, el alcohol, el sexo libre y, en último término, en el egoísmo y la ruina humana.

Es la cultura del yo, yo, yo, que predomina en todas las actitudes vitales y hace vivir a cada uno independientemente de los demás. Es querer todo y rápido con el mínimo esfuerzo. Es el egoísmo brutal. Es querer trabajar, por ejemplo, medio tiempo y tener sueldo de Ministros. Y, si esto no es posible, seguir otro camino más fácil: la estafa y el robo, es decir, la mentira y el engaño como norma de vida.

Por eso, tú procura no ser una víctima “light” de esta cultura de la comodidad. Nada grande se puede conseguir sin esfuerzo y sin sacrificio. Lucha, trabaja, esfuérate, estudia, no seas superficial, vive con profundidad y seriedad. Sé responsable. Decía Saint Exupery que *“ser hombre es ser responsable”*. Un hombre, que no quiere esforzarse, nunca hará nada que valga la pena. Será un hombre “hueco” por dentro. Quizás tiene mucha palabrería, pero su corazón está vacío y terminará su vida sin pena ni gloria, si es que no termina drogadicto, alcohólico y abandonado de su propia familia. Son hombres que, como diría Homes: *“morirán con toda su música dentro”*, sin haber desarrollado tantas cualidades hermosas que Dios les había regalado y que desperdiciaron por falta de esfuerzo y dedicación.

Considero que el pecado de omisión es uno de los más grandes pecados: no hacer lo que debíamos hacer, no ser lo que debemos ser, no esforzarnos por cumplir nuestra misión, no rendir al máximo con las cualidades que hemos recibido. Ciertamente, todos los flojos y comodones, que “estudian” para no trabajar, son los mayores fracasados, porque su vida será mediocre, superficial, sin metas ni aspiraciones. ¡Qué pena! Vivir sin vivir, vivir por vivir, seguir tirando, caminar sin rumbo, sin saber a dónde ir. Ésta es la tragedia de muchos hombres actuales, que viven sin ideales y no tienen estrellas que alcanzar, porque no tienen sueños de grandeza ni superación. Al final, terminarán frustrados con una sensación de inutilidad y de vacío, que les hará sentir la mentira existencial en que vivieron toda su vida.

Muchos de estos mediocres, si trabajan, lo hacen como si fuera un castigo insoportable (otros ni siquiera buscan trabajo). Soportan tener que trabajar y trabajan sin ganas. Sólo esperan que llegue el viernes por la tarde para “vivir” de fiesta en fiesta el fin de semana. ¡Qué pobres hombres, que arrastran su cuerpo, soñolientos de lunes a viernes, esperando que llegue la fiesta! Viven para gozar sin otras aspiraciones mayores. Hombres “sin alma”, que sólo piensan en satisfacer su cuerpo. Muchos de ellos han perdido la autoestima y se dejan llevar del pesimismo y de la autocompasión, no creen

en sí mismos ni en los demás, y a Dios lo ven demasiado lejano como para tomarlo en serio. Son como muertos vivientes, que no tienen esperanzas.

Por eso, si tú un día te despiertas con mal ánimo y sientes tu vida vacía y te dices a ti mismo *“no vale la pena vivir así”*, es que estás muerto por dentro. Levanta la cabeza, escucha la voz de tu Padre Dios, que te mira desde el cielo de tu corazón y arrepíentete y pídele fuerzas para luchar y trabajar por una vida mejor. No importa, si eres pobre, ignorante, enfermo, anciano o lo que sea. Tu vida vale infinitamente para Dios y, mientras puedas amar, puedes dar sentido a tu vida. No te desanimes y ama siempre. *“Ama y haz lo que quieras”*, decía S. Agustín.

Sin embargo, hay demasiada gente que no se acepta así misma y, por eso, no creen en sus cualidades para triunfar y para hacer algo que valga la pena. Son eternos fracasados. Tienen miedo de sí mismos y no se emplean a fondo en lo que hacen, siempre hacen las cosas a medias, para cumplir, para quedar bien y nada más. No tienen aspiraciones. Al menor fracaso se desaniman y se retiran. Por ejemplo, una esposa que a las primeras peleas se divorcia; un empresario que al primer negocio que sale mal, deja la empresa; un estudiante que, al primer suspenso, abandona los estudios... ¡Cuántos fracasados por no confiar en sí mismos, cuando su Padre celestial está ilusionado y tiene tantos planes maravillosos para ellos! Tú tienes una misión que cumplir, tú no eres menos que otros, tú tienes tus propias cualidades. Tú debes responder de tus talentos y de tu misión. ¿Lo estás haciendo?

No tengas envidia de los otros. Lo importante es cumplir bien tu misión, porque ante Dios todos somos iguales. En el teatro de la vida, no hay papeles malos, sino malos actores. No importa, si a ti te toca desempeñar el papel de un humilde empleado y a otros el de reyes o doctores, lo importante es que cumplas bien tu papel. Y Dios tu Padre estará orgulloso de ti. No importa tanto lo que haces, sino el amor con que lo haces. No lo olvides. Pero tienes que ser un hombre alegre y optimista para alegrar la vida de los demás. Porque, si te levantas por la mañana, pensando que te sucederá lo peor, probablemente te irá mal y no habrás puesto lo suficiente de tu parte. No vivas a la defensiva, pensando que todo el mundo te quiere mal. Levántate, pensando que éste será un buen día y todo te saldrá mejor. Y, aunque al final las cosas no salgan como tú querías, Dios estará contento contigo y podrás dormir con la conciencia tranquila de haber puesto lo mejor de tu parte. Decía Walt Disney: *“Si te esfuerzas lo suficiente, por muchos que sean los deseos de tu corazón, tus sueños se convertirán en realidad”*.

Que no te pase a ti como a aquel niño que fue con su padre a visitar unas grutas maravillosas y el niño gritó: *“¡Qué horrible!”* y el eco repitió: *“¡Qué horrible!”*. Entonces, su papá le dijo: *“Escucha, hijo mío”*. Y gritó: *“¡Maravilloso!”*. Y el eco respondió *“¡Maravilloso!”*. ¿Cómo es tu actitud ante la vida? Si sólo ves lo negativo de las cosas y los defectos de las personas, entonces todo te parecerá mal e irás por el mundo con el ceño fruncido y amargando a todos; pero, si ves lo positivo y eres comprensivo y amigable con los demás, entonces serás una persona agradable y repartirás alegría a tu alrededor y todos querrán ser tus amigos.

Por supuesto que encontrarás muchas dificultades. Pero decía un autor: *“con las piedras que encuentres en el camino, sé delicado y llévatelas y, si no las puedes cargar a hombros como hermanas, al menos, déjalas atrás como amigas”*. No te desespere

por lo que no puedes cambiar, pero esfuérazate en superarte cada día más. Dios mira tu esfuerzo y te felicitará. Al final, no importa, si has triunfado humanamente, Dios te preguntará si has luchado, eso es lo que cuenta. Pon de tu parte todo lo que puedas y lo demás déjaselo a Dios.

Dios es tu Padre, tu eres su hijo y debes dar lo mejor de ti mismo. Un hijo de Dios debe tener calidad humana y espiritual. Tu Padre celestial no puede contentarse con cualquier cosa. Porque, así como exiges productos de primera calidad, así tu Padre te exige calidad “extra” en tu vida. No importa tanto las cualidades humanas que tengas, el amor es lo que da calidad a tu vida. Cuanto más amas, eres más como persona. Y, si tu Padre Dios está contento de tus luchas y esfuerzos, ante Él ya has triunfado y tu triunfo te lo reconocerá por toda la eternidad.

Pero no olvides nunca que ser bueno cuesta, que la virtud se consigue con esfuerzo y que no hay nada grande sin esfuerzo y sin sacrificio. ¿Tienes voluntad para trabajar y esforzarte al máximo para ser lo que tienes que ser? *“Al morir, el amor de Dios te enfrentará con el santo que deberías haber sido”* (Julien Green). Aspira a lo más grande y más profundo, a ser mejor cada día, aspira a las altas cumbres, aspira a la santidad.

Un día leía esta noticia. En un pueblecito de Suiza, al pie de grandes montañas, un auto había arrollado un águila real. Esta ave majestuosa, que vuela sobre las nubes, había sido arrollada por un auto que corre a ras del suelo. ¿Por qué? Porque descubrió en la carretera un animal muerto y bajó a darse un festín y se olvidó de todo lo que le rodeaba, no vio el peligro que le amenazaba en tierra, no miraba el sol refulgente que le invitaba a remontarse... Pues bien, tu alma es como un águila real llamada a volar por las alturas, no te olvides de tu destino eterno y no vayas tras la carroña que te rodea como la pornografía, el afán desmedido del dinero, los vicios y todo lo que te ata a este mundo. No te olvides que tienes un alma inmortal, que desea la inmensidad del cielo azul y aspira a la eternidad de Dios. No seas víctima de tu propia mediocridad y de tus pecados. Levanta el vuelo a las alturas, sueña con el aire puro de las cimas elevadas y no te dejes encerrar en la cárcel de tus vicios y placeres.

Toma tu vida en tus manos, no te detengas, sigue avanzando, mira siempre adelante. Atrévete a vivir en plenitud. Mientras haya vidas que salvar, hombres hambrientos a quienes puedas dar de comer, ignorantes a quienes enseñar o malvados a quienes rescatar... tu vida vale mucho. Jesús te dice que tomes tu cruz de cada día y lo sigas (Cf Lc 9,23). *“El que pone su mano en el arado y mira hacia atrás no vale para el reino de Dios”* (Lc 9,62). Por eso, con su ayuda, puedes decir convencido: *“Todo lo puedo en Aquel (Cristo) que me fortalece”* (Fil 4,13).

HOMBRES INSATISFECHOS

¡Cuántos hombres caminan por la vida sin aceptarse como son, arrastrando la pesada cadena de sus propias limitaciones personales! Es como si le dijeran a Dios en cada instante: *“No me gusta cómo me has hecho, fúndeme y hazme de nuevo, porque así nunca seré feliz”*. Quizás creen que para ser feliz hace falta tener buen cuerpo, salud, dinero, inteligencia y otras cosas que ellos desean. Pero lo más importante es aceptarse

como se es y desarrollar al máximo las cualidades recibidas de Dios. Nadie es perfecto, pero tampoco hay vidas inútiles y sin sentido para Dios. Todos somos valiosos para Él. Más aún, todos somos sus hijos, con la misma dignidad y la misma categoría, no hay hombres de segunda clase para nuestro Padre celestial. Habrá quienes tengan más cualidades para cumplir la misión que Dios les ha encomendado, pero cada uno tiene una misión y debe cumplirla; pues, de otro modo, habrá un vacío en el mundo y él será responsable del mal que hizo y del bien que dejó de hacer.

Ahora mírate a ti mismo. Haz un examen de conciencia ¿Te aceptas como eres? ¿Alguna vez le has dado gracias a Dios por ser así? ¿No? ¿Por qué no lo haces hoy mismo? ¿No puedes? Vamos a ver. ¿Te avergüenzas de tus manos y tratas de ocultarlas? ¿Qué sería de ti sin tus manos? ¿Cómo podrías trabajar? ¿No te gustan tus ojos, tu nariz, tus dientes, tu estatura, tu color? Entonces, es como si se convirtieran en tus enemigos, porque los rechazas y te haces mucho daño a ti mismo y te quitan las ganas de vivir. ¿Te gustaría tener buena salud, buena casa, mucho dinero, más inteligencia, etc., etc.? Acepta la realidad y no te desprecies, tienes muchos dones de Dios y debes valorarte más.

Acepta con paz ese defecto corporal que tienes, sea calvicie, miopía, cojera, gordura, nariz prominente, pequeña estatura... No te hagas daño a ti mismo. Ve el lado positivo de las cosas y busca tus cualidades para desarrollarlas y dale siempre gracias a Dios, tu Padre. ¡Cuánta gente con menos cualidades que tú, incluso enfermos y ancianos, son felices! ¿Por qué tú no puedes serlo?

No te rebelas contra Dios y dale gracias por tu vida. Te pondré unos ejemplos. Alexander Solschenizyn, premio Nóbel de literatura, estuvo 11 años prisionero en un campo de concentración en Siberia. En su obra *“Archipiélago Gulag”* escribe: *“Alégrate, cuando no tirites de frío, cuando el hambre y la sed no desgarran tus entrañas. Cuando no sientas rota la espina dorsal, cuando puedas caminar con ambas piernas y tomar las cosas con ambas manos y ver con ambos ojos y oír con ambos oídos”*.

Eddie Rickenbacker estuvo veintiún días perdido en una balsa en el Pacífico, durante la segunda guerra mundial. Cuando le preguntaron qué lección había aprendido de esa experiencia, dijo: *“La lección más grande que he aprendido es la de no quejarme nunca, mientras tenga agua y comida suficiente para vivir”*.

Hellen Keller, a los dos años de edad, sufrió un ataque de fiebre cerebral y quedó sorda y ciega para toda la vida. Pero ella no se amilanó y aprendió a leer y escribir y realizó estudios superiores. Fundó 50 escuelas para ciegos y escribió libros que se han traducido a 50 idiomas. A sus 77 años, todavía seguía dando conferencias y ayudando a sordos y ciegos del mundo entero. Y decía: *“He luchado para descubrirme a mí misma una razón para vivir y un campo en el que pudiera ser útil. Yo creo que podemos ser felices aquí y ahora, si cumplimos fielmente nuestro deber. Hasta la más humilde ocupación es un arte, si encierra esfuerzo y amor por lo demás”*.

Si ella pudo ser feliz y ser útil a tantos seres humanos ¿por qué tú, que ves y oyes, no puedes serlo? Tú eres una persona única en el mundo. Tú no eres fotocopia. Lucha contra tu sentido de inutilidad o de derrota, libérate de la autocompasión. No te des por vencido, siempre hay algo que hacer por los demás. Y tú puedes ser feliz, haciendo felices a los demás. Pero, si te das por vencido, nadie podrá hacer nada por ti. Acepta la

responsabilidad de tu propia vida. No sólo por ti mismo, sino también por los demás, que te necesitan y esperan mucho de ti para ser mejores y más felices.

¡Se necesita tan poco para ser feliz! Incluso, aunque hayas cometido muchos errores, Dios te los va a perdonar, acércate como un hijo arrepentido y ten la seguridad de que te va a perdonar, aunque nadie te perdone. Y siempre estás a tiempo para empezar de nuevo. Mientras hay vida, hay esperanza, no te hundas en la desesperación. Mira la vida de frente. La vida continúa y Dios sigue confiando en ti. Pase lo que pase, confía tú también en Él. Y escucha lo que te dice tu Padre Dios.

Querido hijo:

Te amo con todo mi corazón de Padre y tengo muchas esperanzas en ti. Desde toda la eternidad he pensado en ti y he trazado un plan maravilloso para ti. Hijo mío, no tengas miedo, porque yo siempre estoy contigo. Puedes llamarme a cualquier hora del día o de la noche, porque tengo todo mi tiempo exclusivamente para ti. Háblame con confianza. Ayer te vi que estabas triste y pensé que querías hablar conmigo. Esperé, pero no me dirigiste la palabra. Sin embargo, quiero decirte que aún te amo y sigo confiando en ti.

Te vi dormir en la noche y te envié mis rayos de luna para besar tu frente... esperé hasta la mañana. Mas tú con tu prisa tampoco me hablaste. Entonces, mis lágrimas se mezclaron con las gotas de lluvia que caían. Hoy te sigo viendo triste y quisiera consolarte con mis rayos de sol, con mi cielo azul, con los paisajes de los campos y el aroma y el color de mis hermosas flores. Te grito mi amor a través del zumbido de las hojas agitadas por el viento, a través del canto de los pájaros y del rumor del riachuelo. Pero parece que tú no te das cuenta.

Hijo mío, ¿acaso no escuchas mi voz, que está en el fondo de tu alma o quieres taparla con ruidos y más ruidos y músicas estridentes? ¿Crees que te voy a dejar? Eres demasiado importante para mí y te amo demasiado como para olvidarme de ti. Mi voz te sigue como tu sombra y mi amor te envuelve con el aire que respiras. No me tengas miedo. Ven a Mí. Si has caído y tienes vergüenza, no temas, yo lo sé todo y te comprendo y tengo misericordia de ti. Sólo te pido que lo reconozcas y que te esfuerces para que podamos ser nuevamente amigos, de verdad.

Hijo mío, te amo y necesito de tu amor y de tu cariño. Todos los días te estoy esperando de modo especial en la Eucaristía. ¿No tendrás un tiempo libre para venir a visitarme? ¿Me dices que estás muy ocupado? ¿Que no tienes tiempo? No te preocupes, puedo seguir esperándote, porque te amo y nunca me cansaré de ti.

HOMBRES DESORIENTADOS

Actualmente, hay demasiados falsos profetas en nuestro mundo, muchos caen fácilmente en sus redes y en la trampa de sus falsedades, lo que les impide volar en su camino hacia Dios. Hay demasiados que creen en la astrología, como si nuestra vida estuviera predeterminada en la órbita de los astros. ¿Acaso Dios no es todopoderoso y controla el Universo con todas sus energías? ¿Por qué tienen que acudir a talismanes

para tener buena suerte o para defenderse de los enemigos? ¿Acaso Dios no es nuestro protector y defensor?

Realmente, da pena ver a tantos hombres que van sin rumbo por la vida y que, para defenderse de las fuerzas cósmicas, buscan toda clase de amuletos y talismanes y creen en toda clase de supersticiones, horóscopos y brujerías. Incluso en los países “desarrollados” económicamente, aunque parecen “subdesarrollados” en el espíritu, se ven las más absurdas supersticiones. Por ejemplo, cantantes que, para salir a cantar, deben ir con medias de distinto color, aviadores que llevan su “talisman” para la buena suerte, sea una uña de león, un diente de zorra, una moneda, un zapato o un colmillo de elefante en miniatura... En las grandes ciudades de Occidente, no faltan los adivinos del futuro, que, a través de hojas de té, de las cartas o de la bola de cristal... aseguran el porvenir.

Muchos de estos contemporáneos están muy sensibilizados para la defensa del medio ambiente y de los animales, pero se olvidan de los otros hombres. Por ejemplo, en Navidad, en una gran ciudad europea, una señora dio a la Sociedad protectora de animales un grandioso donativo para el festín de los animales de zoológico en recuerdo del buey y del asno que estuvieron en la cueva de Belén. Ese día, la ración de los animales fue realmente opípara con abundante carne, dulces, etc., etc. Un diario de Berlín dio la noticia de que una actriz había encargado una dentadura postiza para su perrito. Otro ejemplo, una rica señora de Roma, al morir, dejó a la sociedad protectora de animales la suma de veinte millones de dólares con la condición de cuidar a sus trece gatitos y recoger a todos los gatos sin dueño de la ciudad. Todo ese dinero sólo para gatos... ¿y los hombres? Por eso, la Iglesia nos dice: *“Es indigno invertir en los animales sumas que deberían remediar, más bien, la miseria de los hombres. Se puede amar a los animales, pero no se puede desviar hacia ellos el afecto debido únicamente a los seres humanos”* (Cat 2418). Muchos de estos defensores de los animales son, a la vez, partidarios del aborto. ¡Qué contradicción!

Por otra parte, da tristeza ver tantas sectas o nuevas asociaciones religiosas, que se creen dueñas de la verdad y descalifican a los demás, enviándoles al infierno, si no se convierten en sus seguidores. Algunos de estos grupos hasta acaparan y controlan y debilitan la personalidad, los alejan de la familia y de los estudios para dedicarlos enteramente a la secta con una obediencia total a su jefe. Y no faltan quienes acuden a grupos misteriosos esotéricos, que se creen guardar la verdad sólo para los iniciados. Grupos cerrados y secretos que buscan el desarrollo mental para ser unos “superhombres”. Otros grupos buscan el progreso en su relación con los extraterrestres... Ante esta gama tan grande de vendedores de la “verdad” y de la “felicidad”, ¡qué fácil es equivocarse y seguir una senda estrecha en vez de seguir el camino de Jesucristo!

Si pensamos en las grandes religiones no cristianas, podemos ver cuántos errores tienen en su doctrina y en su actuar: ritos extraños para purificarse, discriminación radical de la mujer, conceptos equivocados sobre el bien y el mal... Son senderos que se quedan a medio camino, pues no conocen a Dios como Padre amoroso y providente que vela por sus hijos con amor. De ahí nuestra grave responsabilidad, como cristianos, de enseñarles la VERDAD de Jesucristo. No somos dueños de la verdad ni tenemos el monopolio exclusivo, porque todos los hombres son hijos del

mismo Dios y tienen derecho a conocer en plenitud a su Padre Dios y a su Hijo Jesucristo.

Decía el Papa Juan Pablo II: *“No podemos permanecer tranquilos, si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios... Pero tenemos fe en Dios Padre, en su bondad y misericordia... Dios está preparando una primavera cristiana de la que ya se vislumbra su comienzo”* (RM 86). En el mundo sólo el 30% son cristianos y sólo el 18.5% son católicos.

¿Qué has hecho tú para llevar la verdad de Cristo a todos los pueblos del mundo, a través de tu oración, sacrificio y amor? No olvides que debes compartir con los demás el regalo de ser cristiano y extender el reino de Jesucristo por todo el mundo. Sólo Jesucristo es *“el CAMINO, la VERDAD y la VIDA”*. (Jn 14,6). En Él y sólo en Él encontraremos la luz y la verdad, que nos llevará al amor de Dios en plenitud. Pero recordemos que a Cristo, el amigo humano divino, lo encontramos en la Eucaristía. ¿Hasta cuándo los católicos y los ortodoxos guardaremos este tesoro para nosotros solos? ¿Por qué no vamos por el mundo entero, hablando de que Jesús nos espera como un amigo en este sacramento? Abre las puertas de tu corazón a Jesús Eucaristía y acude a la cena del Señor. Estás invitado. Por Cristo, con Él y en Él, llegarás más fácilmente a vivir de verdad la maravilla de ser hijo de Dios en la plenitud del amor.

CUARTA PARTE

HOMBRES AUTENTICOS

En esta cuarta parte, vamos a considerar cómo debe ser un hombre auténtico: honrado, sincero, puro, responsable... un hombre que ama con sinceridad y busca siempre la verdad, aspirando siempre a la unión más íntima con Dios. Pero, primero, veamos lo que dice Dios a tantos hombres que tienen autocompasión de sí mismos y se creen sin valor y no reconocen su grandiosa dignidad de hijos de Dios.

EL MILAGRO MAS GRANDE DEL MUNDO

Éste es el título de un libro de Og Mandino, donde nos habla, en su *Memorándum de Dios*, de la grandeza del ser humano. Es tan grande su dignidad que, si pierde su autoestima o se deja llevar del pesimismo de la autocompasión, ofenderá gravemente a su Creador. Será como un muerto viviente, sin esperanza, que perderá toda posibilidad de realizarse, de superarse y de cumplir la misión que Dios le ha encomendado. Pongamos atención a lo que Dios nos dice en este Memorándum:

“Lloras por tu dignidad manchada con el fracaso. Lloras por todo tu talento, que ha sido desperdiciado por el mal uso... No llores más, yo estoy contigo. El pasado está muerto deja que los muertos entierren a sus muertos. Te ordeno que salgas de tu sepultura y empieces una nueva vida. Y déjame compartir contigo el secreto que escuchaste a la hora de tu nacimiento y que ya has olvidado.

Tú eres el milagro más grande del mundo. Éstas fueron las primeras palabras que escuchaste, después lloraste. Todos lloran. Entonces, no me creíste. ¿Cómo puedes ser un milagro, cuando te consideras un fracaso hasta para las tareas más sencillas? Has maldecido tu suerte, has rehusado aceptar las consecuencias de tus propios pensamientos mezquinos e insignificantes y has buscado un culpable. Y me has culpado a mí. Has gritado que tus defectos, tus mediocridades, tu falta de oportunidades y tus fallas eran “voluntad de Dios”. Estás equivocado. Vamos a ver, hagamos un inventario de tus dones.

¿Estás ciego? No, puedes ver y los cien millones de receptores que deposité en tus ojos te permiten gozar de la magia de una hoja, de un copo de nieve, un águila, un niño, una nube, una estrella, una rosa, el arco iris, y la mirada del amor. Anota un don.

¿Estás sordo? No, puedes oír y los 24,000 filamentos que puse en cada uno de tus oídos vibran con el viento de la arboleda, con la majestuosidad de una ópera, con el canto del petirrojo, con el juego de los niños y con la palabra te amo. Anota otro don.

¿Estás mudo? No, puedes hablar. Ninguna otra de mis criaturas puede hacerlo y tus palabras pueden calmar al enojado, animar al abatido, estimular al cobarde, alegrar al triste, alentar al vencido, enseñar al ignorante y decir te amo. Anota otro don.

¿Estás paralítico? No. Te puedes mover, no eres un árbol condenado a una pequeña porción de tierra, puedes pasear, correr, bailar y trabajar, ya que dentro de ti he

diseñado quinientos músculos, doscientos huesos y siete mil nervios, que están sincronizados para obedecerte. Anota otro don.

¿Eres enfermo mental? ¿No puedes pensar por ti mismo? No. Tu cerebro es la estructura más compleja del Universo. Dentro de sus mil o más gramos hay trece mil millones de células nerviosas. He implantado en tus células más de mil trillones de moléculas proteicas. Y para ayudar a tu cerebro en el gobierno de tu cuerpo he dispersado en tu organismo cuatro millones de estructuras sensibles al dolor, quinientos mil detectores táctiles y más de doscientos mil detectores de temperatura... Tú eres mi creación más fina.

¿Por qué has gritado que todos los dones de la humanidad te han sido negados? ¿Careces de talento, sentidos, capacidades, instintos, sensaciones? ¿Por qué te arrastras en las sombras como un gigante derrotado? Tienes demasiadas cosas. Tus dones se derraman de tu copa y tú has sido negligente con ellos. Contéstame, contéstate a ti mismo. ¿Qué hombre rico no cambiaría todas sus riquezas por los dones que tú has tratado tan a la ligera? Por tanto, cuenta tus dones y sé consciente de que eres mi creación más grande. ¿Dónde están los defectos que ocasionaron tu fracaso? Sólo existen en tu mente.

Tú eres único, el tesoro más valioso sobre la superficie de la tierra. Nunca ha habido entre los 70,000 millones de hombres que han caminado sobre el planeta un ser que haya sido exactamente igual a ti. Nunca hasta el fin del mundo habrá otro igual a ti. Eres una creación única en el mundo. De tu padre emanaron un sinnúmero de semillas de amor, más de 400 millones, y todas ellas, mientras nadaban dentro de tu madre, murieron todas, excepto tú. Sólo tú perseveraste dentro del amoroso calor del cuerpo de tu madre, buscando la otra mitad, una sola célula de tu madre, tan pequeña que se necesitarían más de dos millones de ellas para llenar una bellota. Sin embargo, perseveraste y encontraste la célula infinitesimal, te uniste a ella y empezó una nueva vida, tu vida.

Dos células, ahora unidas en un milagro, dos células cada una con 23 cromosomas y en cada cromosoma cientos de genes que regirán cada característica tuya, desde el color de tus ojos hasta el encanto de tus modales y el tamaño de tu cerebro. Con todas las combinaciones posibles, empezando por ese espermatozoide solitario de entre 400 millones de tu padre hasta los cientos de genes en cada uno de los cromosomas de tus padres, podría haber creado más de 300 millones de seres diferentes. Pero ¿a quién creé? A ti, único entre los únicos, un premio sin precio, poseedor de cualidades que nunca tuvo ni tendrá otro ser humano.

¿Por qué te has valorado en centavos, cuando tu valor es comparable a la riqueza de un rey? ¿Por qué escuchaste a quienes te menospreciaron? ¿Por qué los creíste? El único medio de triunfar es dar lo mejor de ti mismo. Avanza, camina otro kilómetro. No pienses que te están engañando, si rindes más de lo que se te paga. El mediocre nunca camina otro kilómetro, pero tú no eres mediocre. Eres el milagro más grande del mundo. Sé paciente en tu progreso. Tú no eres un esclavo de fuerzas que no puedes entender. Eres una manifestación libre de mi Ser, de mi AMOR. Y yo te creé con un propósito. Me necesitas y te necesito. Tenemos un mundo que reconstruir juntos. Yo jamás he perdido mi fe en ti. Te di el poder de pensar, el poder de elegir. Y puedes degenerar en la forma más baja de vida como renacer en la forma más elevada. ¿Qué has hecho con este tremendo poder?

Examina todas las elecciones que has hecho en tu vida y recuerda aquellos amargos momentos en los que caerías de rodillas, si tan sólo tuvieras la oportunidad de elegir nuevamente. Usa, pues, sabiamente tu poder de elección. Elige amar en lugar de odiar, elige curar en lugar de herir, elige alabar en lugar de criticar, elige dar en lugar de robar, elige vivir en lugar de morir. Ahora ya sabes que tus desventuras no eran mi voluntad. Ahora eres sabio y eres capaz de realizar maravillas con tu vida. Nunca te menosprecies nuevamente. No te rebajes por las cosas insignificantes. Nunca más sientas compasión de ti mismo y cada día será para ti un nuevo desafío y una nueva alegría. No olvides que eres mi mayor milagro. Y yo te amo”.

TU PUEDES TRIUNFAR

En la vida cometerás muchos errores y tendrás muchos fracasos, pero lo que no puedes hacer es sentirte derrotado y sin ganas de luchar. En la vida hay algo peor que el fracaso: el no haber intentado nada. Cuando fracasases en algo, en que has puesto todo tu empeño, no te amilanes, levanta la cabeza y mira a tu Padre Dios, que te felicita con todo su corazón. Para Él sí has triunfado, porque has puesto alma, vida y corazón en la empresa y has hecho lo que creías que debías hacer. Para Dios el único fracaso es hacer las cosas sin amor y sin esfuerzo. Cuando amas y te esfuerzas, siempre triunfas. Así que no temas al fracaso, solamente teme al no esforzarte bastante y no amar lo suficiente. Además, con el fracaso puedes aprender a mejorar la próxima vez. Busca siempre las semillas del triunfo en todas tus adversidades.

Por otra parte, no eches la culpa de tus errores y fracasos a los demás. Es muy fácil pensar que los demás tienen la culpa y justificarse así. Pero, aunque así fuera, no te dejes llevar del odio o de la violencia. ¿Acaso el pensamiento de una “dulce” venganza te ayudará a dormir mejor esta noche? ¿Acaso el hacer daño al otro solucionará tus problemas? Todo lo contrario, el odio envenenará tu alma y te destruirá por dentro. Tampoco te encierres dentro de ti mismo para llorar sin esperanza. Dios sigue confiando en ti y dándote nuevas oportunidades. Quizás con ese fracaso quiere decirte que tiene algo mejor para ti y que debes cambiar de rumbo e ir en otra dirección. Por eso, mira siempre adelante, no te desalientes, la vida continúa. No te eches atrás. Mientras puedas vivir y amar, tu vida tiene sentido y estás haciendo mucho por la construcción de un mundo mejor, más humano y más feliz. Nunca digas que todo te sale mal, que tienes mala suerte, que quieres morirte y que quieres tirar la toalla y dejarlo todo...

Dios te ama y sigue confiando en ti. Pídele que te ayude, pero pon de tu parte todo lo que puedas, pues Dios no hace milagros sin necesidad y quiere que tú consigas las cosas con tu propio esfuerzo. No esperes que te caiga la lotería, trabaja, y Dios, tu Padre, se sentirá orgulloso de ti. Lo importante en la vida no es vencer siempre, sino no desanimarse nunca. Precisamente, un hombre es tan grande como lo es su voluntad. Y ésta se mide, cuando se encuentra ante los obstáculos.

Decía Lacordaire que *“cuando se quiere valorar a un hombre, es necesario probarlo. Si no se halla dispuesto al sacrificio, no hay por qué pasar adelante, se trata de un hombre vulgar”*. S. Agustín afirmaba que *“el precio del hombre es su voluntad”*. ¿Tienes una voluntad fuerte y constante? *“Cuando un hombre tiene fuerza para*

vencerse a sí mismo, puede creerse que ha nacido para grandes cosas” (Juan Bautista Massillon).

El hombre de voluntad cumple bien sus obligaciones, aunque sean desagradables. En cambio, el que es voluble, versátil y tornadizo... tan pronto es perezoso como diligente, afable o descortés, correcto o incorrecto. Este último difícilmente llegará a triunfar en la vida, porque le falta constancia y, con su inestabilidad, dejará pasar muchas oportunidades de triunfar. Tú has nacido para triunfar y, por eso, debes ser constante y decidido en tus empresas. Decía Og Mandino en su libro *“El vendedor más grande del mundo”*: *“Nací para triunfar, nací para alcanzar el éxito. Nunca jamás volveré a autocompadecerme ni a menospreciarme a mí mismo. Todos los días me bañaré en el dorado resplandor del entusiasmo. El día de hoy alzaré mi antorcha a lo alto y le sonreiré a todo el mundo. Nunca seré descortés con ningún ser viviente. Les sonreiré a los amigos y a los enemigos y haré todos los esfuerzos posibles para encontrar en cada persona una cualidad que pueda alabar, ya que he comprendido que el anhelo más profundo de todo ser humano es el ansia de ser amado y apreciado. Cada día procuraré hacer un poco más feliz o un poco más sabio, por lo menos a un ser humano. Quiero que nadie se aleje de mí sin ser mejor y más feliz. Además, realizaré las tareas encomendadas de la mejor forma posible. Siempre pondré toda mi alma en la tarea que tenga entre las manos. Daré lo mejor de mí mismo. No continuaré lamentándome ni maldiciendo a todo el mundo. Y juro y prometo que no me olvidaré de que el mejor talento, que Dios me ha dado, es el poder orar y comunicarme con Él, que es mi Padre. Y siempre me mantendré en contacto con Él a través de la oración”*.

Sí, tu Padre Dios quiere tu triunfo y tu realización personal. Cuenta con su ayuda y no te lamentes inútilmente de tu pasado. No vuelvas al pasado para dar vueltas y vueltas a lo que sucedió. El pasado está muerto y debes vivir el presente. No retrocedas atrás para mirar con tristeza y amargura lo que sucedió. El pasado, pasado está, *“deja que los muertos entierren a sus muertos”*. Mira al futuro, traza metas que conquistar o cimas que alcanzar. Corre riesgos, porque el que no se arriesga, no conseguirá nada. Atrévete a equivocarte. Vive con renovada ilusión cada día. Cada día es nuevo, cada flor es nueva, cada rostro es nuevo, todo el mundo es nuevo cada mañana para ti. Abraza tu vida cada mañana al levantarte y dile Sí a Dios, que te da los *“Buenos días”* con el resplandor de la aurora y te ama y te sonríe desde tu corazón.

Ahora bien, mientras vives bajo el sol de este mundo, debes prepararte para la prueba. Vive preparado, porque pueden sucederte muchas cosas desagradables. Pero no temas, Dios está contigo y te ama. Confía en su amor y en su poder. Él controla tu vida y puedes fiarte de Él, porque es tu Padre y nada te sucederá que no lo permita por tu bien (Cf Rom 8,28). Deja de derramar lágrimas sobre tus desgracias o, al menos, no te hundas en ellas. El fracaso es sólo un paso al éxito, si sabes aprender la lección. El fracaso puede ser tu mejor maestro en la vida. Por eso, libérate de todas las telarañas de tu mente y de todo tus pensamientos negativos que te llevan al pesimismo y al derrotismo. No dejes que tus preocupaciones por el futuro ensombrezcan el día que comienza. No pierdas el tiempo en pensamientos inútiles o que jamás pueden llegar a suceder. Preocúpate del presente. Deja que tu Padre Dios se preocupe de tu futuro.

Y comienza ahora mismo a pensar en el triunfo. Nunca olvides que siempre es más tarde de lo que piensas para comenzar de nuevo y no sabes si mañana tendrás

tiempo para mejorar y vencer. Aprovecha bien el tiempo y rinde al máximo en todas tus obras. Sé idealista y no te contentes con la mediocridad de los que te rodean. Ten siempre estrellas que alcanzar. Vuela alto como las águilas. Las ideas te harán fuerte, pero tus ideales te harán invencible. *“Los ideales son como las estrellas, nunca los alcanzarás totalmente, pero igual que los marineros en alta mar, trazarán tu camino siguiéndolas”*. Por eso, pon los ojos en las alturas para hacer posible lo que parece imposible. Di como Carnegie: *“My place is at the top”* (Mi puesto está en la cumbre). O como el emperador Carlos V: *“Plus ultra”* (más allá). Que tu lema sea *“Siempre Adelante”* o, como decían los antiguos romanos: *“Semper prorsum, nunquam retrorsum”* (Siempre adelante, nunca atrás).

Tú has nacido para triunfar. Tú has nacido para grandes cosas. Busca nuevos caminos y lánzate a la aventura por terrenos inhóspitos e inexplorados. Dios tiene grandes esperanzas en ti, no lo decepciones con tus dudas y desalientos. Haz las cosas bien hechas, no a medias. Sé como aquel gran pintor griego que decía: *“Pinto para la eternidad”*. Vive tú también para la eternidad y vive cada momento de tu vida con la máxima intensidad. Porque, como diría Dostoievski: *“Eres ciudadano de la eternidad”*.

Cuenta con la ayuda de tu Padre Dios y camina hacia el éxito. Dios quiere hijos triunfadores, orgullosos de su dignidad, luchadores hasta el final. Y, si amas de verdad a todo el mundo, el triunfo está asegurado, porque *“el amor es nuestra victoria”* (S. Agustín). Y ahora dile a tu Padre Dios:

Padre mío, acepto mi vida tal como tú me la has dado. Acepto mis limitaciones y te doy gracias por haberme hecho así. Te entrego todo mi pasado con mis fracasos y debilidades. Te prometo que, a partir de ahora, lucharé con todas mis fuerzas para superarme, para desarrollar las cualidades que Tú, Padre mío, me has regalado. Sé que no puedo vivir, lamentándome continuamente, esperando que me caiga la lotería o que tú me des las cualidades para poder triunfar con honores en esta vida, pero, al menos, me esforzaré en cumplir bien tu santa voluntad y ser fiel a la misión que me has encomendado. Porque sé que para Ti no hay misiones ni vocaciones pequeñas. Lo importante es el amor que se pone en ellas.

Padre, dame humildad para aceptarme con mis limitaciones. Dame fortaleza para luchar, dame paciencia para intentarlo una y otra vez. Dame amor para amarte sin descanso y dame la alegría de vivir para Ti y para los demás. Sé que, si así lo hago, habré triunfado a tus ojos y eso me basta. Gracias, Padre mío.

VIVE CADA DIA EN PLENITUD

Hoy es el día más importante de tu vida. Por eso, aprovéchalo bien para hacer algo útil y hacer felices a los demás. Aléjate del síndrome de hacer sólo *“lo estrictamente necesario”*, es decir, lo mínimo indispensable. Eso es sólo para los flojos, pero tú eres un hijo de Dios y debes emplearte a fondo y esforzarte al máximo. No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. No vayas postergando las decisiones indefinidamente. Aprovecha bien el tiempo y no lo desperdicies, porque el tiempo es oro. Es más grave perder el tiempo que el dinero. El dinero lo puedes recuperar, pero el tiempo nunca volverá. Hoy es el primer día del resto de tu vida, vívelo con entusiasmo y escribe la mejor página del libro de tu vida.

Sonríe a la vida que te saluda con el aroma de una flor, con un lindo amanecer, con la inmensidad del mar, la puesta del sol o la sonrisa de un niño o de un amigo que te saluda al pasar. ¡Hay tantas cosas buenas y bellas, que Dios nos ha regalado para disfrutarlas y alegrarnos con ellas cada día!

No niegues a nadie tu saludo o tu perdón. No importa lo que hagan o digan de ti. Dios los juzgará, tú ámalos. Gánate amigos, hablando de lo que a ellos les gusta y elogiándolos sinceramente por las cosas buenas. Nunca acudas al insulto o al menosprecio para defenderte. No ridiculices a nadie por sus defectos. Sé grande para comprender y perdonar. Pero nunca acudas a la adulación falsa y barata, porque, como todo lo falso, es malo. Pero sé generoso en el elogio de las cualidades ajenas. Y no tengas envidia de los triunfos de los otros, alégrate con ellos. Y, si no eres capaz de ello, al menos, cállate y no hables mal de nadie. Como principio de tu vida, nunca mientas, sé transparente y limpio en tus obras y acciones. No acudas al engaño, no hagas de tu vida una mentira existencial.

Trata siempre de que el otro se sienta importante, habla de tus propios errores antes de criticar a los demás. Evita toda discusión, porque la única manera de ganarla es evitándola. Si estás equivocado, sé humilde para reconocerlo rápida y sinceramente. Y ten paciencia con quienes son orgullosos y nunca dan el brazo a torcer. Cuando tengas que mandar algo, no lo hagas directamente, a nadie le gusta recibir órdenes. Pídelo como un favor o hazlo por medio de una pregunta. Interésate sinceramente en los asuntos de los demás. Decía el poeta romano Publio Syro que *“nos interesan los demás, cuando se interesan por nosotros”*. Ciertamente que para tu vecino es más importante un dolor de cabeza que una epidemia en Afganistán. Para él es una desgracia mayor su dolor de muelas que un terremoto de millones de muertos en Africa. Piensa en esto, cuando hables con él, y preocúpate de sus problemas y ofrécele tu sincera colaboración.

No te enfades, simplemente, porque las cosas no te salen como lo habías previsto. Contrólate, no llenes del veneno de tus gritos y ofensas a todos los que te rodean y, si te excedes, reconócelo y pide disculpas inmediatamente. Decía Saint Exupery: *“No tengo derecho a decir o hacer nada que disminuya a un hombre ante sí mismo. Lo que importa no es lo que yo pienso de él, sino lo que él piensa de sí mismo. Herir a un hermano en su dignidad es un crimen”*.

Hay que amar siempre y a todos sin excepción para hacerlos felices. Jean Vernier, el fundador de las comunidades “El Arca”, donde recogen personas subnormales, nos habla de esta necesidad de amar a los demás para hacerlos felices. Afirma: *“Por veinticinco años he tenido el privilegio de vivir con hombres y mujeres subnormales. He descubierto que, aunque tengan serios daños en su cerebro, ésa no es la fuente de su dolor más grande. Su mayor dolor viene del sentimiento de que nadie los quiere. El sentimiento de ser vistos como feos, sucios y sin valor... Ése es el dolor que he descubierto en los corazones de estas personas.*

Mi experiencia me ha demostrado que, cuando descubren que son queridos y amados tal como son, ocurre una verdadera transformación, incluso, diría resurrección. Su cuerpo tenso, temeroso, deprimido, se convierte en un cuerpo relajado, pacífico y confiado. Esto se ve a través de la expresión de su rostro y a través de todo su porte

exterior. Cuando descubren que se los ama y forman parte de una familia, entonces, comienza a surgir en ellos el deseo de vivir”.

Recuerdo el caso que me contó una religiosa, de un hombre minusválido que estaba solo en la vida y tenían que expulsarlo de todos los centros de acogida a donde iba. Era una persona llena de rencor y de violencia. No amaba, porque creía que nadie lo podía amar así como era. Su vida era muy triste. Un día llegó a una casa de caridad y pensaron también en expulsarlo. Pero ese mismo día proyectaron la película *“La bella y la bestia”*. Y, al hacer la evaluación entre todos, él dijo: *“Cuando uno se siente amado, deja de ser una bestia”*. Aquella película le había impactado positivamente y creyó que podía ser amado, como el hombre-bestia de la película. Empezó a creer en la sinceridad de las personas que lo rodeaban y todos empezaron también a demostrarle amor y comprensión. Poco a poco, empezó a cambiar su carácter y se hizo menos agresivo y más amable. Y se convenció de que él también, con todas sus limitaciones humanas, era un hijo de Dios y que Dios lo amaba de verdad. Murió al poco tiempo, pero su entierro atrajo a muchas personas, incluso el obispo auxiliar del Cardenal Leger de Quebec, estuvo presente. El amor había transformado su vida.

Por esto, ama a los demás sin esperar recompensa. Leo Buscaglia decía: *“No te canses nunca de decir al otro que lo quieres, que significa mucho para ti, que esperas mucho de él. Sólo así superarás su inseguridad y tendrás un verdadero amigo. Él necesita oírlo mil veces, no te canses de repetírselo... y así tú mismo encontrarás tu propia felicidad. Valora y aprecia lo bueno que hay en los demás. Diles muchas veces con palabras o sin palabras que los quieres. Nunca creas que se lo has dicho bastante. El amor nunca se da por supuesto. Atrévete a amar a los otros una y otra vez sin cansarte jamás”*. No escatimes los elogios sinceros. Los elogios son la luz del sol para el espíritu, no podemos vivir sin ellos. Y, sin embargo, qué fácilmente caemos en aplicar a los otros el viento frío de la crítica en lugar de la luz cálida del elogio.

Y ahora dite a ti mismo: *“sólo por hoy trataré de ser feliz y hacer felices a los demás. Sólo por hoy sembraré de alegría y sonrisas las vidas de mis hermanos. Sólo por hoy”*. Las metas a corto plazo se cumplen mejor. No tengas prisa en hacer cosas y más cosas. Disfruta con calma de las flores, de las montañas, de los ríos, de los pájaros. Observa el sol que descende sobre la verde hierba, la puesta del sol sobre el mar, una noche estrellada y busca la paz junto al manantial o la inmensidad de la pradera. Dios te habla a través de la naturaleza y ¿con quién podrías estar mejor que con tu Padre Dios?

Disfruta de este día. Cada día es una nueva vida para el hombre sabio. Piensa que este día nunca más volverá a amanecer. Aprovechalo y sigue avanzando por el camino de la vida. No te detengas, no te canses de hacer el bien ni de sonreír, incluso a tus enemigos. No te lamente continuamente de lo que te falta. Tienes demasiadas cosas, eres demasiado rico.

Y, cuando cometes errores, perdónate a ti mismo, riéte de ti mismo, ten sentido del humor y no te hundas en tu propio pesimismo. Si los demás se ríen de ti, déjalos, Dios te felicita por haber hecho las cosas lo mejor que pudiste y con buena voluntad. Pero nunca te dejes arrastrar de lo que dicen y hacen los demás. Sé un hombre con ideas propias, con personalidad definida, con luz propia, que no se deja convencer fácilmente por la propaganda y sabe pensar por sí mismo. Lucha siempre por tu propia superación, nunca te quedes estancado, sigue adelante sin cesar.

Y, cuando haya cosas que no puedas cambiar, dile a tu Padre celestial: ***“Padre mío, concédeme serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que puedo cambiar y sabiduría para discernir la diferencia”***. Así dicen los alcohólicos anónimos. Y añaden: ***“Sólo por hoy me mantendré sobrio”***. Sí, sólo por hoy, mañana no sé, pero que cada día sea un hoy vivido en plenitud. De esta manera, cuando tus fuerzas declinen y tus cabellos estén ya blancos como signo de madurez, podrás decir lleno de alegría: ***“No he vivido inútilmente”***. Para que eso se haga realidad y Dios, tu Padre, esté contento de ti y cumplas bien tu misión en este mundo, comienza hoy mismo el largo camino que te queda por recorrer. Y di con Og Mandino: ***“Hoy comienzo una nueva vida. Hoy me levanto cantando, hoy es el mejor día de mi vida. Hoy saludo este día con amor en mi corazón. Y les diré a todos, aunque sea en silencio, que los amo. Gracias, Señor, por el regalo de este nuevo día”***. Y tu Padre Dios podría decirte:

Hijo mío, todavía no he terminado contigo. Tienes mucho camino por delante. Todavía no eres todo lo que puedes llegar a ser. Por eso, no te contentes con ser primavera sin flores ni cielo sin estrellas. Sé luz, sé estrella, sé poeta de la vida, sé santo, hijo mío, y avanza un poco más cada día por el camino del amor.

- Sí, Padre mío, quiero ser un verdadero hijo tuyo y que te sientas orgulloso de mí, quiero ser un ángel en la tierra, un capullo que se abre a la vida sincera y al amor, quiero sembrar cada día de rosas y alegrías las vidas de mis hermanos. Amén.

SE TU MISMO

Hay muchos jóvenes que les gusta imitar en todo a sus ídolos favoritos. Visten como ellos, hablan como ellos, se peinan como ellos, etc., etc. Cuántas jovencitas, cuando asisten a espectáculos donde actúan sus ídolos, toman actitudes histéricas y son capaces de todo con tal de poder acercarse a ellos y abrazarlos. No se dan cuenta que son ídolos de barro que, cualquier día, se caen de su base ¿De qué les sirvió todas las imitaciones?

Eres un ser único y debes ser tú mismo. Dios quiere que seas lo que debes ser, de acuerdo a tu vocación y a tu misión en el mundo. No desperdicies tus energías en imitar a los demás. Sé sincero contigo mismo y con los demás y vive tu vida de verdad. No te desalientes, si no puedes llegar a ser un gran hombre, con fama internacional. Descubre tus cualidades y no te empeñes en ser lo que no puedes llegar a ser. Si eres cojo, no podrás ser un gran corredor; si eres enano, no podrás ser un buen basquetbolista; si eres corto de inteligencia, no podrás ser un gran intelectual, pero tienes otras cualidades que Dios te ha dado y con las cuales podrás realizarte como persona y ser feliz.

Mira, ha habido grandes hombres que han tenido que superar muchas limitaciones personales. Helmholtz, el eximio físico, era hidrocefálico. Descartes, Kant y Milton eran de salud delicada y con un cuerpo nada hermoso. El gran orador griego Demóstenes, de niño, era un pobre huérfano tartamudo, pero con esfuerzo y ejercicio llegó a ser un famoso orador, cuyos discursos se leen todavía después de 2,300 años. Por eso, supérate, dale importancia a las cosas pequeñas, porque nada hay realmente pequeño, si el amor es grande. No seas ocioso, porque la ociosidad es la madre de todos los

vicios. Ojalá tu divisa fuera la de Walter Scott: *“No estar jamás ocioso”*. Sé responsable para dar en cada momento lo mejor de ti mismo, no hagas las cosas a medias. Por muchas dificultades que te sucedan en la vida, siempre hay algo que puedes hacer para superarlas y piensa que tu Padre Dios te está mirando y alentando y quiere sentirse orgulloso de ti, su hijo.

Para realizarte, según el plan de tu Padre Dios, debes amar. Sin amor nunca serás feliz y tu vida estará vacía y sin sentido. Pero la felicidad no la encontrarás en los cines, en los bares, en los cabarets... ni en las cosas materiales y, mucho menos en la droga, el alcohol, o el sexo... La felicidad no se compra ni se vende. La llevas contigo, cuando Dios vive dentro de ti. Entonces, la alegría de Dios brillará en ti, porque *“cuando hay amor en el corazón, brilla el rostro de felicidad”* y tu sonrisa hermoseará tu rostro más que todos los cosméticos del mundo.

No te sientas esclavo del destino, tú haces tu destino. Dios te da la libertad para que guíes la barca de tu vida hacia el bien o hacia el mal. ¡Qué bello debió ser el hombre en el momento en que salió de las manos del Creador en aquel primer día de la humanidad! ¡Cuánta alegría irradiaría por su semejanza con Dios! Pero pronto se vio afeado y sucio por el pecado y Dios tuvo que perdonarlo y limpiarlo y prometerle un Salvador. Sí, nadie puede imaginar la belleza del alma en gracia de Dios. Porque, si es bello el sol, cuando brilla en todo su esplendor, mucho más brillante es la sonrisa de un ser humano. Si es hermosa el alba en primavera o una linda puesta de sol, mucho más hermosa es la mirada del hombre puro o la sonrisa de un niño. ¿Qué pasaría, si hoy tuvieras que morir? ¿Estarías suficientemente limpio y bello para presentarte a la presencia de Dios? ¿Qué harías, si sólo te quedaran veinticuatro horas de vida?

El tiempo vuela. ¡Cómo pasan los días, los meses, los años! Decía Herbel: *“el que soy saluda tristemente a aquel que podría haber sido”*. ¿Estás satisfecho de tu vida? Todos los niños llegan a envejecer, todas las flores se marchitan, todas las mañanas llegan a la noche, todas las primaveras se transforman en invierno, todos los hombres llegan a morir. Tú también morirás, piénsalo y vive para la eternidad. Que cada día, al anochecer, puedas decir: *“Señor, hoy no solamente me he hecho más viejo y me he acercado un poco más a la muerte, sino que también me he aproximado más a Ti. Estoy un poco más maduro y soy un poco más puro y digno de Ti”*.

Pero no todo termina con la muerte. Más allá de las estrellas y de la tumba, te espera tu Padre Dios con infinita bondad y vivirás feliz eternamente en la claridad de su luz divina para siempre. La muerte será para ti la puerta de entrada al paraíso. Sé tú mismo y trata de amar para encontrar así tu propia felicidad. Y ahora dile a tu Padre Dios:

*Padre, me pongo en tus manos,
haz de mí lo que Tú quieras,
sea lo que sea, te doy las gracias.*

*Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
con tal de que tu voluntad se cumpla en mí
y en todas tus criaturas.
No deseo nada más, Padre.*

*Te confío mi alma, te la doy
con todo el amor de que soy capaz,
porque te amo y necesito darme,
ponerme en tus manos, sin medida,
con una infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.*

Charles de Foucauld

HIJO DE DIOS

Tú eres un hijo de Dios. El Creador del Universo es tu Padre y tú puedes decirle con plena confianza: *“Abba, papá”* (Rom 8,15). Todos los tesoros del Universo son tuyos, porque son de tu Padre. El Papá de Jesús es tu Papá. ¿Te parece poca tu dignidad? Eres príncipe del Reino celestial. ¿Por qué entonces te valoras tan poco y te crees una basura o como si fueras un número más entre los millones de hombres del mundo entero? Dios te conoce por tu nombre y apellidos y te ama personalmente, con amor infinito. ¿Cómo podría olvidarse de ti, si eres su hijo?

Él te dice: *“Aunque una madre se olvide de su hijo, yo no me olvidaré de ti”* (Is 49,15). *“Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”* (Sal 2,7). *“Yo soy tu Dios... eres a mis ojos de gran precio, de gran estima y yo te amo mucho. No tengas miedo, porque yo estoy contigo”* (Is 43,3-5). *“Y te he amado desde toda la eternidad”* (Jer 31,3).

Sí, *“somos hijos de Dios y, si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo”* (Rom 8,17). Por eso, podemos pedirle con confianza todo lo que necesitamos. Nos dice Jesús: *“Pedid y recibiréis, porque quien pide, recibe... Si vosotros siendo malos, dais cosas buenas a vuestros hijos ¡Cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan”* (Mt 7,7-11). *“No andéis angustiados, buscando qué comeréis o que beberéis, nuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas esas cosas. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura”*(Lc 12,29-31).

Ahora bien, si somos hijos del mismo Padre, también somos hermanos unos de otros. Por eso, debemos compartir nuestros bienes sin ser egoístas. *“El que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve”* (1 Jn 4,20). *“El que aborrece a su hermano está en tinieblas”* (1 Jn 2,10). Nunca desprecies a nadie por ser más pobre o ignorante que tú. No lo hagas nunca, porque es tu hermano.

Vive de acuerdo a tu dignidad, superior a la de todos los reyes de la tierra. Ojalá que tu Padre Dios se sienta orgulloso de ti. Imagínate que tú tienes un hijo, a quien le das la mejor educación, la mejor atención personal, asistencia médica total, viajes, educación, facilidades para su realización personal... y a la edad de veinticinco años te das cuenta de que vive sin rumbo y sin ideales, que no quiere trabajar, que sólo piensa en fiestas y diversiones, que lleva una vida triste y vacía, sin pena ni gloria. ¿No te

sentirías decepcionado de tu hijo? Pues piensa cómo se sentirá Dios de tantos hijos mediocres y desorientados que se arrastran por el mundo.

Tú debes ser hijo de Dios a tiempo completo y para siempre. Vivir en cada momento conforme a tu categoría “real”. Como aquel hombre que vino un día a visitarme y me enseñó su tarjeta de visita. Decía: “N.N.N. hijo de Dios”. En lugar de poner su título y su profesión, sólo decía “hijo de Dios”, porque es la mayor categoría que un hombre, por pobre que sea, puede poseer.

Sí, tú eres hijo de Dios y eres tan importante para Él que tiene todo su tiempo exclusivamente para ti. A cualquier hora del día o de la noche que lo llames está pendiente de ti y no necesitas hacer colas ni citas especiales ni pagar entrada. Él es tu Padre y te recibe sin hacerte esperar. Incluso, antes de que lo llames ya te está esperando, sobre todo, en la Eucaristía. Acude allí a visitarlo y a conversar con Él todos los días. Háblale conmigo en este momento y dile que te dé la paz que necesitas para aquietar tu espíritu, lleno de tantas preocupaciones de la vida diaria.

Padre mío, dame la calma interior. Dame paz. Quítame la tensión de mis nervios. Enséñame a tomarme vacaciones constantes de a minuto. Que cada minuto sepa levantar mi corazón a ti para decirte que te amo. Que sepa descansar, acordándome de ti en medio de la tensión y del trabajo agobiante en que me encuentre. Hazme comprender que Tú no quieres las prisas ni los nerviosismos ni las tensiones. Que tú eres un Dios de paz. Déjame levantar los ojos hacia los montes silenciosos, inmóviles, eternos... Hacia el cedro majestuoso que creció tanto, porque tuvo paciencia y supo esperar. Aquieta mi espíritu para que sepa apreciar los valores perdurables de la vida: el amor, la comprensión, la esperanza, la ternura, el cariño, que veo en los ojos de los niños y en las personas que me aman. Que sepa crecer hacia las estrellas y volar a las alturas para encontrar tu paz. Haz que sepa perdonar y amar siempre. Gracias, Papá.

HIJO DE MARIA

Si eres verdadero hijo de Dios, serás también verdadero hijo de María. Eres hijo en el Hijo y, por tanto, María te acepta como Madre. Así te la entregó Jesús desde la cruz, cuando te dijo: “Ahí tienes a tu Madre” (Jn 19,27).

María es tu Madre y siempre vela por ti. Ella es como aquella madre que un día de invierno, en que el oleaje de las olas del mar era especialmente turbulento, estaba esperando a sus hijos a la orilla del mar. Pero llegó la noche y no habían regresado a casa y ella temió por su vida, el mar parecía estar cada vez más agresivo, con vientos huracanados, ante los cuales una pobre barquita no podía hacer nada. Ella, angustiada, rezaba con algunas mujeres del lugar. Los hijos en alta mar, desesperados, remaban con todas sus fuerzas, pero, al llegar la noche, estaban totalmente desorientados y no sabían a dónde dirigirse, porque no había faro en aquel lugar... A medianoche, de pronto, escucharon unos cantos a la Virgen María... y hacia allí se dirigieron, pudiendo así salvar su vida. ¿Qué había sucedido? Que aquella buena madre, al darlos por perdidos, lo mejor que se le ocurrió fue cantar a María para que ella, como Madre, los cuidara y protegiera, y aquellas canciones a María fueron la luz en la noche para aquellos perdidos y desorientados marineros.

María es para ti y tus hermanos la estrella del mar, la luz en la noche, la alegría de los tristes, el refugio de los pecadores, la madre que siempre nos espera para llevarnos a Dios. ¡Cuánto la amaban los primeros cristianos, no sólo los apóstoles y quienes tuvieron la suerte de conocerla personalmente, sino también aquellos cristianos del siglo II, que oyeron hablar de ella con tanto amor! Ellos, en las catacumbas de Sta. Priscila, dejaron la imagen de María llena de estrellas con el niño Jesús entre sus brazos. Allí se recogían para orar en medio de las persecuciones y allí la pintaron para mirarla e imitarla y manifestarle todo su amor de hijos ¿y tú? Aunque seas pecador ella te ama e intercede por ti ante su Hijo Jesús, que, por hacerla feliz, no le niega nada. Ella es la omnipotencia suplicante, que todo lo obtiene con su intercesión.

Piensa en la historia de Coriolano, el famoso patricio romano que por su orgullo fue condenado a destierro, el año 491 a.C. Entonces, él lleno de venganza organizó a los volscos, enemigos de los romanos, y los lanzó contra Roma. Ya estaban a las puertas de la ciudad, cuando los romanos, llenos de temor ante el avance irresistible de Coriolano, enviaron como mensajeros de paz a sus antiguos amigos patricios para aplacarlo, pero no les quiso recibir. Después enviaron una comisión especial, compuesta de sacerdotes, y tampoco fueron recibidos. Por fin, como último recurso, los romanos le pidieron a su propia madre que fuera a interceder por la ciudad. Y ella consiguió lo que nadie había podido ni hubiera podido conseguir de aquel pagano lleno de odio contra su pueblo. Así es María, intercede por ti ante su hijo y te salva de las terribles consecuencias de tus pecados. Ella es el ideal de la mujer, ella nos ha traído a Jesús y con Él la alegría y la paz del mundo. Junto a Jesús siempre debes buscar a María.

El famoso filósofo americano Emerson, narra un suceso que le ocurrió un cálido día de verano. Subió cansado a un autobús y se recostó en su asiento. Otros pasajeros también estaban cansados, aburridos y sin muchas ganas de conversar. A medio camino, subió una mujer joven con su niño. Un niño hermoso, como todos los niños. De pronto, cambió totalmente, como por encanto, el ambiente del autobús. La madre lo sostenía con tanto amor y le hablaba con tanto cariño... y aquel niño se reía y hacía preguntas inocentes y le mostraba tanto cariño a su madre, que todos los pasajeros fijaron su atención en ellos y se sonreían con las ocurrencias del niño y de aquella madre que tanto se querían.

Pues bien, hacía muchos millares de años que el autobús de la tierra seguía su marcha por el Universo con millones y millones de pasajeros, la mayor parte aburridos, cansados, tristes, sin esperanza. Pero hace dos mil años, de pronto, subió a nuestro autobús de la tierra una mujer joven, llamada María, con su hijo en brazos. El niño era bello y sonriente y apenas ocupó su sitio en un rincón del mundo, en la cueva de Belén, el alma de los pasajeros se sintió emocionada y cobró nuevas fuerzas y esperanzas. La ternura de aquel niño y de aquella madre conmovieron el mundo y, desde entonces, su historia nunca ha dejado de contarse. Pero hay algo más hermoso y es que ellos, aunque no los veamos, siguen viajando con nosotros en el mismo autobús, y siguen estando realmente presentes con nosotros en la Eucaristía. ¿Por qué no permites que sean parte de tu familia y parte de tu vida? ¿Por qué no les permites entrar en tu corazón y decirles que los amas?

En cierta ocasión, una señora protestante se acercó al gran obispo húngaro Tihamer Toth y le dijo: *“No soy católica; pero, desde hace diez años, vengo a esta Iglesia a escuchar sus homilias y ahora quiero hacerme católica.*

- *Y dígame ¿qué es lo que más le ha llevado a tomar esta decisión?*

- *En primer lugar y, sobre todo, la presencia de Jesús en la Eucaristía. Yo quiero tener a Jesús todo entero y recibirlo en la comunión. También me ha atraído la confesión, porque mi alma necesita recibir el perdón de Dios, según la promesa de Jesús: “Al que perdonen los pecados, le serán perdonados”.*

Pero hay otro punto para mí muy importante, es el amor de María. Veo que los católicos la aman como una madre. Y yo quiero también amarla y honrarla como a una verdadera madre mía.”

Sí, María te lleva a Jesús, no te roba el amor de Jesús. *“María es el camino seguro para encontrar a Cristo”* (EA 11). Ella te inspira pureza, cariño, ternura, amor y confianza como buena madre. ¡Cuántas bendiciones ha recibido la humanidad a través del amor de María! ¡A cuántos ha salvado Dios por medio de ella! ¡Cuántos milagros realizados por su intercesión en Lourdes y Fátima! ¡Cuánta bondad ha inspirado siempre a todos los que con devoción han recitado el Ave María! ¡Cuántos soldados habrán muerto con el Ave María en sus labios! ¡Cuántas madres la invocan para pedir por sus hijos ausentes o alejados!

Desde que en Belén aquella madre bendita dio a luz a Jesús, la dignidad materna se enalteció. Cuántas veces diría Jesús con amor infinito a María: *“MADRE”*. Desde entonces, es santo para todo hijo bien nacido el nombre de *“Madre”*. Por eso, en estos tiempos en que vivimos, donde la lujuria impera por todas partes, donde el sexo parece que es dueño de la vida de los hombres... En este mundo en que muchas mujeres ya no valoran la virginidad, necesitamos verdaderas madres que no maten a sus hijos por el aborto. Necesitamos mujeres que sepan velar sin cansarse ante la cuna de su hijito enfermo, que sepan enseñarles a rezar. Madres, cuyas sonrisas y amor inunden de alegría su familia y su hogar. Felizmente, todavía hay mujeres que tienen la mirada limpia y el corazón lleno de pureza. Y, sin embargo, todavía algunos no comprenden la bendición enorme que ha sido para el mundo la existencia de María, la más digna de las madres, la mujer más pura, que nos inspira amor y ternura. Por esto, decía el Papa Pío XII, en la encíclica sobre la sagrada virginidad, que *“un medio excelente para conservar y sostener la castidad es tener una sólida y ardiente devoción a María”*. Ella es la toda pura. Y Dios le dice: *“Toda hermosa eres, amada mía, y no hay mancha en Ti”* (Cant 4,7). El escritor español José María Pemán nos habla de *“la alegría y la gracia de sus ojos azules... como un perfume que pudiera verse”*. Otro poeta diría que

*Dios hizo de María un gran misterio
de amor, de pureza y de ternura
y al perfumar con ella nuestra historia
dejó en el mundo una sonrisa suya.*

Vete a Jesús por medio de María y, si su mirada se posa sobre ti, se apaciguarán las tempestades de tus pasiones; y tus pensamientos impuros huirán de su luz como el gusano huye de la luz del sol. María te inspirará ideales de pureza y santidad. Con ella tu alma se verá atraída hacia las alturas de una vida pura y con ella te será más fácil vencer las tentaciones.

HOMBRE PURO

En este mundo, lleno de impureza y de erotismo salvaje, en que parece que todo vale y que todo está permitido, tú debes ser un rebelde contra toda la basura que se te ofrece en revistas, películas, videos o conversaciones. Tú debes ser puro de pies a cabeza, como corresponde a un verdadero hijo de Dios. Un hijo de Dios, puro y limpio en pensamientos, palabras y acciones, que no se deja vencer por el ambiente y rechaza todas las insinuaciones pecaminosas que le hacen los falsos amigos.

¿Recuerdas la historia de Hércules, el gran héroe de las leyendas griegas? Puedes leerla en el tercer libro de las “Memorias” de Jenofonte. Allí se nos cuenta que un día, cuando era jovencito, se le presentaron dos mujeres. Una de ellas le dijo: *“Sígueme y te llevaré por un camino agradable y, mientras vivas, no tendrás sino placeres. Yo conozco el camino del placer sin el dolor”*. Al preguntarle cuál era su nombre, ella respondió: *“Mis amigos me llaman felicidad, mis enemigos, vicio”*. La segunda mujer le dijo: *“No le creas, no existe la felicidad sin trabajo y sin esfuerzo. Si me sigues, tendrás dolores, trabajos y sacrificios, pero serás feliz”*.

El vicio respondió: *“Ya ves lo que ella te ofrece, yo en cambio te llevaré fácilmente a la felicidad sin tanto sacrificio”*. *“Mentira, dijo la virtud ¿Qué felicidad puedes dar tú? Comes antes de tener hambre y bebes antes de tener sed. Empujas a tus seguidores al amor antes de la edad determinada por la naturaleza. Les acostumbras a divertirse por la noche y a dormir durante el día... Los dioses te arrojan de su compañía y los hombres de bien te desprecian... Por eso, los que me siguen sólo comen, cuando tienen hambre y beben solamente, cuando tienen sed. Así el pan y el vino tienen un gusto agradable. El sueño les es más dulce, porque no sacrifican ninguno de sus deberes y, cuando les llega el último momento, no caen en el olvido, sino que su recuerdo les sobrevive”*.

¿A quién seguirás tú? ¿Al vicio o a la virtud? Las tentaciones y los malos amigos te piden, gritando, que te alejes del camino de la pureza, que no seas niño, que no hagas caso de la religión, que el placer sexual siempre es bueno, porque es de Dios, etc. No escuches estas falsedades, controla tus instintos y pasiones, conserva tu corazón puro y tu alma limpia. Únicamente a ese precio podrás llegar a ser un hombre digno y honesto. Pero ¡Desgraciado de ti, si escuchas la voz del vicio y lo sigues y no lloras a tiempo sobre las ruinas de tu alma muerta o ensuciada por la inmoralidad!

¿Conoces lo que le pasó a Leonardo da Vinci? Un día quiso tener un buen modelo para el Cristo de su *“Última Cena”* y fue recorriendo las calles de la ciudad. Por fin, encontró a un joven hermoso, cantando en el coro de una Iglesia y lo llevó a su estudio para pintarlo como figura de Cristo. El joven se llamaba Pietro Bandinelli. Dos años más tarde, quería encontrar un modelo para Judas y se fue por las calles de mala fama de Milán para encontrarlo. Al fin, descubrió a un joven cuyos rasgos revelaban maldad y corrupción. Cuando el artista quiso empezar a pintarlo, el joven se echó a llorar amargamente y reconoció que era el mismo Cristo que había pintado en la *“Última Cena”*, era el mismo Pietro Bandinelli.

Piensa a dónde puede llevar la inmoralidad y el descontrol de una vida desordenada. No te creas tú inmune al contagio y aléjate del mal. ¿Has oído alguna vez hablar de Pandora, esa mujer de la mitología griega, que era hermosísima y que trajo

como dote al matrimonio una caja de oro? Cuando su marido la abrió, aparecieron todos los males, enfermedades y calamidades que han contaminado desde entonces el mundo entero. Sí, a veces, los placeres prohibidos se nos presentan en cajas doradas, en discotecas muy bien iluminadas o en mujeres de la calle que nos seducen con su belleza... Pero, si te acercas a ellas, te fabricas tu propia ruina. Quizás digas: lo haré una sola vez para probar ¿Estás seguro de que no lo harás nunca más? Sin vida pura, tu alma perecerá y con ella perecerá también la sinceridad, la honestidad y tu misma dignidad personal. Piénsalo bien antes de dar un paso en falso.

Si los cementerios hablaran, quedaríamos aterrados del número de hombres y mujeres víctimas del vicio impuro. No solamente el SIDA, también otras enfermedades y excesos que llevan a la tumba. Quiero recordar en este momento a aquella mujer que se casó con tanta ilusión, que amaba tanto a su esposo, y a los pocos días se contagió de sífilis... O aquella otra que fue contagiada de sida y ella se lo pasó a su niña, de la que estaba embarazada... Y ¡cuántos casos así! Vidas perdidas o marcadas definitivamente por un momento de placer impuro.

¡Cuántos jóvenes irresponsables que hasta la misma víspera de su matrimonio, en la fiesta de despedida de solteros, se atreven a manchar su alma y su cuerpo con cualquier prostituta que le presentan sus “queridos” amigos. ¿Es que ya no hay honor y dignidad entre nosotros? ¿Es que la pureza ya no tiene ningún valor? ¿Es que está de moda tener relaciones prematrimoniales? He conocido bastantes casos de jóvenes con sida que ya han muerto, casi todos ellos por excesos y desórdenes impuros. Al final, muchos de ellos se arrepintieron y se acercaron a Dios, pero su vida había quedado truncada para siempre. Nunca me olvidaré de aquel joven de treinta años, que sólo había tenido relaciones sexuales una sola vez con una prostituta y había quedado contagiado del sida. Tuvo que dejar a su novia, dejó de estudiar, ya no le interesaba nada, su vida para él estaba perdida. Y todo ¿por qué? Por un momento de placer.

En un billete de 100 dólares estaba escrito: *“Por ti he vendido mi alma”*. ¿Qué querría decir exactamente el que lo escribió? ¿Quizás había entregado su inocencia y su virginidad por un placer sexual? ¿Nuestra alma no vale más de 100 dólares? No creas a aquellos que dicen: *“La castidad produce cáncer, vacúnate”*. Ningún hombre serio, ningún científico ha podido hasta ahora demostrar que la pureza produce enfermedades; en cambio, hay miles de libros, que hablan de los estragos de la inmoralidad. Ningún médico se atreverá a hablar de las enfermedades producidas por la castidad. Hay muchos miles de hombres y mujeres, consagrados o no, que pueden certificarlo con sus propias vidas.

Lamentablemente, hay muchos pueblos que han desaparecido por la inmoralidad, pero ninguno por sus buenas costumbres. El famoso escritor romano Silvano escribió sobre la losa sepulcral del Imperio romano: *“La única causa de nuestra caída fue la inmoralidad”*. Si lo crees, toma nota. Si no lo crees, ten cuidado, no caigas en la trampa. Cuidate del ambiente erótico que te rodea. No veas todo lo que echan en televisión, controla lo que ves o lees... No digas que quieres saberlo todo y probarlo todo ¿Qué dirías de aquel que va a una farmacia y compra un poco de todas las medicinas para probar que tal le sientan? Probablemente, se va a intoxicar o envenenar y, después, ¿de qué le habrá servido tanta “experiencia”? Cuidate de las fiestas en que hay excesos de licor, evita a toda costa los bailes deshonestos. Huye de las discotecas, donde abundan

estos bailes y donde el ruido intenso nubla el alma y va hundiéndola en el pozo sin fondo de las pasiones. Igualmente, cuídate de los videos y revistas pornográficos. Y haz lo que esté de tu parte para que otros sigan tu camino y eviten su propia ruina espiritual.

Cuando veas a una mujer, ve en ella la imagen de tu propia madre o hermana y no te permitas con ella lo que considerarías indigno que lo hicieran con tu hermana. Procede siempre con nobleza y respeto. Porque el primer efecto de un verdadero amor es inspirar un gran respeto. Si eres hombre de honor, sólo debes pensar en la mujer que será tu esposa. Por eso, evita jugar con los sentimientos ajenos y no llegues a la intimidad ni siquiera con tu novia. Debes saber esperar hasta que vuestro amor esté maduro para poder querer tener hijos. Comprométete ante Dios y tu conciencia como ya lo están haciendo muchos jóvenes actuales, cansados de tanta pornografía. Di: *“Quiero ser puro hasta el matrimonio”*. *“Puros hasta el altar, fieles hasta la tumba”*. Algunos antiguos romanos decían: *“Malo mori quam foedari”* (prefiero morir antes que mancharme). No seas de los que han perdido el control y son un poco más animales cada día. Tú ¿quieres ser animal o ángel de luz? Decía el poeta alemán Scheffer: *“Es mucho ser ángel, pero es más todavía ser hombre en la tierra y no ensuciarse con el barro”*. Cuídate del contagio que te rodea.

Hay un libro antiguo, que relata los acontecimientos provocados por la peste que devastó Italia en 1374. Dice así: *“Por todas partes se veían caras lívidas, en las casas donde antes resonaba la alegría, reinaba un silencio de muerte. Sólo se oía el rodar de las carretas fúnebres, yendo de casa en casa para recoger las víctimas de cada día. Hasta en el mismo cementerio el contagio hirió muchas veces al sacerdote y a los sepultureros... Los hombres, temerosos del contagio, no querían vivir unos con otros y evitaban encontrarse... Hubo calles en que no quedó vivo ni un solo hombre para contestar, cuando el coche fúnebre se paraba a la puerta y el cochero preguntaba, si había difuntos en aquella casa... Los tribunales se cerraron, nadie se preocupaba de la ley”*.

Eso ocurre hoy día a nivel espiritual. La peste de la inmoralidad sexual domina nuestras calles y ciudades. Pero vivimos alegremente, porque no vemos la ruina de nuestras almas. Y esta peste de la indecencia en el vestir, de la impureza de las costumbres, se mete hasta nuestras propias habitaciones a través de la televisión y hace perder la inocencia a los niños y hace caer por millares a los jóvenes y a no tan jóvenes. ¿Cuántos hombres caerán diariamente muertos en los cines, en las discotecas o ante la televisión? ¡Cuántos muertos, que caminan por la calle, que tienen nombre de vivos, pero están muertos! (Cf Ap 3,1). Y ¡cuántos abortos y cuántas infidelidades y cuántos divorcios y cuántos sufrimientos provocados por esta oleada de sexualidad brutal y descontrolada!

Si tuvieras que ir a un hospital y te dijeran que para entrar a visitar a un familiar debes cuidarte para evitar el contagio, ¿no lo harías? ¿Por qué no te cuidas del contagio de la inmoralidad que te rodea? Sí, es posible ser puro en estos tiempos y debes ser rebelde contra este mundo de impureza que te rodea y rechazar todo lo que pueda ensuciar tu alma. Hay millones de hombres en el mundo que lo hacen y muchos no son cristianos. Cuida tu vista. Si no tienes ojos puros, tu alma estará impura. Acude a María para que te ayude en tu lucha diaria por tu castidad. Y, si ya has caído y no puedes ofrecer a la que será tu esposa un cuerpo casto, procura a partir de ahora luchar con denuedo y defender tu pureza contra todos los agresores que te rodean. Guárdate limpio

y puro para Dios y para la mujer que un día será tu esposa. Y pide constantemente a Dios la gracia de la pureza, porque sin Él no podrás hacer nada.

Decía Guy de Larigaudie: “La pureza es una aventura imposible y ridícula, si no la vemos más que como algo negativo. Pero es posible, bella y enriquecedora, si se apoya sobre algo positivo: el amor de Dios, un amor vivo, total, el único capaz de saciar la inmensa ansia de amor que llena nuestro corazón de hombres... De Tahití a Hollywood, sobre las playas de coral o en el puente de los transatlánticos, he bailado con las mujeres más hermosas del mundo. No he querido recoger ninguna de esas flores que se me ofrecían o cuya conquista me hubiera apasionado. De nada servían los motivos humanos, ya que ninguno me hubiera convencido. Solamente, lo hice por amor de Dios, sólo por Él me mantuve indiferente... Ellas no podían entender cómo, aun en medio de la música del baile mi corazón dentro de mí cadenciara una oración y que esa oración fuese más fuerte que su encanto y su atractivo... En una ocasión tuve que huir de una mujer que se me ofrecía. Debía ser mestiza: hombros espléndidos, labios macizos, ojos inmensos. Era bella, salvajemente bella. No tenía que hacer más que una cosa. No la hice. Monté a caballo y partí a toda velocidad. Creo que en el día del juicio, si no tengo otra cosa positiva, podré ofrecer a Dios, como una gavilla, todos esos abrazos que, por su amor, no he querido dar. Para algunos quizás les pueda parecer imposible pasar toda la vida sin tener cerca la dulzura de una presencia femenina. Se consigue, esforzándose en reemplazar la necesidad del amor humano por un amor profundo a Dios. Teniendo siempre a Dios por compañero. Sin Él nada sería posible”.

Larigaudie, un gran aventurero que supo mantenerse fiel a sus principios cristianos y pudo mantener su pureza hasta la muerte, es un ejemplo para todos. Pero él reconoce que sin la gracia de Dios es imposible. Por eso, afirma que la comunión diaria era para él cada mañana el baño de agua que vigorizaba sus músculos y el alimento sustancial para reemprender el camino de la vida. Y escribe en su libro: “*Buscando a Dios*”:

“Dios mío, haz que nuestras hermanas las jóvenes sean armoniosas de cuerpo, sonrientes, y se vistan con gusto. Haz que sean sanas y de alma transparente. Que sean la pureza y la gracia de nuestras vidas rudas. Que sean sencillas, maternas, sin complicaciones. Haz que nada malo se deslice entre nosotros. Que seamos unos para otros fuente de riqueza interior. Danos la virtud de la pureza para respetarnos mutuamente y vivir siempre con tu alegría en nuestro corazón”. Decía Tagore que “la castidad es un tesoro engendrado por la abundancia del amor”.

Si eres joven, piensa en aquella que será tu esposa y la madre de tus hijos, pide al Señor por ella y dile:

**Señor, ya sueño con esa mujer que llegará a ser mi esposa.
Pensando en ella me siento más fuerte para superar la tentación.
Si ella es pura, yo no tengo derecho a ser impuro.
Señor, ¿cómo es ella? ¿Qué hace? ¿Dónde está?
Guárdame puro para ella y guárdala a ella para mí.
Quiero ofrecerle lo mejor de mí mismo:
un cuerpo sano y una mente limpia y una alma pura.
Quiero merecerla, trabajando, estudiando y cumpliendo mi deber.
Ya la quiero sin conocerla y me siento menos solo, porque sé que**

está en alguna parte.

Gracias, Señor, por su vida y por haber creado mi corazón para ella y el suyo para mí. Que estemos siempre unidos en tu amor y que con nuestros hijos podamos agradecerte y alabarte por toda la eternidad. Amen.

HOMBRE SINCERO

Si amas de verdad a Dios, debes ser sincero con Él y con los demás. La mentira es el engaño. ¿Te gusta que te engañen a ti? *“No quieras para los demás lo que no quieras para ti”* (Tob 4,15). Muchos mienten, porque son cobardes para enfrentar la realidad de sus errores; o por envidia para hacer creer que son mejores que los otros; o para sacar ventajas o para jactarse de cosas que no tienen (una bicicleta, un coche, etc.). También se puede mentir por decir las cosas a medias. Decía S. Agustín que las verdades a medias son mentiras enteras. Otros mienten, porque no son sinceros consigo mismos para seguir su conciencia y cumplir las leyes establecidas, por ejemplo, las normas de tráfico; simplemente, porque no los ven o no los pueden castigar.

Pero ¿qué dice nuestro Padre Dios? *“El Señor aborrece los labios mentirosos y le agradan los que actúan con sinceridad”* (Prov 12,22). Si mientes, irás perdiendo tu dignidad y desobedecerás a tu Padre, que te dice: *“No mentirás ni dirás falso testimonio contra tu prójimo”* (Ex 20,16). Por eso, *“no seas de los que colocan la mentira en lugar de la verdad”* (Rom 1,25). Jesús te dice: *“Di SI, cuando es SI, y No, cuando es NO, lo que pasa de ahí, procede del Maligno”* (Mat 5,37). Si todos mintieran, la vida social sería imposible ¿Cómo podríamos saber ni siquiera quiénes son nuestros padres? Nadie se atrevería a comer lo preparado por otro por temor a ser envenenado ni ponerse en manos de un médico, que podría matarlo. Por eso, la mentira es contraria a la paz y a la convivencia pacífica.

La mentira siempre menoscaba tu dignidad y es señal de debilidad y cobardía. Además, las mentiras son muy prolíficas, pues hay que seguir mintiendo para justificar la primera mentira. Sin embargo, tarde o temprano, se darán cuenta que eres mentiroso y desconfiarán de ti. Hay un refrán que dice: *“En vano se esconde el burro detrás de la puerta, se le ve la oreja”*. La mentira aparecerá tarde o temprano. No mientas. Debes ser hombre de palabra, un hombre de honor que respeta lo que dice. Debes ser un verdadero hijo de la luz, es decir de la verdad. *“Vive como hijo de la luz, pues el fruto de la luz es la bondad, justicia y verdad”* (Ef 5,8). Pero hay muchos que dicen mentiras llamadas “piadosas”, que no tienen nada de piadosas, porque se dicen para “quedar bien” y a la larga crean desconfianza. A menudo se dicen las cosas a espaldas del interesado, porque no somos capaces de decirlas de frente y con caridad. Preferimos criticar por lo bajo a aconsejar en privado. Sin embargo, corregir al que yerra es una obra de misericordia.

Otras veces, se prometen cosas que no se pretenden cumplir. ¡Cuánta mentira existe en el mundo por querer aparentar lo que no somos! ¡Cuánta mentira se vierte en los periódicos, revistas y programas de televisión! A veces, simplemente por halagar a los poderosos, por apoyar un partido político o por ventajas económicas. ¡Cuántas veces se dicen noticias ofensivas contra personas o instituciones sin estar debidamente

comprobadas! Cuánto daño se hace frecuentemente al honor de las personas y de las familias por la irresponsabilidad de los medios de comunicación social, que se creen con derecho a informar hasta la vida privada de las personas públicas. Además, con la propaganda masiva se pueden promocionar actitudes y formas de comportamiento contrarias a la moral y a la salud como el tabaco o los anticonceptivos, incluso abortivos. Por esto, la verdad debe ser la norma de todas las relaciones sociales. Sin embargo, algunos tienen como norma lo que dijo alguien hace mucho tiempo: *“Miente, miente que algo queda”*. De tanto como se repiten las mentiras, se termina por creerlas.

Recuerdo que Bernard Nathanson, el gran abortista norteamericano, convertido al catolicismo y que había practicado cinco mil abortos por sus propias manos, dice en uno de sus libros: *“En 1968 organizamos el movimiento proabortista en USA, cuando solamente el 1% era partidario del aborto. Las tácticas que empleamos y que se han empleado en otros países fueron dos grandes mentiras. Primero, falsear las estadísticas. Decíamos en 1968 que se practicaban en USA un millón de abortos, cuando sabíamos que no sobrepasaban los 10,000. Decíamos que las muertes por abortos clandestinos eran diez mil, cuando sabíamos que sólo eran doscientas. Esta táctica del engaño, si se repite mucho, acaba por ser aceptada como verdad. La segunda mentira fue tomar a la Iglesia Católica, o mejor a sus obispos y cardenales, como los culpables de que no se aprobara el aborto. Acusarlos de que se metían en política, cuando hablaban contra el aborto, y decir que eran reaccionarios. A los católicos, que no aceptaban el aborto, se les decía que estaban embrujados por la jerarquía, y a los que lo aceptaban, se les decía que eran modernos... Poniendo la etiqueta de católica a la campaña antiabortista, logramos que muchos protestantes y católicos “modernos” siguieran nuestras filas”*.

Campañas de esta naturaleza las hacen también algunos gobiernos para imponer sus ideas. Y ¿qué es, al fin de cuentas, toda la propaganda comercial, sino un querer imponer la necesidad de una moda o de ciertos artículos para que todos se sientan jóvenes y modernos? ¿Hasta cuándo vamos a vivir de ideas ajenas y no vamos a poder pensar por nosotros mismos? Procura ser siempre fiel a los compromisos adquiridos. No trates de aparentar lo que no eres. Sé sincero y fiel y nunca traiciones la confianza que los demás han puesto en ti. A veces, ciertamente, las tentaciones nos hacen tambalear en nuestra fidelidad a Dios y a los demás. Por eso, es tan importante que los casados y los religiosos y todos sin excepción, le pidan a Dios todos los días la gracia de la FIDELIDAD.

Hace unos años apareció en primera plana de muchos periódicos la noticia de la fidelidad de un perro *“pastor alemán”* belga, propiedad de una familia de españoles, que al haber éstos regresado a España, lo habían dejado abandonado. Un día lo encontraron a la puerta de su nueva casa en Gijón, al Norte de España. ¿Cómo el perro había viajado 2,000 Kms desde Monz, en Bélgica, hasta Gijón? ¿Cómo había sido capaz de encontrarlos y llegar hasta su misma casa? ¿Por qué fue capaz de hacerlo? La única respuesta posible es por amor y fidelidad a sus dueños.

Ojalá que también tú seas fiel a Dios y seas capaz de dar tu vida antes de ofenderle gravemente, o antes de renegar de tu fe o antes de traicionar tus compromisos serios adquiridos en la vida. El Señor te dice: *“Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida”*(Ap 2,10).

HOMBRE HONRADO

La honradez no es una cualidad muy frecuente en nuestro mundo. Precisamente, por eso, tú debes ir siempre con la conciencia tranquila. Debes ser transparente en tus palabras y obras, ser sincero en todo y honrado hasta en las más mínimas cosas. Nunca engañes para conseguir algún beneficio económico. No olvides que *“el afán del dinero es la raíz de todos los males”*(1 Tim 6,10). No seas como el rico tonto del Evangelio que se decía a sí mismo. *“Alma mía, tienes muchos bienes almacenados para muchos años, descansa, come, bebe y date buena vida. Pero Dios le dijo: tonto, esta misma noche te pedirán cuenta de tu alma y todo lo que has acumulado ¿para quién será? Así es el que atesora para sí mismo y no es rico ante Dios”* (Lc 12,19-21). De ahí que *“el que no es capaz de renunciar a todos sus bienes no puede ser mi discípulo”* (Lc 14,33).

No te olvides del joven rico, a quien Jesús miró con mucho cariño, poniendo muchas esperanzas en él. Quizás había pensado que fuera uno de sus más íntimos amigos. Y le dijo: *“Vete, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme. Pero ante estas palabras se anubló su semblante y se fue triste, porque tenía muchos bienes”*(Mc 10,21-22). En cambio, alaba a la viuda pobre que sólo tenía dos reales y los echa en la alcancía del templo. *“Porque los demás echaron lo que les sobraba, en cambio ella, en su indigencia, echó todo lo que tenía para vivir”* (Lc 21,4).

Nunca hagas del dinero el ideal de tu vida. Nunca robes ni siquiera pequeñas cosas, sé honrado hasta lo más mínimo. Nunca recibas sobornos por hacer servicios, trámites o fallos favorables. No abuses de la ignorancia o debilidad de los otros. Paga justamente a tus empleados, no cobres más de la cuenta por lo que haces. Una manera de robar es hacer los trabajos contratados mal hechos u omitirlos, no devolver lo que te han prestado o perder tiempo en tu trabajo y no rindiendo como debes. Nunca te aproveches de los bienes comunes, diciendo que te pagan poco o que son de todos. Paga tus impuestos con responsabilidad y evita el contrabando o ganar dinero con trabajos poco honrados. No te dediques a la venta de productos que hagan daño a los demás: cigarrillos, drogas, productos en mal estado.

Un caso especial es el de los traficantes de droga, cuya responsabilidad llega también a quienes la producen. Juan Pablo II los llama *“traficantes de la muerte”*. Ciertamente, el narcotráfico atenta contra la vida y está relacionado con otros desórdenes como el lavado de dinero, corrupción de autoridades, asesinatos, etc. Algunos de ellos, creen que con hacer obras de “caridad” lavan su conciencia, pero se les podría decir lo que dijo S. Pedro a Simón mago: *“Sea tu dinero tu perdición, pues has creído que con dinero podía comprarse el don de Dios”* (Hech 8,20). Pero mucho peor es, cuando las autoridades públicas fomentan el robo en connivencia con los malhechores o se aprovechan de los bienes comunes o aprovechan su puesto para sacar provecho propio y hacer favores remunerados.

Tu Padre Dios dice: *“El que robaba ya no robe, antes bien, trabaje honradamente con sus propias manos para que tenga algo que compartir con el necesitado”*(Ef 4,28). Que el pan que comes cada día tenga buen sabor para ti, porque te lo has ganado con tu esfuerzo y lo has compartido con lo más pobres. Nunca tires a la basura el pan o cosas

útiles que pueden servir a los más necesitados. No comas más de la cuenta ni gastes en lujos y cosas inútiles. Decía S. Ambrosio que *“lo que das al pobre no es parte de tus bienes, lo que le das le pertenece, porque tú te lo apropias y la tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos”*. No olvides que los demás son hijos de tu mismo Padre y que son tus hermanos.

La M. Teresa de Calcuta cuenta que un día llevó ocho kilos de arroz a una familia pobre. La mamá le dijo: *“Espere un momento”*. Fue a dar cuatro kilos a la familia vecina y le dijo: *“Madre, ellos también tienen hambre”*. Eso se llama compartir desde nuestra pobreza. Porque nadie puede ser feliz él solo, cuando sabe que a su lado hay gente con hambre y con dolor.

En otra ocasión, recibió la visita de dos jóvenes esposos que le dieron mucho dinero. Y al preguntarles el porqué, le dijeron: *“Madre, nos amamos tanto que hemos querido compartir nuestro amor con aquellos más pobres a quienes Ud. ayuda”*. Habían renunciado a todos los gastos de su matrimonio, al viaje de bodas, a los gastos de la fiesta, etc., y le habían traído todo el dinero que habían ahorrado, que era bastante, por ser de familia rica. No les había importado el que diría la gente, para ellos fue más importante compartir su amor con los más pobres. Eso se llama caridad y solidaridad. Eso es amor al prójimo. Eso es ser verdaderos cristianos e hijos de Dios, que aman a Dios en sus hermanos. Por eso, tú nunca robes, sino comparte lo que tienes. *“Dios ama al que da con alegría”* (2 Co 9,7). Y, si alguna vez robas, devuélvelo de inmediato y sé sincero para reconocer tu error.

Gandhi cuenta que, cuando tenía doce años, le robó a su hermano un brazalete de oro. Pero no podía estar tranquilo. Un día decidió confesarle todo a su padre. Y escribió su confesión en un papel. Y dice: *“Yo sé que mi confesión sincera llenó a mi padre de un sentimiento tal de confianza para conmigo que su cariño hacía mí se acrecentó. La confesión y la promesa de no volver nunca más a cometer ese pecado fueron la forma más pura de arrepentimiento”*. Ser honrado es ser sincero consigo mismo y con los demás. Es amar a los demás y compartir con ellos los bienes que Dios nos ha regalado.

Sé agradecido a tu Padre Dios por todos los bienes que te ha concedido. Y pídele el don de la generosidad para poder compartirlo todo con los más pobres y necesitados. Dile: *Gracias, Padre, por ser tu hijo. Gracias por todos tus regalos. Gracias por la comida de todos los días, por el trabajo y por la familia. Gracias por mis hermanos, que me dan la alegría de poder ayudarlos. Si no existieran pobres, tampoco tendría la alegría de compartir con ellos lo que tú me has dado. Gracias por mi fe católica. Gracias por todo.*

*A Ti Padre de la vida,
Principio sin principio,
Suma bondad y eterna luz,
con el Hijo y el Espíritu
honor y gloria, alabanza y gratitud
por los siglos de los siglos Amen.*

HOMBRE VALIENTE

Ser valiente significa luchar contra los propios vicios y pecados. Es defender siempre la verdad y la justicia. Es tener la fuerza de voluntad necesaria para poder actuar en todo momento con sinceridad, honradez, decencia y responsabilidad. Tú, como hijo de Dios, debes ser valiente para cumplir siempre tus deberes y obligaciones. Porque amar y perdonar a los demás, no siempre resulta fácil. Y menos aún denunciar las injusticias ante los poderosos, que pueden tomar represalias.

Por eso, comienza por eliminar de ti el egoísmo para que tu vida sea un servicio de entrega y amor a los demás, especialmente a los más pobres y necesitados. Busca colaboradores, porque la unión hace la fuerza. Y no te contentes con bonitos pensamientos, debes actuar. Decídate a hacer algo ahora mismo. No esperes que los problemas se solucionen por sí mismos. No tomes una actitud pasiva y pesimista. Si te lanzas a la acción, verás cómo ceden muchas dificultades. Y, aun en los casos más difíciles, recuerda que *“es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad”*.

Preocúpate de la felicidad de los demás, no te contentes con ser feliz tú solo. Lánzate audaz a la aventura de hacer algo por los demás. Sé valiente. Ciertamente, tendrás que soportar muchas incomprendiones, dificultades, problemas y, acaso la persecución, por defender la verdad y la justicia. Pero tú no cedas, mantente en tu puesto de combate y hazle frente al enemigo, sin acudir a la violencia. Cuentas con la ayuda de Dios, que nunca te abandonará. Quizás gustes los sinsabores de la cárcel o de las torturas, pero habrá valido la pena dar tu vida por Cristo.

Y ahora dile a Jesús con todo tu corazón:

Señor, Tú sabes que me gusta la comodidad, no sé privarme, frecuentemente, ni de los placeres permitidos que me ofrece la vida. En este mundo, en que todo es buscar el placer y la comodidad, a veces, me resultas incomprensible y exigente. Pero reconozco que he sido egoísta y solamente he vivido pensando en mí. Ayúdame a pensar en los que menos tienen y más sufren. Yo he sido uno de tantos culpables que no he querido ver su dolor y su miseria. Tú me recuerdas que este mundo material es pasajero y que tengo un alma, y viviré por toda la eternidad.

Ten compasión, Señor, de todos aquellos pobres que se sienten abandonados y su desesperación está en los límites de la rebeldía. Acuérdate de los que han tomado el camino de la violencia, de la delincuencia o del terrorismo.

No te olvides de esos obreros desorientados por el comunismo. Enséñales que Tú también trabajaste como ellos, para que sientan el orgullo de llamarse obreros y trabajadores. Dale a todos ellos la fortaleza, la paz y el amor que necesitan.

Te pido, Señor, fuerza para luchar y grandeza de alma para amar a todos sin excepción. Que sepa luchar para controlar mis instintos y adquirir así la madurez de la virilidad. Que comprenda la alegría de amar y respetar a los demás. Que me esfuerce por conseguir un cuerpo y un alma limpia de egoísmos y de vicios. Dame la sinceridad para no ser mentiroso, dignidad para vivir como verdadero hijo tuyo, constancia para perseverar en el bien, espíritu de sacrificio para ser más fuerte.

Señor, dame hombría para ser puro, brío para defender a mis hermanos, valentía para dar testimonio de ti y amor para amarte con toda mi capacidad de amar, aunque me

cueste y aunque me duela el privarme de mis gustos y caprichos. Que la pureza, la sinceridad, la responsabilidad y la honradez sean la norma de mi vida y pueda, al morir, dejar huellas en mi camino para que otros puedan seguir mis pisadas. Me gustaría que mi epitafio fuera: "Aquí yace un verdadero hijo de Dios". ¡Ah, y enséñame a orar y hablar contigo todos los días!

HOMBRE DE ORACION

"La oración, decía S. Agustín, es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios", ya que nuestro Padre Dios no puede negar nada, que sea bueno, a quien se lo pide con humildad. Por eso, Jesús nos dice: "Pedid y recibiréis" (Mt 7,7). "Todo cuanto pidieréis con fe en la oración lo recibiréis" (Mt 21,22). De ahí que todos los días debemos hablar con nuestro Padre Dios para exponerle nuestras necesidades y problemas. ¡Hay tanto que pedir y tanto que agradecer! Decía S. Agustín: "La gran sabiduría del hombre y toda su ciencia es ésta: saber que por sí mismo nada es y que, si algo es, lo es ciertamente por Dios" (En in ps 70; Sermo 1,1).

La oración es el alimento del alma, la energía del espíritu, ya que sin la oración nos faltará la fuerza de Dios para superar los problemas y tentaciones de cada día. Decía el premio Nóbel de Medicina Alexis Carrel, después de convertirse: "La oración es una poderosa energía del espíritu y su influencia sobre el espíritu y el cuerpo humano es tan demostrable como la secreción de las glándulas. La oración es una fuerza tan verdadera y real como la gravitación del Universo. Rezar es un acto de madurez, indispensable para el desarrollo de la personalidad. Sólo rezando se puede llegar a esa completa y armoniosa unión del cuerpo, de la inteligencia y del alma que da fuerza al frágil ser humano. La vida entera debe ser una plegaria, porque se vive como se reza".

Ahora bien, ¿qué es orar? Orar es hablar con confianza con nuestro Padre Dios, como un hijo habla con su padre. Orar es una comunicación personal y amorosa con Él. Puede ser con palabras o sin palabras, lo importante es el amor. Puede ser un amor silencioso o un silencio amoroso. Decía Sta. Teresa que lo importante no es pensar mucho, sino amar mucho. Y decía: "Orar es un tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama" (Vida 8,5). Sin embargo, es triste pensar que muchos ven la oración como si fuera una obligación y sienten disgusto y fastidio de orar.

¿Qué amor podría haber, si les resulta pesado hablar con su Padre Dios? Muchas veces, en mi vida religiosa he acudido a la oración sin saber qué hacer o decir. Simplemente leía o escuchaba los puntos de meditación. Pero pensar no es orar, porque falta amor. Otras veces, el cansancio me dominaba y me dormía. ¿Por qué? Probablemente, porque no tenía mucha voluntad de orar. Y para orar y amar hay que querer. El primer requisito indispensable para orar bien, es querer orar. Lo cual significa, muchas veces, tener que vencer el cansancio o el sueño o la pereza.

Es preciso hacer algo para decir y manifestar el amor a Dios. Se puede, simplemente y con sencillez, repetir sin cesar: "Jesús, yo te amo, yo confío en Ti". Y repetirlo miles de veces con amor o, al menos, con buena voluntad, aunque no se sienta nada. El Padre Dios se sentirá feliz y, el día y la hora que menos pensemos, nos hará sentir su paz y su amor. Lo importante es querer orar, estar con Él, lo cual es ya una

buena oración. He aprendido por experiencia que hay que dedicar tiempo a la oración. Si se quiere progresar en el amor, hay que buscar tiempo para estar a solas con Él.

Recuerdo que, después de un retiro espiritual, tomé la decisión de retirarme todas las mañanas una hora a orar yo solo. Para ello tuve que renunciar a muchos compromisos y a emplear mi tiempo en otras cosas útiles. Creo que fue una de las decisiones más importantes de mi vida. Observé que podía hacer más cosas de las que hubiera hecho sin oración. El tiempo de oración no era tiempo perdido para el apostolado, pues lo importante no es tanto la cantidad de tiempo empleado, sino la calidad de tiempo. Y podía dar más amor, porque hacía más oración.

Algunos parece que le miden el tiempo a Dios. Incluso, hay quienes dicen que están todo el día en oración, porque todo el día están haciendo cosas para Él. Pero eso no basta, si falta amor. Orar es hacerle compañía para consolarlo. Como aquel campesino que decía: Yo lo miro y Él me mira. Y, sin palabras, se decían que se amaban. Orar es conversar con el amigo que nos comprende, con el Padre que nos escucha para darnos lo que necesitamos.

Orar es demostrarle nuestro amor. Como aquel volatinero que daba saltos y saltos por los pueblos para alegrar a la gente. Un día, cansado de esa vida, quiso entrar en un convento y fue aceptado por su buen corazón. Pero, cuando los monjes iban a la Iglesia a rezar en sus grandes libros, él estaba triste, porque no sabía leer y debía estar callado sin cantar las alabanzas a Dios. Un día, cuando todos estaban dormidos, fue a la capilla y le dijo: *“Señor, tu sabes que yo no sé leer, pero te amo y te lo quiero demostrar con mis saltos y piruetas, como cuando hacía reír a la gente. Quiero alegrarte, Jesús, y voy a hacer un programa para ti solo”*. Y así empezó su sesión de saltos y más saltos para alegrarlo. Pero el Superior escuchó ruidos y fue a la capilla. Y, cuando le iba a llamar la atención, vio que Jesús se sonreía desde su imagen y entendió que estaba contento de aquella sencilla manera de orar y demostrarle su amor.

Orar no es decir palabras bonitas, sino manifestar humildemente nuestro amor. Como aquel campesino que todos los días llevaba su librito al campo para orar en los momentos de descanso. Pero, un día, se olvidó y se sintió triste, porque ese día creía que no podría orar, porque era muy ignorante y no tenía palabras bonitas para decirle a su Dios. Pero con humildad le dijo: *“Señor, tú conoces las oraciones, yo te voy a recitar las letras del alfabeto y tú juntas las letras y compones las oraciones bellas que yo quisiera decirte”*. Y empezó simplemente a recitar varias veces el alfabeto: A, B, C, D, E, F, G, H, I, J... Y Dios se sintió muy contento de su oración, pues la hacía con mucho amor y Dios no mira tanto lo que decimos, sino el amor con que lo decimos.

Ahora bien, la mejor oración es la santa misa. Ojalá que todos los católicos fueran conscientes de su importancia para asistir todos los días y así poder recibir tantas bendiciones que Dios les tiene preparadas. Pero, al menos, hay obligación grave de ir a misa los domingos. Sin embargo, hay quienes van a misa y no comulgan, como si fueran a un banquete y no comieran. A este respecto, la Iglesia insiste, aunque no obliga, en la comunión con ocasión de la misa dominical. Y recomienda encarecidamente la comunión, siempre que se asista a la misa por cualquier motivo.

Los que no puedan asistir a la Iglesia por motivos de enfermedad, incapacidad o cualquier causa grave, pueden oírlos por radio o televisión. Para ellos, esto *“sería de una preciosa ayuda, sobre todo, si se completa con el generoso servicio de ministros extraordinarios, que lleven la comunión a los enfermos, transmitiéndoles el saludo y la solidaridad de toda la Comunidad”* (DD 54). Pero qué fácilmente muchos católicos se excusan de no tener tiempo, porque están muy “ocupados” o por otros fútiles motivos para no ir a misa ni siquiera los domingos. ¡Cuántas bendiciones se pierden! Estoy seguro de que, si repartieron cien dólares por cada misa, irían todos los días sin faltar. Pues bien, Dios nos da muchísimo más, pero no creemos en sus gracias y preferimos nuestra comodidad o nuestras fiestas y paseos a cumplir con esta obligación de amor con nuestro Padre Dios.

Por esto, ya en la Didascalia, escrito del siglo III, se dice: *“Dejad todo el día del Señor y corred con diligencia a vuestras asambleas ¿Qué disculpa tendrán ante Dios aquellos que no se reúnen en el día del Señor para escuchar la Palabra de vida y nutrirse con el alimento divino, que es eterno?”*. Decía el Papa Juan Pablo II: *“En la Eucaristía recibís el alimento que os sustenta para los retos espirituales de cada día. Vuestra pertenencia a la Iglesia no puede encontrar mayor expresión o apoyo que el compartir la Eucaristía cada domingo. Haced de la celebración dominical en vuestras parroquias un encuentro real con Jesús”* (Saint Louis, USA, 26-1-99).

Jesús te espera y te invita a su “cena”. No faltes y vete a visitarlo cada día en la Eucaristía.

*Déjame entrar, Señor, y estar contigo.
Déjame gozar del remanso de paz de tu sagrario.
Déjame pensar un poco y dialogar contigo.
Soy el mismo de ayer, tu viejo amigo.
Déjame entrar, Señor, que tengo prisa
y déjame decirte que te quiero.
Te quiero, Jesús, y para siempre.
Te quiero con tu Corazón y con María.
Y unidos al Espíritu divino
digamos todos juntos: TE QUIERO, PADRE SANTO, SOY TU HIJO*

QUINTA PARTE

HACIA LA SANTIDAD

Dios, Nuestro Padre, no puede contentarse con hijos mediocres, Él nos ha creado para el amor en plenitud. De ahí que todos están llamados a la santidad. ¿Has pensado seriamente en ser santo? Dios espera todavía mucho de ti. No digas que no quieres o que no tienes cualidades. Eres hijo de Dios, cristiano católico, con todos los medios para llegar a la cima. Tú puedes ser santo. Vale la pena abandonarse en las manos de un Dios bueno, lleno de bondad y ternura para sus hijos.

LA TERNURA DE DIOS

Muchos hombres actuales tienen miedo a Dios, porque no lo conocen o porque viven en pecado y no tienen tranquila su conciencia. Creen que Dios es un ser muy poderoso, distante y poco amigable... y le temen. Lo temen, porque no lo conocen realmente y no lo conocen, porque no hablan con Él, porque no oran. Éste es el gran defecto de millones de hombres, que están vacíos por dentro, sin amor y “sin alma”. Algunos prefieren pensar que Dios no existe y que todo lo que sucede es fruto de las fuerzas desconocidas de la naturaleza. Pero sus vidas están llenas de temor: temor a la muerte, a la enfermedad, al futuro, al fracaso, a los enemigos...

No han llegado todavía a conocer la más grande y hermosa verdad que nos enseñó Jesucristo: que Dios es Amor. Dios es un Padre amoroso y cariñoso, que controla el Universo y las fuerzas naturales, y que quiere hacernos felices, porque somos sus hijos. Realmente, cuando uno llega a conocer un poco a Dios, entonces llega a darse cuenta de que todo está en sus manos y bajo su control y que podemos confiar plenamente en Él, pase lo que pase. Incluso, como dirían muchos santos, es tan amigable y cariñoso que tiene sentido del humor y nos hace reír, muchas veces, con sus sorpresas y alegrías. Sí, Dios no es tan serio que solamente acepta las reverencias y los saludos con palabras solemnes y altisonantes. No, es un papá que quiere amor y confianza de sus pequeños hijos, los hombres.

No le tengas miedo, Él tiene contados hasta los pelos de tu cabeza y conoce todos tus problemas, cuéntale todo lo que te pasa y déjale ayudarte. Él te dice: *“No tengas miedo, solamente confía en Mí”* (Mc 5,36).

Ahora escucha la Palabra de Dios *“Como un Padre tiene ternura con sus hijos, así el Señor tiene ternura con sus fieles”* (Sal 103,13). Él nos toma en sus brazos y nos hace caricias como a un niño pequeño. *“Cuando Israel era un niño yo le amé... lo levanté en mis brazos, lo atraí con ligaduras humanas, con lazos de amor. Fui para ellos como quien alza una criatura contra su mejilla y me bajaba hasta ella para darle de comer”* (Os 11,1-4). *“Yo os consolaré como cuando a uno le consuela su madre”* (Is 66,13).

Sí, Dios es un Padre amoroso que nos cuida como una madre. Su ternura y sus caricias nos las manifiesta de muchas maneras; a veces, en la intimidad de la oración; otras veces, a través del cariño de nuestros seres queridos; a veces también, a través de la sonrisa de los niños o de la belleza de la naturaleza. Pensemos en Jesús, el Dios

hecho hombre, cómo quería a los niños. *“Los abrazaba y los bendecía imponiéndoles las manos”* (Mc 10,16). Él nos mira como al joven rico, a quien *“miró con cariño y lo amó”* (Mc 10,21).

Por eso, puedes confiar en su amor y decirle con cariño: *“Abba, papá”*. *“Aunque mi padre y mi madre me abandonen, Tú me acogerás”* (Sal 27,10). Dios mío, *“guárdame como a la niña de tus ojos, escóndeme bajo la sombra de tus alas”* (Sal 17,8). *“Tú eres mi Padre, mi Dios, la roca de mi salvación”* (Sal 89,27). Y puedes decirle, como Jesús: *“Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya”* (Lc 22,42). *“Padre, en tus manos encomiendo mi vida”* (Lc 23,46).

Sí, *“confía en Dios y obra el bien. Haz del Señor tus delicias y Él te dará lo que te pide tu corazón. Encomiéndale todos tus afanes, confía en Él y Él actuará”* (Sal 36,3-5). Que la ternura de Dios sea tu criterio para juzgar todas las cosas, pues Él no se olvida ni del más pequeño de sus hijos. A este respecto, la M. Teresa de Calcuta cuenta que, en una ocasión, vino a visitarla un padre de familia, desesperado, porque su hijo estaba gravemente enfermo y para curarse necesitaba una medicina muy cara que sólo se encontraba en Inglaterra. Todavía estaba hablando, cuando le regalaron una cesta de medicinas y... ¡Qué alegría! Precisamente, encima de todas, estaba la medicina que necesitaba aquel hombre para su hijo. La M. Teresa comentaba: *“Hay tantos millones de niños en el mundo y, sin embargo, Dios tiene tiempo para pensar en este pequeñito”*. Así es nuestro Dios, bueno y *“cariñoso con todas sus criaturas”* (Sal 145,9). Él te ama a ti también y *“Él te colmará de gracia y de ternura”* (Sal 103,4).

ABANDONO EN LAS MANOS DE DIOS

Si Dios es tu Padre, puedes abandonarte confiadamente en Él. Abandónate como Abraham, a quien Dios dijo: *“Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre y vete a la tierra que yo te mostraré”* (Gén 12,1). Y Abraham dejó todas sus seguridades humanas y se lanzó a una aventura desconocida, solamente confiando en Dios. Y Dios lo bendijo, dándole una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo o las arenas de las playas del mar. Si obedeces a Dios y sigues su voluntad, no quedarás defraudado y Él llenará todas tus esperanzas. Él tiene sobre ti unos planes, que jamás hubieras podido imaginar. *“Él es poderoso para darnos en abundancia mucho más de lo que podemos pedir o imaginar”* (Ef 3,20).

Decía el Bto Escribá de Balaguer: *“Os aseguro que, si confiáis en su Providencia, si os abandonáis totalmente en sus brazos omnipotentes, nunca os faltarán los medios necesarios... y gozaréis de una alegría y una paz que la posesión de todos los bienes de la tierra no os puede dar”* (Amigos de Dios). Él te dice: *“Yo nunca te dejaré ni te abandonaré”* (Jos 1,5; Heb 13,5). Por eso, puedes confiar tranquilo como aquel niño que, en medio de una gran tempestad en medio del mar, jugaba tranquilo y, cuando le preguntaron:

- ¿No tienes miedo?
- No, respondió, mi padre es el capitán.

Ten esa confianza del niño, como Sta. Teresita del Niño Jesús, que decía: *“Mi camino es el de la confianza y el amor... Este camino es el abandono del niño, que se duerme sin miedo en los brazos de su padre”* (MB1). Y decía: *“El abandono es el fruto delicioso del amor”* (Poesía 42). El abandono y la confianza amorosa y sin límites en nuestro Padre Dios son las dos alas para llegar hasta Él sin peligro, son como los dos brazos del niño pequeño que abraza a su Padre con amor y sin temor.

Vale la pena abandonarse en los brazos de Dios. Pero piensa que abandonarse significa estar en una disponibilidad total a sus planes. El abandono es la manifestación más plena del amor y de la confianza. Abandono es olvidarte de ti mismo y confiar solamente en Él, es creer firmemente en su amor divino, es confiar hasta la audacia, aunque no veas el final. Es como dejarte llevar y navegar sin temor en el mar inmenso del Corazón de Dios. Porque *“en el Corazón de Dios no hay más que amor”* (Cura de Ars).

A veces, el abandono cuesta mucho, porque significa dejar todas las seguridades humanas e ideas personales y dejarse llevar... por Él. Es fiarse de Él, pase lo que pase, sin ponerle nunca condiciones. Es saber que Él controla tu vida hasta en los más mínimos detalles y que todo lo que suceda es lo mejor para ti. Es buscar siempre la voluntad de Dios y cumplirla. ¿Alguna vez te has entregado así totalmente hasta el abandono en las manos de Dios? Bernard Nathanson, el famoso abortista norteamericano, convertido católico, dice en su libro *“La mano de Dios”*: *“Al aceptar a Cristo, le he entregado el control de mi vida, ya no tengo control de nada, ni quiero tenerlo. Antes convertí mi vida en un caos, pero ahora estoy en las manos de Dios”*. Vale la pena entregarse, pero piensa que, si lo haces, debes ser fiel a tu compromiso y no volverte atrás. Es como decirle de antemano: *“Gracias, por todo lo que pase en mi vida”*. Es como ser una Eucaristía viviente, una *“acción de gracias”* permanente.

Pero ¿te fías de Dios? ¿Alguna vez te has rebelado contra Él o contra lo que ha permitido en tu vida? ¿Estás dispuesto a aceptar la enfermedad o cualquier otra desgracia sin rebelión? ¿Por qué tienes tanto miedo a lo que puede sucederte? ¿Acaso no crees que todo está en las manos de tu Padre Dios? No pierdas energías, pensando en tu futuro, no acudas a brujos, curanderos, adivinos o talismanes para que te den buena suerte. Deja que Él se ocupe personalmente de tus asuntos, no quieras resolverlos a tu manera. Déjale ser Dios y hacerlo todo de acuerdo con sus planes.

Hablar de abandono y de entrega total es hablar de aceptación total a sus planes divinos. Es creer que Él guía la barca de tu vida con amor, porque quiere tu bien y tu felicidad. Es dejarte llevar por Él sin preguntar a dónde ni por qué. Es entregarle la responsabilidad de tu vida. Es como firmarle un cheque en blanco. Es fiarse de Él, aunque no comprendas nada ni veas el futuro con claridad. Puedes estar seguro de que todo lo que suceda obedece a un plan divino o, al menos, lo permite para tu bien. Nada sucede por casualidad. Él controla hasta los más mínimos detalles de tu vida. Por eso, puedes dormir tranquilo entre sus brazos. Y puedes decir confiado: *“Aunque mi padre y mi madre me abandonen, Dios estará conmigo”* (Sal 27,10). Sí, aunque nadie te quiera por ser viejo, pobre, feo o enfermo, Dios te ama. Puedes estar seguro de su amor. Por eso, nunca digas: *“Dios me ha abandonado, el Señor se ha olvidado de mí... ¿Puede una madre olvidarse del hijo de sus entrañas?... Pues, aunque una madre se olvidara, yo nunca podría olvidarme de ti”* (Is 49,15). Dios no puede olvidarse de ti, porque eres su

hijo. Por eso, pase lo que pase, di convencido: ***“Dios es mi luz y mi salvación ¿a quién temeré? Dios es el refugio de mi vida ¿quien me hará temblar?... Aunque un ejército acampe contra mí, mi corazón no teme; aunque estalle una guerra contra mí, estoy seguro... Él me dará cobijo en su cabaña en el día de la desgracia; y me esconderá en lo escondido de la tienda (de su corazón)”*** (Sal 27).

Y ahora dite a ti mismo, si tienes problemas: ***“Mi Padre Dios vela sobre mí, Él lo sabe todo, sabe lo que me está pasando y conoce mis necesidades. Mi Padre es bueno y me ama. Puedo estar tranquilo, sabiendo que Él está tomando las medidas necesarias para ayudarme y solucionar mi problema”***. Y puedes decirle con confianza:

Padre mío, ***“aunque pase por un valle de tinieblas y sombras de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa ante mí... y mi copa rebosa (de alegría). Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida y habitaré en tu casa, Señor, por los siglos de los siglos sin fin”*** (Sal 23).

Sí, Padre mío, estoy en tus manos, haz de mí lo que tú quieras. Solo tengo un deseo: cumplir en cada instante tu santa voluntad. Ayúdame a dejarme llevar por Ti. Hazme completamente disponible a tus designios sobre mí. Y, cuando me pidas algo que me cueste, dame fortaleza para dártelo. No quiero negarte nada, no quiero decirte nunca NO, ni un SI a medias, sino un SI entero y total. Gracias, Padre, sé que me amas y, por eso, quiero agradecerte por mi vida y todo lo que me has regalado. Quisiera hacer de mi vida una sinfonía para alabarte eternamente. Ahora quiero decirte desde lo más profundo de mi corazón que te QUIERO y te ADORO y te DOY GRACIAS, porque eres mi Padre. Amén.

Y tu Padre podría responderte:

Hijo mío, a veces te puedo parecer incomprensible, porque soy invisible y te parezco lejano, pero estoy muy cerca de ti y nunca me olvido de ti. Tú no puedes comprender ahora con qué amor te llevo en mi corazón. ¿Cómo podría olvidarme un instante de ti, si eres mi hijo? Aunque no sientas mi cercanía, estoy a tu lado. Cree en mi amor. Si pudieras entender la inmensidad de mi amor por ti no tendrías miedo jamás, porque yo estoy contigo. Si tú supieras la esperanza que tengo en ti, no medirías tanto tu generosidad. Si supieras cómo te protejo siempre en medio de los peligros y tentaciones, tendrías más serenidad. Si supieras la inmensa felicidad que te preparo en el cielo, tus dolores te parecerían insignificantes. Si supieras cuánto te amo, morirías de alegría. Yo te amo, hijo mío, no lo dudes. Entrégate a mi amor sin condiciones y para siempre.

ENCUENTROS CON DIOS

En el libro del Exodo se nos habla de la tienda de las citas divinas o tienda del Encuentro. ***“Todo el que tenía algo que consultar a Dios iba a la tienda del Encuentro, que estaba fuera del campamento... Dios hablaba allí con Moisés cara a cara como habla un hombre con su amigo”*** (Ex 33,7-11). Por supuesto que Dios, trino y uno, vive en nuestro corazón y está en todas partes, y en todo lugar podemos hablar con Él, pero hay lugares especiales, donde su presencia se siente con más intensidad. Pueden ser los

santuarios, que son centro de peregrinación, donde ha habido grandes milagros o apariciones; o pueden ser también las Iglesias.

A veces, Dios nos puede sorprender, saliendo a nuestro encuentro y haciéndonos sentir su presencia de las maneras más diversas. Puede ser en una confesión, donde sentimos su amor y su perdón y quedamos con una paz inmensa, después de haber sido perdonados de pecados graves. Otras veces, puede ser a través de la lectura de un buen libro. A este respecto podría contarles la historia de Eddie Doherty, un periodista norteamericano, que ganaba miles de dólares al mes. Era rico y no creía en Dios. Un día se puso a leer el libro *“Historia de un alma”* de Sta. Teresita del Niño Jesús, y nos dice: *“Esa noche, acostado en cama, tomé el libro con la sola intención de echarle un vistazo. Pero, una vez que comencé a leer esas páginas tan encantadoras, no pude dejarlo. A las tres de la mañana lo terminé. Pero seguí apretándolo sobre mi pecho, pasando mis dedos bañados en lágrimas por su cubierta. Ningún libro me había impresionado tanto jamás”*. Eddie se convirtió y se hizo sacerdote católico. Algo parecido podemos decir de Sta. Edith Stein, que se convirtió a la fe católica, leyendo el libro de la vida de Sta. Teresa de Jesús.

Otras veces, Dios nos espera para hablarnos en la soledad de la naturaleza. Sven Hedin, explorador de fama mundial, escribió que, al descubrir en la meseta del Tíbet un lago entre dos grandes peñascos, se emocionó y ante el augusto silencio de aquel lugar, que parecía guardar un silencio de siglos, sintió la presencia de Dios y se arrodilló para adorar a Dios Creador de aquellas maravillas.

Recuerdo que en una ocasión, en 1970, me encontraba en plena selva, en el Dpto. de Junín, en el Perú. Había ido con otro sacerdote para celebrar bautismos y matrimonios. Aquel día, al anochecer, fuimos a la orilla del río y al contemplar las estrellas, y ante la majestad de la selva y los misteriosos sonidos de la noche, sentí de modo extraordinario la presencia de Dios y me sentí feliz de ser sacerdote para siempre.

En cierta ocasión, un sacerdote me contaba su encuentro con Dios como una profunda experiencia de su amor y lo comparaba a una bomba atómica que hubiera explotado en su interior. Creía que iba a morir de tanto amor y de tanto gozo. La mística mexicana Concepción Cabrera de Armida nos habla de una experiencia suya y dice: *“Después de comulgar, volví a sentir el impulso divino y me dejé llevar de la voluntad de Dios. Me vi sumergida en un abismo de luz, de claridad, de eso inexplicable que arrebató el sentido, quedando el alma suspensa y en un punto fija... ese punto era Dios, abismo de pureza y de infinitos resplandores. Y ese Dios en tres personas distintas, pero con un solo corazón, diré con una sola ternura, con un amor eterno, infinito, es el que está encerrado en el más pequeño punto de una hostia consagrada. Oh Dios mío, Trinidad beatísima, te amo tanto que, si me fuera dado aumentar en un átomo tu dicha, lo haría aun a costa de mi vida”*.

Mi amigo Rafael Aita tuvo la gracia de encontrarse con Dios en una experiencia de muerte y sintió profundamente su amor la noche del 20 de Enero de 1996. A raíz de este hecho cambió radicalmente su vida. Él escribe:

Gracias, Señor, porque en tu infinita misericordia te compadeciste de mí y me enseñaste que debía acudir a Ti para encontrar fuerza y alimento para seguir adelante.

***Mi tesoro es el recuerdo de tu infinita dulzura,
de tu maravillosa ternura, de tu grandiosa nobleza,
cuando me enseñaste sin palabras que yo era tu hijo.
Llevo en mi corazón tu amor que lo llena todo
y camino incomprendido y bombardeado por tanta mezquindad,
tanta ceguera y, a la vez, tanto sufrimiento,
por no querer entregarse a Ti y amarte de todo corazón.
Todo esto me causa un profundo dolor,
pero sé que al fin del desierto de este mundo
encontraré el Jordán y lo pasaré contigo de la mano.
Y cada día, cuando despierto,
pienso que es un día menos que me queda
para llegar a la tierra prometida
y todas mis esperanzas y mis ansias
están en volver a verte y sentir tu amor divino...
correr hacia Ti, correr a tus brazos,
gritando y llorando de alegría
y así poder decirte por toda la eternidad:
¡Padre, cuánto te amo!***

Ojalá tú también puedas encontrarte con Él y decir como André Frossard: ***“Oh Señor, te amo tanto que ni toda la eternidad será suficiente para decirte cuánto te amo”.***

VOCACION DE AMOR

El origen y el fin de nuestra existencia es el amor. Esto lo explica muy bien S. Agustín, cuando habla del primer instante de la creación de nuestra alma. Él dice que, en ese momento, en que nuestra alma salió de las manos creadoras de Dios, vimos la gloria y la luz de su divinidad, sentimos su infinito amor por nosotros y experimentamos una inmensa felicidad. Por eso, él nos habla de la ***“Memoria Dei”***, de que en todo ser humano hay como un recuerdo de Dios, de su amor, de su luz y de esa inmensa felicidad que sentimos en aquel momento. Por eso, todos quieren ser felices, todos quieren volver a disfrutar aquella inmensa felicidad que un día sintieron. Es como si Dios hubiera dejado las huellas de su amor en nuestra alma, como si la luz de aquel resplandor de su divinidad nos siguiera iluminando, como si tuviéramos impresa la imagen de Dios en nosotros de manera imborrable.

Sí, hay en el hombre una atracción natural hacia el bien, hacia la luz, la verdad y el amor, que en definitiva es hacia Dios, aunque no lo sepa. Dios es un imán que lo atrae de modo natural. Alejarse de Dios y pecar es hacer algo antinatural y antihumano, que lo hará infeliz. Por eso, S. Agustín como tantos otros convertidos, cuando al fin encuentra la paz y la felicidad en Dios, afirma: ***“Oh Señor, ya no me interesa saber cómo eres, sólo sé que eras tú a quien estaba buscando desde siempre y yo no lo sabía”.*** ***“Cuán tarde te conocí, hermosura tan antigua y tan nueva, cuán tarde te conocí”*** (Conf X,27). ***“Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descanse en Ti”*** (Conf 1,1).

Sí, Dios es nuestro amor y nuestra felicidad. Y, por eso, podemos gritar convencidos: ***“Hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es Amor”***

(1 Jn 4,16). Y, si Dios es Amor, eso quiere decir que la materia prima del universo y de nuestro ser humano es el amor, estamos hechos de amor. La esencia de nuestro ser más íntimo es el amor, somos una partícula viva de amor de Dios. Somos “amor” y para realizarnos como seres humanos necesitamos amar.

Vayamos, pues, al Amor, caminemos hacia Dios. Digamos como S. Juan de la Cruz: *“ya sólo en amar es mi ejercicio”*. O como la Bta Isabel de la S. Trinidad: *“mi única ocupación es el amor”*. O como Sta. Teresita del Niño Jesús: *“Por fin, he hallado mi vocación. Mi vocación es el amor”*. Es la vocación natural de todo ser humano, lo cual es como decir: Mi vocación es Dios, de él nací y a él regresaré. Dios es mi Padre, mi Dios y mi Todo. En Él encuentro la felicidad y el sentido de mi vida. Y quiero vivir sólo para Él.

Veamos ahora lo que me escribía una religiosa contemplativa: *“Hay días en que estando en oración, me parece vivir en el centro mismo del Amor. Me veo como bañada en una luz profunda, muy suave y sencilla. Esto lo experimento en el centro mismo de mi alma, en su misma sustancia. Es un estado de paz profunda, en el que Dios me posee por completo y allá en lo íntimo de mi alma, oigo una voz muy dulce que me dice: “Dame tu amor”. Tengo una necesidad inmensa de amar, es algo que no puedo contener en mi pecho, mi pobre corazón se siente asfixiar, necesita más espacio, que sólo Él puede darme y que sólo Él puede saciar. Comprendo que esto será en la patria y que ya falta menos, pero a medida que me acerco más a este fin deseado, el deseo aumenta y el camino se me hace más largo. ¡Tengo tantas ganas de verlo, de amarlo, y de fundirme con Él para siempre!”*.

Otra religiosa me decía: *“Quisiera tener un corazón tan grande como el mundo, amar con el corazón de todos los hombres, amar con el mismo corazón de Dios y desaparecer en Él para siempre. ¡Es tan dulce el fuego de su amor! Hay momentos en que siento una gran necesidad de perderme en Él y me encuentro como dentro de un gran globo de luz, en el que puedo ver y comprender su obra salvadora en mí. Dentro de ese globo, que es Él, yo me pierdo y sólo puedo apreciar una motita que es luz en la Luz y por la Luz... A veces, al comulgar me dice: “Eres mía. Te amo. Toma el pan de vida. Pronto pasará el invierno y te desposaré conmigo para siempre”. Mi vivir ahora es una espera. ¿Cuándo llegará el dichoso momento de la muerte y de mi encuentro definitivo con El? Entonces, mi amor llegará a su plenitud, descansaré para siempre perdida en Él y en un beso eterno me desposaré con el que siempre ha sido mi amor en el destierro”*.

Otra religiosa contemplativa me escribía, llena de emoción: *“Hay días en que me abraso de amor. Mi corazón es demasiado pequeño para tanto amor. Un día, estando en oración, llegué un momento en que no sabía nada de nada y me pareció oír la frase de la Bta. Isabel: Inmensidad en que me pierdo. Me pareció ver un mar inmenso, de una serenidad total, con unas aguas transparentes, de modo que podías contemplar el fondo con toda facilidad... Era Él y mi pobre ser. Yo estaba totalmente sumergida en la INMENSIDAD del Amado”*.

Dios es un abismo de luz, de amor y de alegría. Sólo Él te puede dar la auténtica felicidad. En la medida en que lo ames, serás más feliz y más sabio y santo. Porque *“el corazón de la santidad es el amor”* (EA 30).

SER SANTO

Ser santo es amar en plenitud, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro ser. Ser santo es ser hombre en plenitud. Y Dios quiere que todos sean santos y den lo mejor de sí mismos. Dios no quiere hijos mediocres. Ahora bien, hay muchos hijos de Dios que ni siquiera se plantean la posibilidad de ser santos. Creen que los santos son seres inalcanzables, de otro mundo. Se imaginan a los santos con caras largas, los ojos siempre mirando al cielo, flacos de tantas penitencias, sin reírse jamás. En una palabra, personas raras, anormales, que están todo el día rezando, metidos en una Iglesia o haciendo penitencia. Nada más falso. Los santos son las personas más normales y felices del mundo. Ser santo es estar siempre alegre. Un santo triste será un triste santo. Ellos son los más plenamente hombres, los que más aman, los que más son capaces de sufrir por Dios y por los demás. Son los que tienen mayor fuerza de voluntad para luchar contra sí mismos: contra su egoísmo, soberbia, impureza o debilidades humanas.

Precisamente, la mayor alegría que podemos darle a nuestro Padre Dios es querer ser santos, dejarnos amar por Él hasta las últimas consecuencias, dejarnos llevar de acuerdo a sus planes sin rebelarnos contra Él, cumplir siempre su voluntad. Y para ello, el primer requisito es querer ser santos. Tener mucha fuerza de voluntad para seguir este camino sin volver atrás. Decía Sta. Teresa de Jesús que hace falta: *“una determinada determinación”*. Por otra parte, pensemos que ser santo no es un privilegio de unos pocos escogidos, sino un deber de todos. La santidad no es sólo para los religiosos y sacerdotes. La santidad es para ti también seas quien seas. No importa tu pasado. Ha habido grandes santos que fueron pecadores, como Sta. María Magdalena o S. Agustín. Y, además, Dios nos quiere santos: *“La voluntad de Dios es nuestra santificación”* (1 Tes 4,3). *“Sed santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo”* (Lv 19,2). *“Sed santos en todo vuestro proceder”* (1 Pe 1,15). *“Desde toda la eternidad nos ha elegido para que seamos santos e inmaculados ante Él por el amor”* (Ef 1,4). ¿Qué dices a esto? ¿Estás dispuesto a cumplir la voluntad de tu Padre Dios y darle esa gran alegría? Pero debes tener una voluntad de hierro, porque encontrarás muchas dificultades y tentaciones en la vida. Por eso, solamente los esforzados llegarán a la cumbre.

Conseguir la santidad es sólo de los valientes. En una ocasión, en 1914, el explorador del polo antártico Sir Ernest Shackleton puso este anuncio en los periódicos: *“Se necesitan hombres valientes para una expedición peligrosa al Polo Antártico. Se les ofrece salarios modestos y les espera un frío intensísimo y largos meses en completas tinieblas. No se les puede asegurar que volverán sanos y salvos”*. Se anotaron cinco mil hombres, pero de ellos sólo fueron escogidos veintiocho valientes, quienes, después de dos años de indecibles penalidades, pudieron volver de la expedición triunfadora. ¿Estás dispuesto a emprender el camino?

Un general decía a sus soldados: *“Ser soldado significa no comer, cuando se tiene hambre, no beber, cuando atormenta la sed, y cargar al hombro a los compañeros heridos, cuando ya no quedan fuerzas para dar un paso adelante”*. ¿Estás dispuesto a ser soldado de Cristo hasta el final? ¿Estás dispuesto a ser un valiente en la vida espiritual? Los santos son los héroes de la vida moral, que tuvieron fuerza de voluntad para vencerse a sí mismos. Ser santo no consiste en no tener defectos, sino en

superarlos. Ser santo no es hacer grandes cosas a los ojos del mundo, sino hacer lo que hacemos con mucho amor. Decía Sta. Teresita: *“La santidad consiste en una disposición del corazón, que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre”* (UC). *“Jesús no tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor”* (MB1). Y le decía Jesús a Sor Consolata Betrone: *“La santidad es amor; cuanto más me ames, más santa serás y más feliz serás”*.

Si quieres ser santo, necesitas amar. Por eso, cada día vete al sagrario, visita a Jesús, háblale y pídele ayuda, cuéntale tus luchas y derrotas, confíesate con frecuencia, vete a misa cada día y recíbelo en la comunión y busca momentos para estar a solas con Él y háblale con confianza. No olvides que *“el corazón de la santidad es el amor”* (EA 30) y *“Jesucristo es el único camino que conduce a la santidad”* (EA 31), porque es el único camino que nos conduce al amor de Dios. Ahora bien, para encontrarnos con Cristo el mejor lugar es la Eucaristía. *“La Eucaristía es el lugar privilegiado para nuestro encuentro con Cristo vivo”* (EA 35). Por eso, alégrate de ser católico y tener la inmensa gracia de tener a Jesús muy cerca de ti en el sacramento eucarístico. Canta, canta siempre tu amor a Jesús. Canta por la alegría de tener a Jesús como un amigo cercano, junto a Ti, que siempre te espera en el sagrario de nuestras Iglesias. Y dile con toda la fuerza de tu alma:

Jesús, quiero ser santo, ayúdame a ser santo, aliméntame con tu pan de vida y con tu Palabra. Quiero ser tu amigo ahora y para siempre. Amén.

MATRIMONIO ESPIRITUAL

El matrimonio espiritual es el grado más alto de santidad a que se puede llegar en esta tierra. Es un estado en el que el alma y Dios se funden como en una sola esencia, como si fueran una misma cosa. Dice S. Juan de la Cruz que el matrimonio espiritual es *“una transformación total en el Amado en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida... éste es el más alto grado a que en esta vida se puede llegar... consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor”* (C 22,3).

Algunos lo llaman unión transformante, porque es unión indisoluble, que transforma, en cierto modo, el alma en Dios. Es una especie de *“deificación”* del alma, una fusión espiritual, que eleva el alma hasta alturas jamás imaginadas. El alma se une a las divinas personas por medio de la humanidad de Jesús. Vive en el seno de la Trinidad, como si formara parte de ella. Vive su misma vida y recibe un torrente de luz divina que la inunda toda. Es un verdadero matrimonio del alma con Jesucristo, el hombre Dios, y por medio de Él con la Trinidad.

Frecuentemente, este matrimonio se realiza en un éxtasis de amor, en que se aparece la humanidad de Jesús y hay entrega de anillos, pero esto no siempre se da y no es necesario, ya que es un matrimonio con Cristo en los TRES o con los TRES por medio de Cristo. Es por esto que normalmente sucede después la comunión. Y, a partir de ese momento, la presencia de la humanidad de Jesús en el alma es permanente, no pasajera, como en la comunión; es como si el alma llevara siempre consigo a Jesús sacramentado. Entonces, el alma puede decir: *“Yo y Él somos Una misma cosa”* (Jn

10,10). S. Bernardo dice que *“todos han sido llamados a estas bodas espirituales”*. Y S. Juan de la Cruz afirma: *“Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas ¿Qué hacéis? ¿En qué os entretenéis?”* (C 39,7). Si llegas a ese estado, tu alma, toda llena de Dios, llena de amor, divinizada y cristificada, habrá llegado a la realización plena de todo su ser.

Una religiosa me escribía así: *“Aquel día los TRES cayeron sobre mi alma y se me entregaron como en unión matrimonial en un inefable abrazo de amor. Una voz muy dulce me decía: Mis cosas son tuyas y tus cosas son mías. En el mismo centro de mi alma, las TRES personas divinas se me mostraron en una luz sobrenatural tan clara y distinta, en visión intelectual, que en lo sucesivo, no se ha apartado de mí esta vista amorosísima y suave de mis TRES. Con ellos vivo de continuo enamorada locamente, hasta en las ocupaciones que más atención requiere de mis hermanas. Lo que sentí fue algo sobrehumano, inefable. Es algo que no se puede describir ni valen comparaciones o explicaciones. Al entregármese las divinas personas, sentí un algo en mi vida y en todo mi ser, como si grabasen en mí estas sublimes palabras: AMOR, SANTIDAD, DIVINIZACION”*.

Vale la pena darlo todo por Dios y por su amor. Vale la pena aspirar a la santidad. Vale la pena amar a Dios con todo nuestro corazón y para siempre.

POR CRISTO, CON EL Y EN EL

Ya hemos dicho que para llegar a la plenitud del amor en el matrimonio espiritual es necesario llegar por Cristo. Y el medio mejor para hacerlo es ir creciendo cada día más en nuestra unión con Jesús a través de la comunión. Dice el Catecismo que *“los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo”* (Cat 1396). Como diría S. Agustín: *“No solamente nos hacemos de Cristo, sino Cristo mismo”* (In lo Ev tr 21,8). En el Congreso eucarístico de Bolonia (Italia) del 27 al 28 de Setiembre de 1997 se dice que *“comulgar es formar una sola con Jesús. Por eso, no puede haber algo más bello, más sublime y más maravilloso sobre la tierra”*.

S. Cirilo de Jerusalén decía que *“cuando alguien recibe el cuerpo y la sangre del Señor, la unión es tal que Cristo pasa a él y él a Cristo, teniendo el mismo cuerpo y la misma sangre”*. En ese momento, se establece una circulación de vida, una comunicación de bienes, una unidad total de amor, de modo que nuestra humanidad queda transfigurada por la humanidad de Jesucristo. Y así Cristo y el alma juntos, adoran, aman y dan gracias y lo hacen todo en común y se entregan unidos al Padre con la gracia del Espíritu divino que lo hace realidad.

La comunión lleva a la fusión de nuestro corazón en el Corazón de Jesús. Dice Jesús: *“Quien me come vivirá por Mí”* (Jn 6,58). Por eso, Sta. Catalina de Génova decía: *“Yo no tengo alma ni corazón, mi corazón y mi alma son los de Jesucristo”*. En ese momento de la comunión, la divinidad de Jesús, a través de su humanidad, empapa de amor el alma que lo recibe con fe. Oleadas de amor y ternura divina llenan el alma; aunque, a veces, no las sienta sensiblemente. En ese momento, es la fusión, ya no son dos, es UNO: Jesucristo. El alma queda absorbida en Él y por Él en la Trinidad. Es como un matrimonio espiritual pasajero. Y el alma queda sumergida en un océano de luz y se pierde en la infinitud del Corazón de Jesús.

Lamentablemente, cuando desaparecen las especies eucarísticas deja de estar en nosotros la humanidad de Jesús y sólo queda la divinidad, pues somos permanentemente templos de Dios, uno y trino. Por eso, debemos desear que esta unión con Jesús y con la Trinidad sea permanente por el matrimonio espiritual y que la comunión o común unión con Dios sea para siempre.

Esto lo podemos conseguir, de alguna manera, en la medida en que vivamos nuestra consagración al Corazón de Jesús y procuremos hacerlo todo: Por Cristo, con Él y en Él. Le decía Jesús a la Vble. Josefa Menéndez: *“Hazlo todo en unión con mi Corazón... No hay que hacer cosas extraordinarias, sino pureza de intención y unión íntima con mi Corazón... No es la acción la que tiene valor en sí misma, sino la intención y el grado de unión conmigo. La perfección consiste en hacer en íntima unión conmigo las acciones comunes y ordinarias. Si comprenden esto, pueden divinizar sus obras y su vida”*.

De esto se trata, de divinizar nuestra vida y darle un valor divino, porque Jesús será quien lo hará todo en nosotros. Y ¡cuánto vale un día de vida divina! Sería como vivir en una comunión permanente, como vivir de continuo en el Corazón de Jesús y hacer que Jesús ore y ame y viva en nosotros. Dice S. Agustín: *“El cristiano, hecho Cristo, realiza sus obras en Cristo, ora en Cristo, ama en Cristo, sufre en Cristo y, a la vez, Cristo ama y sufre y trabaja y ora en el cristiano. Ambos son una sola cosa, una sola oración en el Cristo total”* (En in ps). *“Felicitémonos y seamos agradecidos, porque se nos ha hecho llegar a ser no sólo de Cristo, sino Cristo mismo”* (in lo Ev tr. 21,8). Entonces, es el momento en que podremos decir de verdad: *“Para mí la vida es Cristo”* (Fil 1,21). *“Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en Mí”* (Gál 2,20). Nuestro corazón y el de Jesús serán UNO, como aquellos primeros cristianos que tenían *“un solo corazón y una sola alma”* (Hech 4,32). Al llegar a ese estado, nuestro abandono en sus manos será total, le habremos entregado todo: voluntad, pensamientos, deseos, vida, salud, enfermedades... todo será de Jesús y nosotros seremos TODO de Jesús.

Una religiosa me escribía: *“La misa y la comunión son mi mayor alegría. Jesucristo es el Amor de mi vida, por Él vivo y por Él muero. Él me dijo un día, después de comulgar: Yo y tú seremos UNO. Desde ese día, vivimos siempre unidos como en una misa permanente, ambos nos ofrecemos juntos al Padre, y ambos nos fundimos en UNO con el amor del Espíritu divino”*. Esta unión y esta fusión será definitiva y total en el cielo.

El cielo será una comunión eterna con Dios por medio de Jesucristo. Será como una misa eterna de amor donde con Cristo nos ofreceremos permanentemente a Dios Trinidad. Será algo tan sublime y seremos tan inmensamente felices que *“ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor”* (Rom 8,39). Allí será la plenitud de la felicidad en el amor. Allí llegaremos a la plena realización de nuestro ser como hijos de Dios. S. Agustín dice que *“allí toda nuestra ocupación será amar y alabar a Dios”* (En in ps 147,3). *“La vida eterna será una vida bajo el señorío de Dios, una vida de intimidad con Dios, una vida recibida de Dios, una vida que será el mismo Dios”* (Sermo 297,5). *“Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos”* (De Civ Dei XXII,30).

Será una felicidad tan grande que *“ni el ojo vio ni el oído oyó ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman”* (1 Co 2,9). Y todo será hecho realidad por medio de Jesús, ya que *“Dios nos da la victoria por Nuestro Señor Jesucristo”* (1 Co 15,57). De esta mediación eterna de Jesús nos habla muy bien S. Agustín: *“La mediación de Cristo alcanza a todo el Universo y a todo ser humano desde su concepción hasta su felicidad eterna. Sin Cristo no podemos ser felices ni aquí ni allá”* (Cf De Civ Dei IX,15). E insiste en la misma idea: *“Reconoce a Cristo y por el hombre sube a Dios, uniéndote a Él; ya que por tus propias fuerzas nunca lo conseguirás”* (Sermo 82,6). Y afirma que ser cristiano es *“seguir el camino que nos trazó Cristo con su humanidad”* (De Trin IV 1). Cristo es *“el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre”* (EA 67). Él es el lugar de encuentro entre Dios y el hombre, es el puente, el mediador, el centro de convergencia de todo el Universo y el punto de unión entre el hombre y Dios. Por eso, es tan importante la misa y comunión, donde nos encontramos con Él, verdadero Dios y verdadero hombre, para hacernos otros “Cristo”.

Pues bien, sigue el camino de Cristo hombre, que te espera en la Eucaristía, haz de tu vida una misa continua, no te pierdas ninguna misa o comunión para unirme íntimamente a Él y hazlo todo con amor: Por Cristo, con Él y en Él. El Papa Juan Pablo II, en su carta a los sacerdotes (1-4-99), les decía que estas palabras de la doxología final del Canon *“tienen una importancia fundamental en la celebración eucarística y expresan en cierto modo el culmen del Mysterium fidei y del núcleo central del sacrificio eucarístico, que se realiza en la consagración. Cuando la plegaria eucarística llega a su culmen, la Iglesia, en la persona del ministro ordenado, dirige al Padre estas palabras: Por Cristo, con Él y en Él...”* Y añade el Papa: *“Sacrificium laudis”* (Sacrificio de alabanza), es decir, son como el resumen de la alabanza que, con Cristo, dirigimos al Padre en la misa y que también podrían expresar el culmen y el resumen de toda nuestra vida, que debe ser un canto de gloria y alabanza, o como dice S. Pablo: *“Para alabanza de su gloria”* (Ef 1,12).

Un sacerdote me contaba que una noche, tachonada de estrellas, estaba muy emocionado, mirando el cielo estrellado, pensando en la grandeza de Dios y en su debilidad humana. Y sintió deseos de llegar hasta Dios, siguiendo a las estrellas. Quiso abrazar a Dios y con Él a todo el Universo. Y, en ese momento, se puso de rodillas y se puso a cantar, como si estuviera celebrando la misa: *“Por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amen”*. Y quiso que toda su vida, en unión con María, fuera un vivir como verdadero hijo de Dios: Por Cristo, con Él y en Él, en la unidad del Espíritu Santo, para gloria de Dios Padre.

MENSAJE FINAL

Tu vida es bella, es una hermosa aventura, un reto, un desafío. Nunca te canses de vivir ni te desanimes por más problemas que tengas. Hay momentos difíciles, pero tu Padre Dios, siempre está a tu lado para ayudarte. No tengas miedo, pídele ayuda y no te detengas. Sigue siempre adelante. No te acostumbres a cualquier cosa, tienes que luchar, tienes que esforzarte, tienes que superar el desánimo y el malhumor con la confianza puesta en Dios y tu esfuerzo personal. No desperdicies tus energías en vicios

y placeres, no malgastes tu vida en dudosas diversiones. Vive en plenitud cada momento, vive con profundidad y responsabilidad.

No te lamentes por cualquier cosa, haz algo para iluminar el mundo y la vida de los demás. No te importe, si te lo agradecen o no. Tú haz el bien, sin mirar a quien. Al salir a la calle cada mañana, ponte la mejor de tus sonrisas y sonríe a todo el mundo. Procura que hoy alguien sea mejor y más feliz por haberte encontrado. Que hoy escribas la mejor página del diario de tu vida. Y que, aun en medio de las más crueles traiciones o enfermedades, puedas levantar tu corazón a Dios y decirle: Te amo. De esta manera, tu vida adquirirá un nuevo sentido y seguirás creciendo en amor y santidad y tu vida será una bendición para el mundo.

Sonríe a la vida, no pidas limosnas de amor y comprensión a cuantos te rodean, porque no todos pueden aceptarte como eres ni comprenderte. No te importe lo que digan o no digan los demás de ti. Tú sigue tu camino. No pienses tanto en recibir como en dar; porque, al final, tendrás tanto como hayas dado. Construye cada día tu futuro, paso a paso, sin detenerte. Llena de amor cada instante de tu vida. Nunca te des por satisfecho, aspira siempre a más. No seas como el agua del río, un día alegre y cantarina, que, cansada del largo camino, se queda estancada y muere podrida. Nunca te detengas, sigue adelante, porque mientras hay vida, hay un mundo nuevo por construir. Pon cada día tu granito de arena en la construcción de un mundo mejor, más humano, más cristiano y más feliz.

Delante de ti hay un camino infinito por recorrer, el camino de Dios, el camino del amor. Dios te ha dado la vida para que tengas la oportunidad de crecer cada día más en su amor. Él te espera al final del camino. Y te dice: *“Hijo mío”* (Prov 23,26). *“Yo te llamé por tu nombre y tú me perteneces... Yo soy tu Dios... Eres precioso a mis ojos y yo te aprecio y TE AMO MUCHO...No tengas miedo, porque yo siempre estoy contigo”* (Is 43,1-4). ¿Qué le responderás? Si lo amas de verdad, te sentirás seguro y serás feliz. Como diría el poeta Amado Nervo:

*Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero,
porque Él estará en todas las regiones, en lo más dulce de todos los paisajes,
en el límite indeciso de todos los horizontes.*

*Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque,
a pesar de la diaria tragedia, Él llena de júbilo el Universo.*

*Si amas a Dios, no tendrás miedo a nada ni a nadie,
porque nada puedes perder y todas las fuerzas del Cosmos
serían impotentes para quitarte tu heredad.*

*Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes,
porque no habrá acto que no ejecutes en su Nombre,
ni el más humilde ni el más elevado.*

*Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas,
porque le llevas a Él, que es la clave y resolución de todos.*

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una diferencia

***entre la vida y la muerte, porque en Él estás
y Él permanece incólume a través de todos los cambios.***

Ciertamente que, si amas a Dios, si te dejas amar por Él, si crees en su amor por ti, tu vida será diferente y te sentirás tranquilo entre sus brazos divinos. Dios es Amor, su Nombre es Amor. Tu Padre Dios te sigue esperando cada día. Pon rumbo a las estrellas. Jesús te acompaña, no temas. Y buen viaje: hasta siempre, hasta la eternidad. ¡Que seas un hombre de verdad! ¡Que seas santo! ¡Que seas un verdadero hijo del Amor! ¡Que seas un maravilloso hijo de Dios!

EPILOGO

Al llegar al término de estas reflexiones sobre el ser humano, sólo nos queda dar gracias al Padre Dios por el don de la vida, por la familia, por nuestra fe católica y por tantas gracias que nos ha concedido a cada uno a lo largo de nuestra vida. Gracias también por habernos llamado a la plenitud del amor y querer hacernos santos y felices. Gracias por el gran don de Jesús Eucaristía, el tesoro de los tesoros y la mayor fuente de amor del Universo. Poder asistir a la misa y comulgar es el mayor regalo que Dios puede dar a un hijo suyo para crecer en amor y santidad.

Dios es la meta de todas las aspiraciones más profundas del hombre y la aspiración suprema de nuestro ser humano. Vivir para Dios, amar a Dios, caminar hacia Él como un hijo que busca a su Padre, será la mejor manera de responder a su amor. Vive, pues, la maravilla de ser un verdadero hijo de Dios, en unión con María. Vive siempre con dignidad, porque llevas a Dios en tu corazón. Eres templo de Dios. Sé siempre honrado, sincero, limpio de corazón, responsable, en una palabra, sé un verdadero hombre, cuya vocación más profunda es la del amor. Que puedas decir como Sta. Teresita del Niño Jesús: *“Mi vocación es el amor”*.

Di a tu Padre Dios a cada instante de tu vida: Te amo. Ofrécele y conságrale cada latido, cada respiración... para que, a partir de ahora, cada latido sea un beso de amor y cada respiración un canto de alabanza. Que tu vida sea un camino lleno de amor y que el perfume de tu amor y de tu sonrisa llegue a todos los hombres... hasta la eternidad. Que llegues a la plenitud en el amor.

Éste es mi mejor deseo para ti.
Tu hermano y amigo para siempre.
Angel Peña (Agustino Recoleta).